

J. I. GARMENDIA

REFLEJOS - -

- - DE ANTAÑO



Región J. L. Trenti Rocamora

3-top.

TP 50-3-9

REFLEJOS DE ANTAÑO

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA

Reflejos de Antaño

BUENOS AIRES

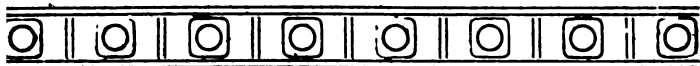
FLAIBAN Y CAMILLONI (EDITORES)

1909

ADVERTENCIA

Desde mucho tiempo atrás hemos estado coleccionando los artículos que figuran en este libro, pertenecientes al general Garmendia y publicados parte de ellos en diversos diarios, bajo su antiguo seudónimo de Fortun de Vera, agregando alguno humorístico que fué escrito en lejana época con el cual hemos creído se completaría esta serie. Con la autorización del señor general, quien galantemente nos ha cedido sus derechos de autor, se ha hecho esta publicación, que aunque de diverso género de otros libros históricos del autor, tienen fúlgidos reflejos que nos interesan por el contraste con el presente, presentándonos con variado colorido aquellos hermosos tiempos que hoy los vemos tan lejanos.

LOS EDITORES



CAPÍTULO I

MITRE Y EL PRÍNCIPE EUGENIO

Siempre fué tendencia al señorío en los españoles que poblaron la América, imponerse como pequeños señores feudales de los lugares que obtenían, ya como recompensa al esfuerzo de su brazo ó por enajenación, estableciendo entonces vínculos ó mayorazgos donde perpetuaban el nombre de la familia y cuyo vasallo, casi esclavo, era el infeliz indígena, como sucedía en la encomienda, en la estancia ó fundo, dominada siempre por el señor de horca y cuchillo.

Generalmente fué la nobleza segundona, sin títulos, empobrecida, que venía á tentar fortuna, sostenida bizarramente por su ancha tajante de Toledo y alimentada con arrogancia por su orgullo altanero y despótico, y un desprecio hiriente hacia el criollo y el indígena, á los que destinaban á los más brutales trabajos.

Más también es justo declarar en honor de estos hombres decididos, y emprendedores

que no hubo sacrificio abnegado, portentoso, por más arriesgado que surgiera, en circunstancias casi inconcebibles, que no acometieran con desprendido arrojo, en aquellas interminables empresas llevadas á cabo en el desierto desolado, en los bosques seculares de difícil acceso poblados de tribus indómitas y fieras voraces, como también es sensible confesar que su dureza y crueldad estaban aparejadas con sus virtudes guerreras que han quedado legendarias en el largo período de la conquista, y que en todo momento ha sido la llama vivificadora de tantas famosas hazañas, y si es verdad que á la insaciable codicia sacrificaron en la ardua faena veinte y seis millones de indígenas, como compensación, en cambio, costó á la Iberia la conquista, posición y civilización de América, igual número de súbditos.

Aquellos célebres aventureros que se forjaron maestros en las temeridades de la guerra, y que en nombre de la civilización y del dogma cristiano, cometieron tan horribles crímenes y tan bellas acciones (1) eran sin

(1) Memorias del Obispo de Chiopa, Bartolomé de las Casas, dirigidas en 1522 al príncipe de Asturias, más tarde Felipe II, donde describe con el más horroroso colorido los bárbaros crímenes de la Conquista.

embargo honrados, y merced á sus grandes esfuerzos fundaron naciones que en el día son la gloria y el orgullo de la raza española.

En nuestro país como en todos aquellos de la América española, siguió imperando en la época colonial, y aun después, el predominio del señor absoluto de la tierra y se vió entonces transformarse la encomienda, (1) el mayorazgo, ó el feudo, en la disimulada estancia, donde el patrón reemplazaba al señor del lugar, y con el mayor imperio ejercía su influencia inapelable sobre el peón criollo ó el indio, rindiendo éstos obediencia á ese pequeño soberano como á un dictador disfrazado hipócritamente en patriarca rural, quien á su vez hacía transmitir sus órdenes por intermedio de un elemento más subalterno de su misma envergadura: el capataz.

La vida de esos hombres rudimentarios, tan temerarios y valerosos en sus empresas, era dura y sobria en exceso, especie de escuela bárbara, inclemente, donde se formó

(1) Era el nombre con que se espresaba la esclavitud de un grupo de indios, entregados á la avaricia de un brutal señor. La encomienda constituía el mísero indígena dado en feudo á un patrón á fin de que lo explotase haciéndole trabajar, alguna vez, hasta morir en su provecho propio ó del rey.

más tarde ese núcleo de guerreros que independizó á la América. Decíamos que la vida de esos hombres era dura en exceso, mantenida en una existencia salvaje, acometida á cada momento por el peligro, por el riesgo inminente de las torpes faenas rurales, en lucha continua contra el furor de las bestias indómitas, y las fieras de los llanos y de las selvas.

Tiempos eran esos en los que el indio salvaje, audaz y rastrero, ávido, acechaba las poblaciones de la campaña con una persistencia inquebrantable, y en los que los perros cimarrones transformados en lobos hambrientos cortaban las comunicaciones, como enjambres de hidrófobos, haciendo muy temibles los viajes en la noche; y la hacienda alzada, enfurecida, inspiraba temor en la faena; y esos hombres excepcionales, que así soportaban ese cruel embate cotidiano de la existencia, expuestos siempre, obligados á la inclemencia de las estaciones; esos hombres tiranizados, párias de la conquista, apenas cubrían su cuerpo con una raída camisa de burdo lienzo, un poncho, un chiripá mortero vichará, ambas de fabricación indígena, no teniendo otro calzado para cubrir sus piés que la tradicional bota de potro, en donde se ajustaba con elegancia

bárbara la espuela nazarena tartamudeando suaves tonos metálicos; y cuando faltaba todo esto suplía la epidermis callosa, endurecida á prueba de ortigas y espinas.

En su defensa y ataque no llevaban otras armas que la acerada daga, el chuzo, las boleadoras, el lazo; y por consuelo á su mudo afán y solitaria angustia, la plañidera guitarra, en la que cantando gemidos, exteriorizaban sus penas esos hércules de la pampa: especie de eco entrecortado del sentir inmenso de un pueblo oprimido, que repercutía como un rumor lejano en el mutismo del desierto; cantaban desdichas y escondidos dolores que latían agitados en sus grandes corazones, en ese instrumento melancólico y suave que por atavismo colonial habían heredado del gitano andaluz.

Así se constituyeron orgánica y moralmente aquellos graníticos centauros, que han sublimado con un vigor extremo la moral de la hazaña, en nuestras inmortales campañas extranjeras y sociales, en esas contiendas gloriosas para la patria de los argentinos, en las que sus valerosos hijos con el encuentro de sus potros medios domados y el filo de sus relucientes sables, alinearon en fila compacta á la victoria para encerrarla para

siempre en el recinto augusto de la gloria nacional.

* * *

El señor don Ambrosio Mitre, distinguida persona que había figurado con probidad y competencia en diversos cargos públicos, padre del general don Bartolomé Mitre, deseaba que éste siguiera la mejor carrera que en esa época podía presentarse á un joven, augurando desde el primer momento, si era persistente en el empeño, un porvenir lucrativo; me refiero á la carrera de estanciero, asimismo ventajoso aprendizaje en el arte de imperar sobre los hombres; porque el manejo de la estancia, como en la educación de los patricios romanos, se adquiría el hábito de imponer su voluntad y hacerse obedecer sin observación, se adquiría ese dominio sobre la masa por la superioridad de sí mismo en inteligencia y fortaleza, por esa sublime superioridad que vincula dócilmente á la subordinación, al mismo tiempo que se regularizaban con un método rutinario todos los actos de esa existencia deslizable en la labor constante, la que, á consecuencia de los ejercicios ganaba en agilidad, vigor muscular, y en coraje.

Así es como se veía que los hijos de las

primeras familias se dedicaban á las faenas rurales, y recordando al señorío feudal de antaño, vivían felices en sus establecimientos de campo, sin control en su imperio autoritario, viendo multiplicarse los ganados y barbarizándose al contacto de la fuerza bruta. Ya habíamos visto en la época colonial hidalgos pulperos, panaderos, tenderos, jaboneros y otros oficios que no deshonran en América y que era necesario dedicarse á ellos por aquello de qué la necesidad tiene cara de hereje.

Sobre todo en los tiempos en que tuvo lugar este episodio, la estancia se presentaba como el negocio que más prosperaba y á ella fué consagrado aquel joven sin fortuna, sin más apoyo que su noble carácter, ese enérgico doncel que más tarde sería la gloria de los argentinos.

Esto sucedía allá por el año de mil ochocientos treinta y tantos, que aunque ya no eran tiempos coloniales habían quedado casi intactas las costumbres andaluzas semiárabes, y el orgullo ibérico transplantado en las familias de origen español.

El joven Mitre era un adolescente de carácter grave y enérgico, resuelto y tenaz en sus propósitos, y desde muy temprano de-

mostró siempre una inclinación inmoderada á ilustrar su espíritu: su afición á las letras le hacía olvidar toda cualquier otra obligación, vislumbrándose en esta aspiración constante del apuesto doncel, el esbozo de un hombre de porvenir que sería superior en inteligencia, á ese centro de simibárbaros donde iba á actuar como un ser inferior, digno de lástima, casi despreciable.

El establecimiento del señor don Gervasio Ortíz de Rosas, hermano y adversario en ideas liberales del general don Juan Manuel, se encontraba situado en la Loma de Góngora y allí, bajo la protección ruda de este rígido patrón, que al mismo tiempo era un hombre de alguna instrucción que cultivaba en su pequeña biblioteca, es que fué sometido nuestro protagonista al duro y cruel adiestramiento de las labores campestres de esa época; y aunque es verdad, que para estimular con el agrado su situación, don Gervasio le prestaba libros, en cambio le hacía sentir todo el peso de esa vida campestre, sometiéndolo á los trabajos más rudos con el propósito de reconstruir su físico en un enrejado de músculos de acero. Así, no hubo ejercicio, forzado ó violento, al que no fuese condenado el neófito, ya levantando corrales con palos de

ñandubay, zanjeando quintas, plantando árboles, y otras faenas de á pie y de á caballo, que eran extremadas para un niño de esa edad, que había salido del lado de sus padres con todos los mimos maternales del hijo predilecto. Parece que trataban de *sacarlo bueno* ó tal vez acobardarlo abrumándolo de fatiga; porque sin duda se adivinaba en él un carácter independiente y altivo que no se doblaría á la voluntad opresora de otro hombre. Más todo fué en vano; su carácter enérgico triunfó de su físico de adolescente débil y alcanzó su fama audaz hasta formarse un domador de mulas y potros indómitos, demostrando en todo momento una osadía admirable. Este hombre sin miedo para el caballo, por placer ejecutaba las pruebas ecuestres más peligrosas, que en ese tiempo, arrogancia era el acometerlas, tanto en los apartes ó en las volteadas de hacienda, se destacaba cual jinete eximio, como en otras gauchadas en que las boleadoras y el lazo representaban el principal papel.

No obstante, ese instinto imperial de avasallar y hundir vergonzosamente el pánico que pudiera asaltarle en un momento de debilidad, deslizándolo su existencia sin sobresalto entre las espinas de aquellas bárbaras

faenas rurales, parece que descuidaba constantemente sus estrictas obligaciones, y abusaba en demasía de la biblioteca del señor don Gervasio que empezaba á convencerse, que en vez de un buen aprendiz de mayordomo de estancia estaba formando un *rabula de aldea*; abonado empecinado de sus libros liberales.

La ansiedad literaria del joven Mitre le dominaba febriciente, se arrastraba en pos de su vocación predilecta, leía á toda hora, leía todo y empezaba á despreciar el trabajo; porque aquel espíritu selecto, ¡quién sabe si no vislumbraba entre sus ensueños juveniles la eclíptica brillante que tendría que recorrer! empezaba á sentir el impulso misterioso de su destino, iniciado en esa vida medio salvaje la primera é inconsciente preparación de su ilustre carrera.

Quién hubiera pensado que esas lecturas sin propósito y sin método, serían el origen de su brillante reputación literaria, sería su primera etapa para escalar el grandioso escenario en el que durante sesenta años asumió con varonil decisión el papel descollante de prócer.

Y lo que más admiro en este episodio, es que la persistencia de hacer un ignorante

campesino del joven Mitre, le proporciona escuela para saber dominar á los hombres y fortaleza para soportar los rigores de la vida; ¿Acaso sabemos que ideas liberales ansioso no bebería en esos libros, cuyo dueño también había revelado espíritu independiente? ¿Qué dogma le avasallaría que nos muestra desde el principio al que ha de ser héroe de los argentinos como un hombre superior, dominando la materia brutal con su carácter y su inteligencia?

En esa lucha tenaz y sin cuartel el intelecto triunfa; y al fin se convence el señor don Gervasio que el joven Mitre no había nacido para peón de estancia, y que las represiones no surtían efecto en el carácter de ese muchacho altivo: entonces, un día fastidiado, lo llama y después de un severo sermón en que le augura un porvenir detestable; le dice que se prepare para ir al lado de sus padres; y sin más demora se lo envía á su amigo el señor don Mariano Mendiburu (1) diciéndole:

«Hágame el servicio de remitir el joven Mitre á su padre; porque es un caballero

(1) Padre de nuestro distinguido amigo el señor don Isaiás Mendiburu.

que no sirve para nada; en cuanto ve una sombrita, se baja del caballo y se pone á leer. »

Ya anteriormente don Ambrosio Mitre había sido informado por el señor Sáenz Valiente, á los rudos trabajos á que era sometido su hijo y la conveniencia que había en retirarlo de allí. Entonces sucedió que al mismo tiempo que don Gervasio devolvía al joven Mitre por inservible, don Ambrosio lo reclamaba y recibía con ternura al aficionado de las bellas letras, en esos tiempos, en que los libros, como ahora no proporcionaban fortuna.

*
* *

Este episodio tiene su analogía con algo parecido que le sucedió al príncipe Eugenio, aquel gran capitán de su época, que asombró á la Europa con sus brillantes victorias, debidas muchas de ellas al rencor que en su noble corazón despertó la ironía de Luis XIV.

El príncipe Eugenio de Saboya Carignan nació en París en 1663; era hijo del conde de Soisson y nieto del duque de Saboya.

Siendo muy joven se presentó al rey Luis XIV pretendiendo el mando de un regimiento, más el rey, viéndole tan endeble y de un aspecto frágil, sonrió impertinente, y con

gracioso ademán, donde se traslucía la burla y la ironía, desechó su petición, diciéndole que la carrera que le convenía era la de la Iglesia: que le sentaría con mayor propiedad, la valona del eclesiástico en vez de la espada: por lo tanto, se encontraba dispuesto á darle una abadía. Desde ese momento se le denominaba por burla « El abate de Saboya » y añadían el sarcasmo cuando hacían alusión á chismes indignos que corrían en Versalles designando al cardenal Mazarino como su verdadero padre.

El joven príncipe sintió subir el rubor á la mejilla y juró vengarse de aquella real y brutal indiscreción.

Al poco tiempo, con el corazón candente de venganza, salió de París y se presentó al emperador Leopoldo solicitando un puesto en su ejército, quien al momento, valorando el empeño del joven príncipe, accedió á su petición, y lo honró con el mando de un regimiento en el que, desde el principio, se distinguió brillantemente en varios hechos de armas; y llegó en seguida su reputación militar, hasta confiarle el emperador el mando del ejército imperial. En este mismo año ganó á los turcos la batalla de Zenta.

Su impaciencia le atormentaba esperando

el momento en que debía vengarse del ultraje que le había inferido Luis XIV. Muy pronto se presentó la ocasión, en la guerra de la sucesión de España, y enardecido por el recuerdo de la afrenta no titubeó en combatir contra la Francia, rechazando á Villeroy en la campaña de 1701 y apoderándose de casi todo el Mantuano. En seguida venció con Malborough á los franceses y á los bábaros en la célebre batalla de Hochsttet; luego en Casano rechazó á Vandome, sometiendo después el Milanesado y la Lombardía al dominio del emperador; más tarde, en Oudenarde y en Malplaquet, vuelve á vencer á los franceses, manteniendo así el éxito de su brillante carrera que tan fatalmente no había sido sospechada por Luis XIV.

El príncipe Eugenio fué el primer francés que puso la Francia al borde de su ruina.

¡Cuán arrepentido estaría el rey Sol! después de tantos amargos contrastes causados por el genio guerrero del príncipe Eugenio, de su falta de clarovidencia en substituir un coronel por un abate.

Al principio de la guerra comprendió el gran error que había cometido, é hizo ofrecer secretamente á su mortal enemigo, el bastón de mariscal de Francia, el gobierno

de Champagne y una pensión de mil pistolas; mas al rechazar el príncipe Eugenio las proposiciones del rey de Francia le dijo con irritado sarcasmo: « Que el bastardo de Mazarino era ya demasiado gran señor, para aceptar los favores del bastardo de Richèlieu ».

Tanto el príncipe Eugenio, como el general Mitre, eran de la estirpe de los « caballeritos que no servían para nada y que cuando veían una sombrita se bajaban del caballo y se ponían á leer ».

Marzo 1º. de 1906.

CAPÍTULO II

CAUSAS DEL HEROISMO PARAGUAYO

Bajo este título el distinguido escritor paraguayo, Doctor D. Manuel Domínguez, ha publicado un brillante folleto en estilo, en el cual sostiene que durante la guerra del Paraguay el soldado paraguayo fué superior en vigor, valor, patriotismo y moral, al aliado: en forma de carta el general Garmendia muy galantemente, lo refuta, como se verá más abajo. (1)

*
* *

Señor Dr. D. Manuel Domínguez. — Mi distinguido doctor: — He leído con sumo agrado su interesante folleto. Allí su corazón patriota late con un arranque noble, atando á sus fibras su pensamiento, no podía decir otra cosa. Esas bien escritas líneas exuberantes de su talento, y de su preparación incontestable, rebosan orgullo nacional, inalterable y sincero. Lo felicito, no porque sea patriota, ese es un deber: sino por su magnífico estro; pero á pesar de esa hermosa sugestión, mi

(1) Del diario *La Nación*.

opinión difiere en algunos de los puntos principales de su opúsculo y en breve se lo voy á demostrar.

Para estudiar la constante tenacidad y el valor paraguayo en aquella guerra memorable, tan gloriosa para vencedores y vencidos, será necesario ante todo, conocer sus móviles genéricos, la electricidad moral que le da vida, y hallaremos entonces la razón de tan asombroso acontecimiento.

Primero, debemos remontarnos á las razas indígenas de las comarcas beligerantes que mezclaron su sangre con la europea; y veremos á los guaraníes en el Paraguay, á los charrúas en el Estado Oriental, á los guaraníes, charrúas, calchaquies, quilmes, querandies, pampas, araucanos y otros en la República Argentina, y algunas de estas tribus y una pequeña parte de sangre africana, no tan sólo en el Brasil sino en los demás países que formaron la alianza contra el Paraguay, y encontraremos que todas estas tribus eran sobresalientes en aptitudes guerreras, adornadas con un corage intrépido, remarcable en demasía, como lo demuestran los mestizos que de allí se originaron, presentándose en las continuas luchas en que actuaron como ardorosos, tenaces, y perspicaces soldados,

probando en los azares de la guerra que no habían degenerado; por el contrario robustecida la estirpe, como lo expone la historia de los argentinos, chilenos y orientales, y la de los brasileños en sus guerras de la independencia contra los holandeses, y en la del Paraguay; y ustedes, los paraguayos, en esta memorable que tanto les da renombre.

Asentado este principio, que es la base fundamental de mi argumento, quiero decirle que en mi opinión, nunca hubo tal superioridad del paraguayo sobre sus adversarios, en cuanto á raza fuerte y valerosa. En la famosa contienda, los beligerantes se igualaron en valor y constancia sin que sobresaliera ninguno en esas virtudes guerreras.

Ahora, estudiemos los factores principales de la prolongada é inútil resistencia del Paraguay á la invasión de los aliados, resistencia, que por otra parte, sólo enaltece á ese pueblo, y á ese ejército mártir de los desvaríos y de la ineptia del más terrible despota que errumpió el terror.

La obediencia pasiva, tradicional, casi fanática, implantada como educación absoluta, y necesaria para poder imponer el despotismo español sobre el indígena, desde la época colonial, primero por el encomendero, despnes

por los jesuitas, encubriéndola con la mansedumbre evangélica, y en seguida por sus tiranos, que ya encontraban el terreno preparado para su dominio absoluto, de tal modo, que el paraguayo se había acostumbrado á creer que la obediencia pasiva alcanzara hasta el último extremo, con tal sugestión que la orden del supremo debía cumplirse, aun con riesgo de la vida, con la que se pagaba la más ligera indignación del inferior, aunque fuera platónica.

Usted sabe muy bien, mi estimado doctor, que el Dr. Francia y los López fueron eximios maestros en este arte maquiavélico; arte implacable y sombrío, para dominar con la cadena, la muerte y preocupaciones supersticiosas á la comarca paraguaya, tratando de imitar en esto á los antiguos druidas del Norte ó los califas de Oriente cuando incitaban el apasionamiento religioso, haciendo creer á las multitudes que aquellos que sucumbían en el campo de batalla combatiendo por la patria, resucitarían en lugar sagrado.

Esta obediencia pasiva, artificiosamente explotada en nombre de la patria, del amor delirante de la independencia, haciendo de ella un culto divino, fanático, predicada en la cátedra sagrada en toda ocasión, y alimen-

tando la llama del odio al extranjero á quien despreciaban, desconfiándole al mismo tiempo que lo consideraban como á un ser inferior, alimentando la llama del odio al extranjero, decía, en esos corazones valerosos, patriotas, pero incultos y sencillos, hizo de su pueblo un poderoso factor, llegando hasta el último sacrificio, hasta donde no se puede ir más lejos.

Y estudiando admirados esta impávida resistencia; entre el conjunto de factores que á ella concurren, se destaca, sobre todo, la disciplina férrea que se yergue siempre feróz, sobre todo, cuando abruman con su peso aplastador los más grandes desbaratos: porque, después de tanto desastre continuado y sufrimientos inauditos, el hombre, por más viril y enérgico que se ostente en la lid, sucumbe al abatimiento; porque todo tiene un límite en la vida, y hay que tomar las cosas como son y como serán siempre.

Ese mismo ejemplo se presenta al final de la guerra del Paraguay.

Así, pues, aquella disciplina estaba mantenida por el terror, y ésta era tan sugerente, tan estupenda, que en medio de la agonía de aquel pueblo impasible y resignado, no hubo un paraguayo que concluyera con el tirano,

aunque convencido estuviera de que su sentencia de muerte prosperaba por momentos en la mente del déspota, cuya execrable divisa era la famosa de Luis XV: « Después de mí el diluvio » y esa disciplina dura, impertérrita, destruyó de punta á cabo el Paraguay. No fueron las balas de los aliados la causa del derrumbamiento general de esta espléndida nación: estas hicieron poco estrago con relación á las enfermedades y los suplicios ordenados por el dictador para sostener el terror: sobre todo, la causa principal del aniquilamiento general fué el terrible éxodo al desierto en el más afligente desamparo, que se ordenaba á las ciudades en conjunto, cuando los aliados se aproximaban, y el hambre y las penurias que finalizaron al fin con el pueblo paraguayo, vinculado á las nobles familias que representaban los descendientes de los mayorazgos de Mendoza.

Las multitudes aristocráticas y plebeyas lanzadas en los desiertos, perecieron en casi su totalidad, y en esa hecatombe del hambre y de la peste estaban los niños, las mugeres y los ancianos: toda la población en masa del Paraguay que no se encontraba frente á los aliados.

Los paraguayos, sin ser superiores á otros

pueblos físicamente, rindieron homenaje con empeño inaudito á un factor moral inapreciable: el fanatismo de la patria, que también se observa en otras naciones; y cuando desfallecían por las leyes naturales que encadenan el físico á un papel general en la vida, el terror los electrizaba, no por temor á la muerte; porque eran impávidos ante el peligro, casi pudiéramos decir insensibles al dolor, sino por amor á la familia, en cuyos miembros castigaba López sus desfallecimientos justificados por el colmo del sufrimiento de que eran víctimas.

Usted tiene un inhumano ejemplo en la venganza cruel é injusta ejercida contra el héroe de la península; me refiero al arrogante Coronel Martínez, que después de batallar como un intrépido con su escaso grupo famélico, y de estar cinco días sin tomar alimento, desfallecido, muerta la esperanza de la victoria, tiene que rendirse; porque llegado ese momento, considera con justicia y con honor ser inútil toda resistencia con tropa que no puede ya permanecer en pie: y si así la hubiera continuado, la historia con sobrada razón le denominara bárbaro, inclemente; porque en la guerra, como en todo, el sacrificio debe ser útil y razonado: la continua-

ción de esta resistencia hubiera sido lo contrario.

Pues bien; la virtuosa esposa del héroe de la Península, la señora Juliana Insfran de Martínez aquella delicada joven de hermosos contornos esculturales, modelo clásico de la belleza nacional, dama de brillante estirpe, es sacrificada de un modo terrible, es lanzada lentamente por manos inexpertas, que apenas sustentan la pica; es muerta así para castigar la gloriosa acción del ínclito guerrero que con la punta de su espada cinceló desde ese momento una de las hazañas más brillantes de la historia de esta guerra. Ese bizarro paraguayo que detiene con un puñado de sombras de hombres á un fuerte núcleo de tropas: algo más: antes de llevarla al suplicio sufre los más viles ultrajes como para que los horrores de un corazón perverso rodeen esa tragedia espantosa. Y esa mujer, honra del estrado paraguayo, se ostenta en ese cuadro de horror, martir digna de su consorte. Ineficaces fueron los tormentos para que sus labios pronunciasen una falsedad contra el noble compañero que tanto la enaltecía, ni contra su honor immaculado, vilipendiado por un infame.

Es evidente que en un ejército donde se

mantiene como sistema implacable, como sistema calculado de mando, tal ferocidad, y se castiga con bárbara crudeza por no sacrificarse estérilmente, cuando se ha llegado hasta el último límite de la honra de la defensa, que está imposibilitada por el hambre y las enfermedades, y se procede así en recompensa de un hecho culminante, debía estar aterrado y marchitas las fibras del entusiasmo, presentándose al último como una máquina estéril de morir.

En ese caso, su resistencia era inerte, porque era ineficaz.

Creo, como el distinguido Dr. Domínguez, en algunas de las razones de sus argumentos: pero siempre será mi creencia que el móvil principal de esa resistencia, sobre todo á mediados de la guerra, fué la sumisión tradicional, absoluta, al poder supremo. Inconsciente obediencia pasiva que constituía la virtud magna, nacional, cuya rebelión era considerada sin exámen previo como un crimen de lesa patria.

Esta poderosa sugestión la encuentra usted en todos los países en donde una educación constante los hace esclavos del deber ó de una preocupación, con el objeto de salvar una situación donde se juega el todo por el

todo, como acontecía en la guerra personal de Lopez.

El ejemplo más típico de lo que aquí le expongo está en los diez y seis ejércitos que levantó la Francia revolucionaria del ochenta y nueve: este enorme esfuerzo lo hizo manteniendo en sus filas una disciplina inhumana, necesaria en esas masas armadas é indisciplinadas, para sostener el orden y la armonía en todos los tentáculos de ese pólipo enardecido; y fué tan riguroso ese régimen de mando, que más de un general fué guillotinado por haber sido desgraciado en un hecho de armas.

Como usted ve, este terror loco de la libertad era tan implacable como el del general López. « Finis coronat opus » es la divisa de los desesperados.

Hoy día tenemos un ejemplo magistral en este sentido. Me refiero á los japoneses.

En esa contienda definitiva, en cuanto á la polémica de la teoría de la guerra, que ha asombrado al mundo, por sus sorpresas inauditas, sobre todo, lo que ha triunfado es su grandiosa moral, y haber oportunamente aplicado á su arte militar la sabiduría de la escuela militar europea, el culto del amor patrio, el dogma tradicional de la nación; es

decir, el valor intrépido, abnegado, inmenso; el más solemne desprecio de la vida en el cumplimiento del deber y el honor caballeresco del código Samuray. Todo esto llevado hasta el último extremo.

Ante los resultados del éxito, investiguemos el origen y encontraremos por base medios muy sencillos, pero constantes y enérgicos, aplicados sin cesar, desde épocas remotas, en todo momento impresionable, la educación tradicional al niño, al joven, al hombre maduro; creando en él la convicción de que ha de ser siempre bravo y abnegado, que ha de despreciar la vida cuando se trate de defender la patria, y que la contravención á este principio siempre será castigada con la deshonra y la muerte, y que en virtud de estas altivas condiciones sobresaldrá siempre superior á su adversario: de modo que este propósito, de un valor inmenso, á fuerza de ejemplos y prédicas severas, incesantes, se inculca con tal vigor en el espíritu del hombre desde su infancia, de manera que en vez de corazón tenga este amuleto, que transforme su físico en una segunda naturaleza. Sino, arroje su vista sobre las diversas sectas que por sus creencias inveteradas todo lo sacrifican á una sugestión fanática.

Por otra parte, contestando siempre su artículo; si es verdad que el hombre en estado salvaje es más insensible al dolor por ser generalmente menos nervioso: impasible ante el peligro por lo general; en cambio, el ser civilizado tiene la voluntad soberana; impulsiva, inteligente de su altivez, la conciencia del deber, la tenacidad calculada en sus propósitos. En él ejerce suprema influencia la prédica y el dogma que son fuertes resortes y sugerencias que lo empujan al desprecio aunque sea en apariencia, de la vida. Y por eso en los combates vemos soldados que no siendo valientes por naturaleza, el amor propio les hace pasar como tales.

El paraguayo nunca fué, físicamente, más robusto que sus adversarios en la pasada guerra; la prueba la tiene usted en la enorme pérdida de su ejército por enfermedades. Antes de dar principio los aliados á la invasión del territorio paraguayo, ya habían perecido víctimas de diversas dolencias más de 30.000 excelentes soldados, y así continuó durante la contienda, el despojo mortal de ese bizarro ejército, muy diferente del aliado que, en ese sentido, no tuvo tal decrecimiento.

Por lo tanto, el paraguayo no es más robusto ni tiene superior estatura que el

argentino, oriental ó brasileño, y usted que conoce estos pueblos, espero que les concederá la robustéz de sus nervios de acero, el valor y la perspicacia de los pueblos que viven en la sobriedad, en el trabajo y fomentan sus creencias con el orgullo de la libertad.

Mas, debo decirle que la clave de la prolongada resistencia del ejército paraguayo estuvo siempre, sobre todo, en sus posiciones casi inaccesibles, y puede usted estar seguro que el Paraguay, si en vez de presentar tan grandes obstáculos topográficos, se hubiera destacado en una inmensa planicie sin ellos, la guerra hubiera concluído con la batalla del 24 de Mayo, no porque los paraguayos fueran inferiores en valor, pues en esta batalla demostraron su brillante bizarría, sino porque no tenían general en jefe, ni jefe de estado mayor, ni generales (1) que condujesen á ese ejército estratégica y tácticamente á la victoria.

¡Transemos mi distinguido doctor! Y sentemos como principio racional que los adversarios de la guerra del Paraguay tan dignos eran los unos como los otros; y por último, diré á usted que admiro y que he admirado

(1) Con excepción de Wisner, Díaz ó algún otro.

siempre á ese hermoso ejército paraguayo que se batió durante cinco años con una impasibilidad pasmosa, y una constancia de granito, como me indigna al recordar, como que soy vuestro hermano, el modo como murió sacrificado en ara de un ídolo bárbaro, á puntazos: como á una víctima á la que poco á poco, le van abriendo las venas: como á una víctima que muerta la esperanza, sabe que va á morir y espera resignada el turno; como pereció sin arte y sin ciencia en manos de un ignorante sin entrañas, que podría ser todo, menos militar.

Mucha verdad existe en la siguiente apoteigma de Aguals de Isco.

« Cuantas víctimas cuesta á la humanidad la ambición de los reyes, como si cada soldado que muere en una batalla, no fuera un hombre más estimable y menos perjudicial que el más poderoso tirano ».

En otra parte agrega:—« Así, al abrir los sangrientos anales de los soberanos de la tierra, el filósofo duda de la humanidad, é interroga á los siglos pasados para comprender como los pueblos pueden aún inclinar la frente ante los tiranos y arrastrarse á sus pies como esclavos ».

Ahora refiriéndonos al Paraguay podemos

decir: toda la sangre vertida de una nación llena de vida y feliz para ahogar un despotismo.

¡ Qué paradoja tan bárbara y sin embargo, tan verdadera en este caso !

He abusado talvez de su paciencia: pero ya me despido, con el sentimiento de no haberlo visto cuando usted partió al Paraguay.

Me repito S. S. y afectisimo.

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA.

CAPÍTULO III

TEMAS HISTÓRICOS

DEL GENERAL GARMENDIA (1)

El general don José Ignacio Garmendia es una figura descollante entre la pléyade de militares de ciencia con que cuenta en la actualidad nuestra vecina la República Argentina.

Su alta y merecida reputación de militar competente la tiene acreditada brillantemente en los diversos puestos que ha ocupado en las evoluciones militares en que ha tomado parte.

Ha ilustrado las páginas de la historia de su patria, escribiendo con elocuencia y verdad la más famosa campaña que en guerra internacional se haya llevado á cabo en ambas Américas. Sus *Campañas de Corrientes y Río Grande*, la de *Humaytá*, la del *Piquiciri*, y los *Recuerdos de la Guerra del Paraguay* donde describe otros combates y *Las de Anibal* y otros libros lo revelan un escritor militar de

(1) Del *Cívico* diario de la Asunción.

primera fila; y con seguridad ocupará en la posteridad del Río de la Plata, en este concepto, el segundo puesto después del insigne biógrafo de los próceres Belgrano y San Martín.

Lo que, sobre todo, caracteriza y presta relieve simpático á la personalidad del general Garmendia es la cultura refinada de su temperamento ecuaníme. Sus juicios y conclusiones sobre los acontecimientos son siempre equitativos, razonables é imparciales. Es el historiador extranjero de la Guerra del Paraguay que ha apreciado con más serenidad nuestra causa. El que ha sido más justo con nosotros.

A continuación damos á la publicidad la importante carta que acaba de dirigir á nuestro compatriota don Juansilvano Godoi, con motivo de su último libro *Comentario Critico* sobre Alberdi por el señor Olleros.

—
Buenos Aires, Diciembre 17 de 1908.

Señor don Juansilvano Godoi.

Asunción.

Mi distinguido amigo:

El señor Biedma me remitió su libro y mucho se lo agradezco, más cuando lo acompaña su afectuosa dedicatoria.

En su hermoso libro, veo que su brillante, incansable y fulminante pluma no siempre tiene razón. En casi su totalidad su crítica sobre mi *Yatay*, se presenta escasa de fundamento y si acaso lo tuviere nadie tendría la culpa en parte, sinó usted, pues en repetidas cartas, en ocasión que escribía la *Campaña de Corrientes y Río Grande* solicité de usted datos paraguayos sobre *Yatay*, pedido que yo hacía en razón de sus repetidos ofrecimientos; y si me atrevía á incomodarlo era porque se presentaba un caso excepcional en las guerras civilizadas, aquel del ejército paraguayo, cuyo estado mayor dirigido por un casi analfabeto, no haya dejado un sólo documento de importancia y sólo las memorias de su jefe prisionero influenciado por sus guardianes.

Usted sabe muy bien que no existe una sola acta de una junta de guerra, ni memorias sobre planes de campaña, ni relación de marchas, ni parte oficial de una sola batalla: porque las narraciones ridículas del «Senario», que rayaban en lo absurdo se presentan como una de las faces de la tiranía de López y del terror que inspiraba este hombre.

Ahora yo debo hacerle un cargo mi estimado amigo. Al solicitar de usted los datos

sobre *Yatay*, es porque lo encontré deferente, tanto que la entrevista con Duarte, se hizo á mi pedido; pero usted sabe bien que con excepción de algún dato personal no se sacó nada en limpio, y si usted conocía otros pormenores de la batalla ¿porqué no recordó su promesa de contribuir á ilustrar la historia de aquella memorable guerra del Paraguay? Y en vez de esto, como lo esperaba de su hidalguía, asume usted una crítica que no dejaré pasar en silencio.

En la refutación voy á ser lacónico, pues una brillante inteligencia como la suya ha de estimar mis argumentos en aquello que deba refutar, que por otra parte, no son puntos de importancia para el conjunto de la narración histórica.

1º La división de Duarte en el campamento del «Ombucito» se componía, con los auxiliares orientales y correntinos y la gente de administración de 3.500 hombres. El cuerpo de batalla alcanzaría á 3.200 hombres á causa de que antes de la lucha la mayor parte de los auxiliares se dispersaron. Usted tiene esta demostración en el parte *detallado* de los generales Flores y Paunero que á las fuerzas paraguayas dan las siguientes pérdidas: 1.700 muertos, 300 heridos, 1.200 prisioneros, total 3.200.

Ahora usted debe suponer que no todos mueren ó caen prisioneros en un combate, y por consecuencia, sumando los auxiliares con las anteriores cifras alcanzan los 3.500. (1)

Por otra parte hay que creer que, por temor al castigo de que se hacían acreedores, los auxiliares tratarían de salvarse, guardándose bien de exponerse á un sacrificio inútil previsto por cualquier inepto que no fuera un Estigarribia ó un Duarte.

En mi concepto, usted ha de creer más en la palabra oficial de Paunero y Flores que en la de Duarte, de quien usted hace tan severo juicio y quien no se ha atrevido á escribir una línea.

La historia, mi buen amigo, no se escribe con las narraciones de sargentos y cabos, casi analfabetos ó analfabetos del todo.

2º Usted es el que comete el craso error, al atribuírmelo. He dicho con razón que la división Duarte apoyaba su izquierda sobre el Uruguay. Extraño que un escritor tan notable como es usted, olvide que el perí-

(1) El canónico Gay, cuyo espíritu de investigación y seriedad es notoria, da á la división Duarte 3030 y como 400 auxiliares orientales y correntinos. Este prelado fué testigo presencial y su palabra nunca fué puesta en duda.

metro de un campamento ha de tener una extensión tal, que con tiempo el ejército sea avisado de la presencia del enemigo. Por consecuencia desde su vanguardia, flancos, y retaguardia, donde estan vigilantes sus grandes guardias hasta el ejército, debe existir una distancia que en caso de un ataque por sorpresa le permita poder prepararse para recibir al enemigo.

Ahora lo que le he querido decir que es lo que debe ser, y que usted interpreta mal, es que las guardias avanzadas de la división Duarte, alcanzaban hasta el Río Uruguay y debía ser así por otra poderosa razón, de que ese punto constituía el enlace de comunicación con las fuerzas de Estigarribia.

Un ejército puede estar acampado en varias líneas, siendo una de estas la de las grandes guardias que á su vez destacan retenes ó puestos.

Después de hacer pasado el arroyo Capi-ikicé y avanzando por el Oeste, atacaron los aliados sucesivamente el centro y flanco derecho de la división Duarte. Usted sabe que las batallas presentan varios momentos que se denominan 1º y 2º, etc., debido al movimiento sucesivo de la acción; así en el plano que figura en mi obra, es cuando

es envuelta la División Paraguaya, que es el instante más desastroso de la batalla que precede á la dispersión total que se hace en dirección al Uruguay.

Figuran en mi archivo varios planos confeccionados por testigos presenciales, de manera que usted me permitirá que dé más crédito á los partes y relaciones de actores presenciales que han ido al mismo campo de batalla á estudiar el terreno, cuando estaba al frente del Estado Mayor, que á las relaciones de sargentos ó soldados que no ven más allá de sus narices y que son casi analfabetos.

3º Al exponer que Duarte improvisó imperfectos atrincheramientos, poco importa que éstos fueran los fosos que sirven de cercado á las quintas, pues los utilizó como obras de defensa.

4º Alcanza usted hasta enmendarme la plana, asumiendo magistralmente el *Magister dixit* cuando se refiere á la ~~ortografía~~ ortografía del vocablo «Glasis».

Tenga la bondad de leer en el Diccionario Técnico Militar de Almirante página 555 y encontrará que lo he escrito bien, y si realmente no fuera así, me parece que podía ser usted más indulgente con un buen amigo.

Como usted observa la trasposición de un dato de un lugar á otro, que no es sino un error, deseo que me explique, qué batallón 24 es ese de las fuerzas de Duarte, del cual usted hace desplegar dos compañías de cazadores.

• Cuando yo leo lo que escribe su brillante pluma empapada en hiel, creo ver deslumbrantes brillazones de rayo; usted debe haber sufrido mucho para herir con tal espíritu de venganza á sus enemigos, cuyo polvo deslesnable arroja usted á los vientos.

El inconveniente que tiene ese impulso, esa virulencia de su estilo, es que el público que lee, cree que sólo la pasión lo ciega: si usted fuera un escritor sereno, para mí sería completo y espero que llegaremos á aceptar la sentencia de Tacito « Sine ira et Studio ».

Siempre su afectuoso amigo.

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA.

CAPÍTULO V.

LA TRAGEDIA DEL MONTE DE LA CALAVERA

—:—

(ROMANCE RELIGIOSO)

—

Allá á lo lejos resuena ronco un rumor inmenso, confundido alguna vez, en desconcierto, con tonos estridentes de una música militar: rumor entrecortado de horda enardecida; especie de estallidos de ánimos bárbaros: indecentes ultrajes de un populacho en delirio, que en la hora en que el sol pasa por el meridiano, vibra en un ambiente sofocante por la multitud compacta, tumultuaria, que llena la ancha vía que allí en Jerusalén conduce al lugar donde se ejecuta la muerte con oprobio: á ese collado pedregoso del Gólgota (1), tinto en la sangre que

(1) Gólgota en hebreo significa cráneo. El lugar de las ejecuciones en Jerusalén se denominaba Monte del Cráneo. San Mateo XXVII, 33. San Marcos XV, 22. San Lucas XXIII, 33. San Juan XIX, 17.

vierte la justicia, allí donde se lapidan por la ley mozáica á los contumaces de la delincuencia, ó se les clava en la cruz por terrible prescripción romana.

Es la canalla hambrienta de crueldades que se agita torpe, intransigente, que arroja su espumarajo hidrófobo sobre un condenado á la última pena, por la inclemencia del fanatismo de secta, por la envidia y el egoísmo de los escribas y de los fariseos.

Ese condenado es el divino Jesús, que envuelto en la alta dignidad de su persona, sofocando con una calma estóica sus amargos sufrimientos, camina sin amparo, desvalido, asimismo intacto en su moral inquebrantable, allá en la ancha vía que va al Monte de la Calavera, conduciendo á cuestras el leño en que ha de ser supliciado, acompañado por dos autores de delitos que también llevan su cruz como aquel justo, que va á la apoteosis de la inmortalidad.

Cual muro humano insalvable, una cohorte auxiliar (1) le rodea y lo defiende contra los desmanes de la jauría loca que lo acecha, y que le arroja ultrajante anatema.

Se acalla por un instante el aullido inso-

(1) San Marcos XXVII, 27.

lente de la caterva impía, cuando se siente un toque de trompa. La cohorte se detiene y entonces se escucha la voz del lictor que pregona el bando y lee la sentencia, que condena los reos á la última pena, y en seguida al ponerse de nuevo en movimiento, el ruido seco, cadencioso alguna vez, del paso militar producido por el alto y férreo borceguí de los soldados, esa guardia de capilla, que en filas abiertas custodia á los reos, teniendo siempre á la distancia á la multitud que asedia constante al cerco de lanzas.

La cohorte marcha formando un cuadrilongo, cubierta adelante y atrás por la primera y tercera centuria en orden cerrado, en los flancos la segunda en filas abiertas. Encabezan la marcha la música (1); los portaenseñas con la imagen del emperador (2) van en el centro de las primeras filas de las centurias; el vacío que forma el interior del cuadrilongo está ocupado por el grupo de los condenados y

(1) Tibicini cornecini.

Signiferi, porta enseña. Además había otras enseñas:

(2) *Imaginiferi*, — era la enseña que presentaba la imagen del emperador.

Aquiliferi — Las águilas.

Dracornaru — El Dragón.

Labarifere era la enseña particular del príncipe.

sus inmediatos guardianes. Allí camina á duras penas Jesús, la víctima redentora de la humanidad, llevando á costas la pesada cruz de su martirio, ayudado alguna vez de mala gana por los soldados que de cerca le vigilan, porque ese instrumento de tormento es una ignominia que ellos rechazan; más atrás, los dos bandoleros ennoblecidos por el contacto del Salvador; parecen embrutecidos por su aciaga suerte; son cuerpos inertes que van rodando en la amplia calle.

Un primer centurión (1) manda la cohorte; los otros van al frente de sus centurias. Los decuriones vigilan el orden en las hileras. Impasibles, ven indiferentes lo que pasa en su alrededor; no se dan cuenta de la piedad que sugestiona en estas solemnidades de la muerte.

Todo este aparato militar envuelto en los estridentes alaridos de la plebe, reviste augusto, el lúgubre complemento de la tragedia que desarrolla.

Esta tropa auxiliar está contaminada con la fría crueldad romana, crueldad implacable

(1) Primipile. El centurión que mandaba la cohorte y tenía superioridad sobre los demás de las centurias.

que decreta continuamente hecatombes y destrucciones de infortunados pueblos sin amparo. Cualquiera diría que marcha en un desfile de triunfo, uniformada en airoso continente con el ancho cinturón de fajas de hierro que le cubre el pecho, ajustado el coselete, recargado de gruesas y anchas cintas de cuero, que caen sobre los nervudos muslos, produciendo al andar un ruido seco: del mismo modo llevan el amplio casco de bronce que resguarda las sienes, adornado de plumas negras, y ostentando por armas la corta espada española: ese «gladium» adoptado por los romanos para ser el terror de los pueblos vencidos, la corta espada, decía, pendiente á un costado de un ceñidor de cuero que tachonan con clavos de bronce y la lanza de los triarios afianzada en las dos manos á la altura del bajo vientre. Al marchar con altanera arrogancia, van esparciendo el temor y el desdén en su contorno.

* * *

La víctima espiatoria del odio de los escribas y de los fariseos, el divino Cristo, ha sido condenado al ignominioso suplicio. por la injusticia humana, por haber incrustado en la conciencia de un pueblo humillado los

grandiosos principios de la moral cristiana, por haber predicado con la vehemencia de la verdad, las virtudes del corazón del hombre, la piedad hasta el extremo, la confraternidad universal de las almas puras, el perdón de las injurias, el abnegado amor de hermanos, la libertad del pensamiento que extiende su vuelo sobre el orbe oprimido; por ser el noble creador de la más benéfica doctrina que encierra todas las grandezas del alma, que Dios en su misericordia infinita, puso en el seno de la tierra, para hacer de la vida el altar de la virtud; por haber cimentado en poderoso pedestal la unidad religiosa. Ahora va al sacrificio sobre el Gólgota sangriento, para redimir al mundo de sus eternos crímenes con su generosa sangre. «Por amor á los hombres va á ocultar los fulgores de su gloria con los martirios del suplicio». El es la preciosa imágen del sentimiento de Dios, revelado á la tierra en el día de la esperanza, en un rayo de sol hecho hombre; es el socialismo cristiano que anatematizando la avaricia de los grandes, ampara la desdicha y protege la inocencia; ahora va al suplicio por haber levantado al celeste imperio el ser oprimido y combatido las implacables preocupaciones, que son gérmen de todos los errores,

sus bajas pasiones, sus egoísmos crueles. Cristo, en su papel grandioso, es la protesta piadosa contra el rigor implacable del Pentateuco, de ese código adusto, inexorable, cual si fuera código de Mahoma que enarbola la cimitarra para imponer su falsa doctrina.

Cristo es el símbolo sagrado del libertador que proclama su doctrina, apostrofando á los opresores de un mundo esclavo, es el alivio de la pena intensa, la dulzura, la tierna clemencia inefable del dolor ajeno, la soberana igualdad; levanta al hombre del cieno para aproximarle á Dios; es la filantropía excelsa que protege al humilde, al desvalido contra el potentado, contra el rico; es la caridad traída á la tierra en alas de los ángeles que se aman con un sentimiento de adorable sugestión, especie de pasión del cielo que sólo vive en el alma teniendo por testigo á Dios; y ese mártir sublimado por los principios inmutables de su divina filosofía, que levanta de la vil abyección de la esclavitud á la muger para sentarla magestuosamente en el trono del hogar, como personificación de la base fundamental de la sociedad donde domina por el amor y la virtud; que enarbola la bandera

que no se abatirá jamás, en el eterno monumento de su gloria, en ese momento está vilmente encarnado en un mísero reo que insultado procazmente por la villana ralea, se le arrastra al suplicio entre dos salteadores de caminos.

*
* *

Allí en el vacío de la armazón táctica de la cohorte, se destaca la figura del hombre Dios. La sangre, el polvo y el sudor enlodan su rostro pálido y demacrado, anunciando las huellas del insomnio y de la tortura, como si asistiera con una máscara afflictiva á una saturnal de la muerte: atestiguando todo eso sus torpes sufrimientos. Tipo fenicio que recuerda al hermoso Eneas, al campeón troiano de aquella guerra de semidioses paganos, tipo fenicio donde palpita la sangre real de David; dos ojos grandes negros irradian reflejos de dulce calma, en su hermosa faz, como rayos desprendidos de un entristecido astro. La escultural cabeza atormentada por una grotesca corona de espinas, está tumefacta en la parte donde ha sido herida; la sangre coagulada se ha detenido en las hebras de su barba desgredada; la túnica blanca que ha reemplazado á la túnica roja del escarnio,

está manchada de sangre y de lodo; si no ostentara la suprema dignidad de la humana existencia, esa víctima expiatoria del delito humano, sería repugnante de tormento.

Sólo un corazón sectario contrariado por las furias de su pasión religiosa, podía aclamar un hecho tan estupendo.

La cohorte marcha impávida al compás de su fanfarria extraña, marcha erguida con la altanera y brutal jactancia de la fuerza que va á herir sin rencor, sin responsabilidad, y sin resistencia, conteniendo con rudeza despreciativa á la turba populachera, ansiosa siempre de espectáculos salvajes.

Sin un amigo que tenga en ese triste momento el valor de decirle que es su amigo, Jesús camina solo y triste, únicamente envuelto en su majestad de hombre fuerte, sin un consuelo que endulce sus últimas horas; abandonado en ese momento por sus discípulos, que allá á lo lejos, ateridos de miedo, están escondidos entre la muchedumbre, y atisban inquietos y medrosos la escena que se desarrolla. Indignos del divino maestro, no se arriesgan á provocar los rigores de la vida, para conquistar la gloria de la muerte.

Continúa siempre la marcha vociferada en maldiciente coro, por la turba impaciente y

desordenada, sostenida por la indiferencia rígida de la soldadesca, que defiende ahora á los reos, para que tengan alientos grandes para morir en la cruz.

Tan debilitado está el delicado cuerpo del Redentor, á causa del insomnio continuo, la falta de alimentos y los castigos inhumanos que ha sufrido, que el peso de la cruz lo agobia, le es insoportable; sus hombros se hunden bajo su presión dolorosa y abrumante; varias veces ha caído, chocando su rostro contra el duro suelo de la lúgubre vía, cual pronóstico que anuncia el castigo romano, que vengará su martirio; y hará verdad el anatema que el hebreo turbulento profería cuando pedía la crucifixión: «Que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y la de nuestros hijos». Se ha cumplido el anatema: la sangre cae todavía sobre ese pueblo ambulante: es la expiación de la nación israelita dispersa eternamente y perseguida sin misericordia.

Es muy raro que en las tragedias del dolor, noblemente no vivifique alguna escena el alma de la mujer. Aquí también la piedad femenina agita las fibras de un santo corazón.

En el momento en que los soldados levantan al Salvador que ha caído bajo el peso de la cruz, una hermosa judía que llaman la

Verónica, convulsionada por la compasión extrema que desesperada late en su ahogado pecho, agitada por una fascinación poderosa, rara, que la empuja hácia el mártir, rompe audaz las filas de los soldados, se aproxima llorosa á Jesús y enjuga con un blanco lienzo su lívida faz mojada en sangre y sudor; y como para dar fe de ese acto humano, queda estampado allí como retrato de última hora, que atestigua la belleza del hombre y la impasibilidad ante el dolor.

Aquella piadosa mujer de corazón de oro, ha quedado enaltecida en la sagrada leyenda, como la expresión de un noble sentimiento que el terror había desterrado del ánimo de los amigos de Cristo, casi único rasgo de la tierna clemencia, que ilumina antes de la catástrofe, ese lento andar por la senda de abrojos que va al sepulcro.

Es verdad que la piedad era extraña en este momento á los furores del pueblo del Pentateuco.

Cristo fijó sus ojos tristes, penetrantes, intensos de dulzura sobre el rostro de aquella compasiva mujer, significándole que en la vida eterna tendría su recompensa.

Mas allá, presurosas, en compacto grupo, envueltas en una nube de polvo, se ve algu-

nas mujeres que anegadas en llanto le arrojan su corazón dolorido, Jesús volviéndose á ellas les dice:

—Hijas de Jerusalén. No lloréis por mi martirio, antes llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos.

—¡Ah! Vendrán aciagos días en que se ha de decir: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no amamantaron hijos.

Setenta años después se cumplía el severo pronóstico. Jerusalén era asaltada é incendiada por Tito, y sus hijos esparcidos por el orbe sufrían el desprecio del paria ó la cadena del esclavo.

*
* *

Llega un momento en que el cansancio lo asfixia: imposible que pueda ya dar un paso con la cruz sobre sus hombros; alarmante es el decremento del físico palpitante; la emoción lo oprime; casi agotadas sus fuerzas, su extrema debilidad le da un aspecto doloroso: un aspecto de luminoso espectro; grande en la desdicha, sus labios se han sellado, no prorumpen en una queja ni en un gemido; silencio de majestad, es ese que deja atónitos á sus verdugos, esa fortaleza en cuerpo tan

débil y extenuado es inexplicable: únicamente puede ser originada por la entereza sobrenatural forjada por la voluntad divina. Entonces el centurión que con cierto recelo piensa que el condenado puede quedar muerto en el camino, ordena á un mozo de cordel llamado Simón de Cirene, hombre de atléticas formas y bien dispuesto, que le lleve la cruz.

Jesús agradece al centurión ese miramiento macabro, interesado éste en que el reo alcance al lugar del suplicio; más á pesar del alivio, camina pausadamente, su fatiga es extrema, se trasluce por los rudos golpes de su corazón de bronce: es lo único que le queda intacto, fiel emblema de su inmutable moral; la entreabierta túnica deja ver su desnudo pecho, donde corren hilos de sangre, tórax, que se agita al compás de su respiración fatigosa; podría muy bien decirse al sentir su paso tardo y vacilante, que si no fuera el Hijo de Dios que va á cumplir su obra inmortal, que es un miserable condenado que retarda el andar al suplicio, para retardar la esperanza de la vida.

Algunos momentos antes de llegar al pie de la cuesta del Monte de la Calavera, Jesús detiene la planta temblorosa; sus ojos se cerraron á la fatiga, no puede más. Al través

de la multitud vé al judío Asheverus, un viejo zapatero empecinado y cruel; está sentado en la puerta de su tienda; lo llama por su nombre y le pide con humilde acento un momento el banco para sentarse.

El terrible israelita con irónico desprecio, estallando en su cara pérfida el rencor indomable de una alma negra, envilecida por el odio que no perdona, le grita:

— ¡Anda!.... ¡Anda!.... ¡Impío!

Jesús lo mira asombrado de esa avaricia de piedad, le clava sus ojos intensos, doloridos, sugestivos.

El hombre despiadado tiembla, aterrado baja los ojos, Cristo entonces le dice:

— ¡Desgraciado! Tú también andarás. Recorrerás toda la tierra hasta la consumación de los siglos y cuando tu planta fatigada quiera detenerse, esa terrible palabra que has pronunciado te obligará á ponerte de nuevo en marcha, sin descanso, sin alivio. ¡Desgraciado! Tú también andarás! Estas últimas palabras las pronunció Jesús con aflictivo acento, como si apesar suyo, salieran de sus labios cumpliendo un mandato de Dios.

La multitud aplaude la actitud de aquel cíclope sin entrañas, sigue desahogada en su ardor demente, mezclando el sarcasmo de la

incredulidad á la ofensa bravía, con vocerío irónico: risas de sátiros impudentes, le gritan:

— Tú, que has salvado á tantos de la muerte, veamos ahora si te salvas á tí mismo.

Y están al pie de la dura pendiente del Monte de la Calavera, triste y seco como verdadero páramo de la muerte. La subida es tarda y fatigosa, como en la senda de la montaña abrupta. A lo lejos, el espectáculo es imponente: sobre un cielo obscuro, sin sol, velado por negras nubes, la colina pétrea, salvaje, se levanta agrietada como llamando á la parca en su contorno.

En el hueco que deja el cuadrilongo de la cohorte, se destaca luminosa la figura de Jesús; más atrás Simón de Cirene con la cruz sobre sus atléticos hombros y los robustos y greñudos bandoleros llevando la suya á cuestas; sus caras toscas y embrutecidas por el espanto, irradian temor y repugnancia, poblada la del más viejo con una espesa barba hirsuta y ambos con cejijunto ceño que amparan unos ojos de malvado que infunden desconfianza. Esas grotescas envergaduras forman un enorme contraste con la figura delicada de Jesús.

La cohorte alcanza la cima de la pavorosa altura; se detiene, forma un tetrágono ence-

rrando el punto donde se han de levantar los fúnebres leños del patíbulo romano, que colocan próximo á los condenados, en sus hoyos que ya están cavados. En el centro del asta de las cruces se clava un trozo de madera que pasando entre las piernas del paciente al ser crucificado, impide que el desgarramiento de las manos hiciera caer el cuerpo á tierra.

En este momento la multitud herida por el paroxismo de la ansiedad, guarda un silencio aterrador, silencio de fiera temerosa, lúgubre, de antro de muerte; es necesario no distraer la imaginación, reconcentrarla toda ella en la torva curiosidad para devorar los efectos del último sufrimiento de un mártir inocente. En esa turba impía existe una voracidad tenaz de crueldades, empeño absoluto de saciarse con la sangre que mana lentamente de la ancha herida, oír sin angustia los golpes de martillo que taladran los huesos y arterias, mezclando ese ruido seco á los gemidos torturantes de la divina víctima.

Cristo revestido de una dulce calma, sin afectación, que domina el equilibrio de su constitución armónica, está de pie al lado del fatal instrumento que ha de ser mudo cómplice de su última pena. Parece sumergido

en el sagrado recogimiento que lo aproxima á su padre, en un profundo éxtasis que lo transporta á la región de la gloria; lleva la mano á la frente como si quisiera despejar la visión de la miseria humana, levanta los ojos á la altura en la congoja que inquieta su ánimo; en vehemente arrobamiento, invoca á Dios y le pide confortación en ese trance tan tremendo. Se siente en él la magnificencia de la tristeza, melancolía sublime; es la belleza del pesar con sus pálidas refulgencias que esparce en su contorno pena infinita, imponente es ese momento en que la chusma impía parece amedrantada por un instante, temerosa de la tempestad que bordonea lejana, escintilando rojisos resplandores: temerosa por la condensación del remordimiento que ya empieza, aunque con débiles pulsaciones en su conciencia.

Suceso nunca acaecido en estos casos, se manifiesta en los ejecutores de la crucifixión; vacilan en el primer instante: no se atreven tocar al Redentor; ese respeto postrimero de la vida es solemne, nunca visto, es el dominio por un segundo del sentimiento de la compasión en corazones connaturalizados con la atrocidad.

Contrariado el centurión por un senti-

miento extraño que le oprime el pecho, que no sabe á que atribuirlo, y que deprime su autoridad; contrariado por ese rasgo de debilidad que amengua su orgullo, hace un esfuerzo y ordena con aparente imperio, la preparación del suplicio.

Entonces los soldados escogidos para verdugos, compelidos por el rigor de la disciplina, se apoderan de Jesús y lo desnudan de su blanca túnica salpicada de sangre, que seca ya, se ha obscurecido.

Un ancho lienzo en la cintura es el único resguardo de su pudor que le permiten en su completa desnudez. Aquel cuerpo de tan correctos contornos, formas magistrales de hermosura clásica, que sólo daría pálida imagen el Apolo del Belbeder; aquel cuerpo, decía, que inspira tanto más la conmiseración cuanto más se admira su acabada estructura, en la que la perfección está revelada en rasgos prominentes de divina creación, insurrecciona el ánimo con indignación profunda al sentir el horror que deja el vestigio de la flagelación que ha lacerado sus carnes.

En este momento se le aproxima una piadosa mujer con los ojos rojos, secos, significando que fueron fuente de llanto, ahora contenido por la emoción de su pecho pal-

pitante de aflicción, llevando en sus manos un ánfora de metal: es el ánfora que llaman de los condenados, rebosando el vino aromatizado con mirra, brevaaje que aletarga el dolor, adormece al paciente para alejar el sufrimiento que le atormenta; especie de narcótico inspirado y costeadado por la conmiseración de las damas hebreas. ..

Jesús rechaza suavemente el benéfico bálsamo que los otros condenados ansiosos beben hasta las heces, ese licor que hará de la tortura un sueño de ópio.

Es indigno de un gran carácter doblegarse á la debilidad de la materia. Jesús tenía que morir como había vivido, con el esplendor de su estirpe, de su excepcional existencia; él tenía que morir abnegado en el sacrificio por sus semejantes, misión grandiosa que lo acercaba al imperio de su padre.

Existía una enorme distancia entre él y sus compañeros de suplicio; era la diferencia que existe entre el cielo y la tierra. Su entereza en ese patíbulo atroz ha de vibrar incólume, solemne, hasta el último momento; la magnificencia de su espíritu es inconmensurable, porque es única.

Mientras tanto, un soldado acomoda en la cábecera de la cruz un letrero pintado

con blancas letras en hebreo, griego y latin, que dice con el sentido del escarnio: «Jesús Nazareno, Rey de la Judea». En ese sangriento mote está la base fundamental de su condena.

Cristo ha sido sentenciado por crimen de estado, pretexto sutil que vela el verdadero motivo de ese atentado sin nombre. Quien impone con exceso de odio ese patíbulo horroroso es el viejo partido judío, fanatizado por la ley mosaica, encarnado en la furia sectaria, asoladora, de los príncipes de los sacerdotes, de los fariseos (1) y de los escribas (2) á los que Jesús les reprobara su vil hipocresía y su impiedad religiosa, y los arrojara del templo, del que hacían impudente mercado de su avaricia; es ese partido que lo condena á morir en la cruz, en ese vil suplicio romano reservado á los esclavos y á la gente infame, agregando en este caso la crueldad sin límites, el ultraje deprimente, el vilipendio, y toda la atrocidad de un martirio sin ejemplo.

(1) *Farisæi* del hebreo *Pharaseh* separado. Secta que apareció bajo el reinado de Hercano 1º. Exageraban á propósito las prácticas de la Ley de Moisés, eran enemigos de los saduceos.

(2) Los que enseñaban la Ley de Moisés.

Pilatos, impávido frente á la responsabilidad que asume ante la justicia divina, como pusilánime ante la perspectiva de la pérdida de su empleo, entregó al Salvador del mundo á sus acusadores para que fuera ajusticiado por crimen de lesa majestad, pues no podía existir más rey de Judea que el sombrío Tiberio: lo abandonó á su cruda suerte, sin escrúpulos, sin miramiento alguno; sacrifica á un inocente por temor de que puedan llevar la queja al César; permitió tal afrenta á la moral, aunque estaba plenamente convencido de la inocencia de Jesús, pues bien sabía él que no era un ambicioso que aspiraba al trono de Judea, porque despreciaba la excel-situd del poder terrenal, ni tampoco era un conspirador, ni un insurrecto; para él nunca fué otra cosa que un monomaniaco inofensivo.

Todas estas circunstancias forman el conjunto armónico de la tragedia divina.

*
*
*

Los soldados ejecutores del suplicio se apoderaron de Jesús y lo colocan en la cruz, sujetándolo por las manos y por los piés, con cuerdas en una detorsión tan dolorosa que dislocan esos miembros, mientras que otros, tomando grandes y agudos clavos, y

fuertes martillos, dan principio á la mortal tortura.

El eco seco de cada martillazo encrespa el organismo como si una chispa eléctrica dolorosa lo recorriera, taladra los buenos corazones, si es que allí hubo alguno bueno. La víctima se estremece, la inflación de su pecho denota la tempestad de martirio que allí se agita; y se retuerce al contacto agudo del dolor, al penetrar los hierros por la presión del golpe, destruyendo los huesos del metacarpo, desgarrando venas, nervios y arterias y taladrando del mismo modo las del metatarso; con el desgarramiento de las doloridas carnes, salta la sangre tibia en surgentes hilos rojos al principio; estalla á borbotones después; salpica la cara de los verdugos, cual un reproche amargo al acto cobarde que ejecutan; se detienen un instante en la brutal faena para enjugarse el rostro y en seguida vuelven á empezar de nuevo, hasta terminar tan inquisitorial suplicio. En seguida desatan las cuerdas y queda el hórrido cuadro batido por la tempestad que empieza entre cárdenos fulgores que de cuando en cuando da luz espectral á esta tragedia del Dante.

Lívida la tez y del dolor la estampa, chorreando sangre y palpitante el cuerpo, Jesús

en su mudez heroica no ha proferido una queja. Impotente el torcedor sufrir que ataca sus nervios, se ve vencido por la voluntad grandiosa del hijo de Dios.

En este intervalo se oyen los gritos desgarradores de sus compañeros de patíbulo: alaridos de la desesperación: especie de bramido de fiera herida que pavoroso resuena en la profunda selva, y que se pierde aquí en el ambiente de la dura indiferencia.

El suplicio ha concluído, las cruces quedan clavadas en tierra á una pequeña altura, bien aseguradas con grandes estacones. Cristo está en el medio de los dos ladrones: ese irónico honor le han concedido como último ultraje.

La cohorte se retira al son metálico de su charanga, con paso cadencioso y firme: por instantes se va debilitando el ruido de las pisadas y del traqueo de las armas hasta que al fin se extingue del todo y únicamente se ve por un momento un pequeño bulto azulado que al fin se esfuma confundíendose con el horizonte sombrío.

Para la vigilancia de los reos se mantiene una guardia al mando de un decurión, que á corta distancia vigila el orden del populacho, que avanza rápido para ver de cerca á los suplicados.

Como la túnica de Cristo es confeccionada sin costuras, los verdugos que tienen como recompensa el despojo de los ajusticiados, la juegan á los dados y allí mismo, al rumor doliente de los gemidos de la agonía, ávidos de ganancia se disputan la suerte.

El cielo se ha obscurecido en lóbrego tinte: es una bóveda tenebrosa que parece que se levanta cerca del suelo; el relámpago la rompe en grietas de cárdeno fulgor, se sienten espantosos estallidos eléctricos que conmueven la tierra y los reos delincuentes, adormecidos, atemorizados, están inmóviles.

A esta lenta agonía hay que aumentar el escarnio; la multitud feroz ha reaccionado y le insulta.

— Hijo de Dios — le dicen — llama á tu Padre para que te salve.

— Tú que has salvado á tantos, sálvate ahora. — La rechifla sigue como explosiones de una horda ébria.

El mártir endereza la cruenta cabeza que caía inclinada sobre su pecho; levanta los ojos hacia el empíreo y con balbuciente voz, exclama:

— ¡Padre! . . . ¡perdónalos! que no saben lo que hacen.

Al oír estas palabras la multitud guarda-

silencio: es el remordimiento que resurge de la conciencia es la emoción de la vergüenza de un crimen tan infame.

Al pie de la cruz está un grupo que refleja la más dura pena moral; es el suplicio de las almas que aman. Está María, la infortunada madre con su punzante aflicción, muda, como si su alma fuera el secreto de su pena: enrojecidas las órbitas demuestran que ha agotado ya el llanto de sus ojos, porque aquella fuente la ha helado el dolor; es el amor inaudito, inconmensurable, es el amor de entraña torturada. Está la Magdalena, la extraviada arrepentida, que surge del oprobio enaltecida, deslumbrante de belleza lacerada, con otra alma, que el fuego divino ha purificado. Es esa Magdalena sobre quien cayó como rayo de piedad divina aquella sentencia sublime cuando Jesús en mejores días le dijo:

— Tus pecados te serán perdonados por lo mucho que has amado.

Esta misericordia está fundada en la razón, en el imperio soberano del corazón que late con portentoso embeleso, alimentado por la fiebre de la carne. En este momento ya purificada aquella que fué mujer liviana, es la imagen del eterno amor, idealizado por un sentimiento

sublime, regenerada por el divino contacto. Está Juan, el discípulo amado, emblema de fraternal afecto, que protesta contra el estupro de los discípulos del Salvador.

Uno de sus compañeros de patíbulo es un malhechor endurecido, un degenerado terrible, que fué el terror de los caminos y de las poblaciones indefensas; este hidrófago del delito se burla de Jesús y le arroja á la faz el denuesto impío. Le dice:

— Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y sálvanos á nosotros.

El otro es un joven escolar en el homicidio, arrastrado al mal por el ejemplo: al oír estas palabras le responde con doliente acento:

— Ni aun temes á Dios estando en el mismo suplicio. Nosotros estamos purgando los crímenes que hemos cometido: mas éste, ¿qué mal ha hecho? y dirigiéndose á Jesús, exclama:

— ¡Señor! Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.

Cristo, volviendo la mirada hacia esta alma arrepentida, con vacilante voz le consuela:

— Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.

Desde ese momento el joven asesino sintió

un alivio inmenso; era la felicidad de la eterna vida que acallaba su tormento.

Las inflamaciones de las heridas producidas por los clavos, aumentan considerablemente: túmidos las manos y los pies presentan una horrible deformación. Atroz castigo es el de la cruz: el corazón y la cabeza se taladran en un sufrimiento indescriptible, y este martirio voluntario lo sufre aquel que pudiera trocarlo en celestial regocijo.

En un momento de suprema angustia se fijó en su infortunada madre, y con voz casi imperceptible, angustiada, tierna, le dice:

— ¡Madre mía! éste será tu hijo; y dirigiéndose á Juan, exclama:

— ¡Esa será tu madre!

Después de esta última palabra; divino reflejo de fraternal cariño en que legaba su amor filial á su más amado discípulo, fijó su mirada, profunda de ternura inefable en la Magdalena, cual si en ella deseara reconcentrar todo su sér, ese rayo intenso de excelso amor no era de la materia, sino el dolor del alma.

Magdalena sintió entonces correr en sus venas el hielo de la angustia; sintió en aquella mirada todo el tormento que sufría el ser

amado, anegada en llanto, en afligente adoración abrazó la cruz y vislumbrando en su cruel zozobra el embelezo de la esperanza le la otra vida, besó los pies tumefactos y sangrientos del Redentor mezclando sus lágrimas á esa sangre que casi agotada aun tibia destilaba gota á gota de la ancha herida.

Desde entonces espasmos agónicos lo asaltan: mueve la cabeza debilmente de un lado á otro; los ojos ya vidriosos, fijos alguna vez, otras vagos como en un desvarío supremo, anuncian la proximidad de la muerte; pasea la mirada sobre el grupo de amor que está á sus pies.

En un instante parece que desfallece, que su espíritu flaquea, que se aturde como si hubiera recibido un fuerte golpe: lanza un gemido ronco, cual triste eco del último quejido de un agonizante; levanta la cabeza, fija su mirada en el firmamento, y exclama con amargo acento:

— ¡Padre mio! ¿Por que me has abandonado?

En seguida cae en una especie de estupor, mas despierta al instante con los labios atormentado por la última fiebre de la vida; parece que reacciona: prorrumpe en un

débil grito lángrido y triste, donde se trsluce el supremo esfuerzo del alma que pugna por huir de la envoltura humana. En seguida con la boca contraída balbucea:

— Tengo sed:

Un soldado compasivo toma una esponja, la empapa en la bebida que llaman «posca», un refrigerio de agua y vinagre que llevan los legionarios en sus expediciones, y atándola á una caña la alcanza á sus ya casi helados labios. Jesús absorbe débilmente la esponja un instante y la deja.

El momento último avanza rápidamente; la cabeza, movida apenas, precede fugaz el agotamiento final de su energía vital; entonces, dirigiéndose á Dios, débilmente la levanta y en frases entrecortadas balbucea.

—Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Se estremece en veloz espasmo; lívida la faz, amarilla como cirio funerario, los párpados oscuros, los labios cárdenos, el corazón casi inerte, anuncia la eterna despedida; cierra un momento los ojos, reconcentra por última vez con enérgico imperio la única fuerza que le queda y tartamudea la última frase:

—Consumado... está...

Murmura estas palabras con la última y débil entonación de la vida que se apaga. Después pierde completamente el fulgor de la razón.

Un fuerte estremecimiento recorre su cuerpo, intenta ya sin conocimiento elevar la cabeza hácia el firmamento, más cae desplomada sobre el pecho: sus ojos vidriosos, sin brillo, velados por la muerte, no ven yá; están apagados, sin luz, sin vida, como estrella prefulgente extinguida en la inmensidad negra del espacio; el estertor anuncia el último instante; la inmovilidad; después la muerte... Esa muerte que ha vivido y que vivirá como la llama del sol en la eternidad de los tiempos.

En este momento, como protestando de un suplicio tan injusto, la furia temeraria de los elementos se desencaja sobre el monte maldito.

La tempestad es terrible; sacude la colina con el horrísono retumbar del trueno tiembla el bloque pétreo como si un fuerte terremoto lo sacudiera; y en la tiniebla fragorosa el rayo incendia el horizonte allá á lo lejos.

La muchedumbre, despavorida, herida por el pánico, ha huído cobarde; sólo tuvo valor para insultar á un mártir.

Vibrante de choques de aficciones inauditas, todo está envuelto en la sombra de la muerte; silencio tétrico, emocionante; negra soledad, pavor de almas desoladas, aquello es la insensatez del dolor que aturde la razón, borra la noción de la vida en un sueño de tormento.

La cruz sólo queda acompañada por el grupo del amor y una decuria de soldados sin corazón.

* * *

Mi palabra es débil para hacer el panegírico del fundador de una religión sublime. El brillante juicio del más ilustre de los escritores profanos, el eminente Renán, ha ya con cincel de oro esculpido la leyenda religiosa en este monumento inmortal, cuando conmovido ante el sacrificio de Jesús, excitado por la fascinación que lo domina; aguzado su genio por el remordimiento; en un transporte de elocuencia ciceroniana; de inspiración divina; sin poder contener el sacudimiento de su conciencia, exclama.

« ¡ Descansa ahora en tu gloria, oh, noble iniciador de la más santa doctrina! Tu obra ya está terminada, tu divinidad fundada. No temas, no, que por una falta se derrumbe

el edificio de tus esfuerzos. En adelante, libre de la fragilidad humana, asistirás de lo alto de la paz divina á las consecuencias infinitas de tus actos.»

«A costa de algunas horas de sufrimiento, que ni siquiera pudieron abatir la grandeza de tu alma, has conseguido la más completa inmortalidad.»

«Por millares de años el mundo dependerá de tí.»

«Lábaro de nuestras contradicciones, serás el signo á cuyo alrededor se libraré la más ardiente de las batallas. Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte, que mientras cruzaste la tierra; llegarás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de los anales de este mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos.»

«Entre Dios y Tú, ya no se hará distinción alguna.»

«Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vencedor de la muerte, de este reino á donde te seguirán por la ancha vía que trazaste, siglos de adoradores.»

Abril de 1908.

CAPÍTULO VI

A MARIA AUGUSTA PELLET LASTRA

—
*Amada del Señor, flor venturosa
Llena de amor murió y de juventud.
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataúd.*

ESPRONCEDA.

—
Si en algún momento estalla, como una instantánea implacable y maldecida, la muerte, es cuando inclemente abre de súbito las puertas del pétreo sarcófago, entre ahogados sollozos al ligero féretro de una angelical criatura, que hace un instante que cual nuevo sol de ventura colora con sus risueños tintes el contorno donde irradia su belleza.

Delicada vírgen, con el corazoncito palpitante de emociones santas que reflejan la pureza de su alma de niña encantadora.

¡Perfumado ideal del amor! revelado en una noche de primavera entre flores é himnos de alegría al Creador.

¡Dulce visión de la adolescencia! apareciste un momento con la vida de las flores y en se-

guida como una transición de espanto, de imprevisto te ví sumergida en la tiniebla. Desvanecida en el paternal hogar, dejaste en la triste ausencia desierta la vida de la luz de tus ojos, de esos ojos que daban celos á la argentada luna.

Cuando se piensa en la inmensidad del dolor que produce una desgracia tan cruel, parece que este duro infortunio sólo pudiera ser inventado por el infierno. Para los que la amaron es un suplicio del Dante que en los irritados ojos seca la lágrima espesa, y oprime el corazón atando sus fibras con dureza.

Dulce y tierno encanto del solar de su infancia, fué aquella niña tan hermosa. Intelectual precóz, irradiaba chispas vivaces, precursoras de un cerebro bien formado, derramando el contento en un ambiente de inocencia. Distinguida por estirpe realzaba su donaire, imponiendo regias sugerencias. Magestuosa por su naturaleza orgánica no la sentía, ni se daba cuenta que su porte seductor estaba encerrado en estructura esbelta y revelaba el imperio de su candor en torno, de adoraciones secretas que ignoraba; y muchas veces en nuestros salones donde reina la cultura tradicional del caballero, con su modestia elevada, con su sonrisa angelical, con el deslumbramiento

miento de su clásico contorno, con su mirada dulce, fugaz, irradiando juvenil contento que como fulgores de estrellas salían de aquellos ojos garzos tan espléndidos, cautivaba sentimientos y aherrojaba en dulces cadenas algún corazón oprimido.

*
* *

Exánime aún mantenía la ilusión de la vida con su belleza dormida. Parecía acariciada por la dulce sonrisa de la inocencia en su sueño sin murmullos, en su letargo de ataúd.

Resaltaba en su faz de cera dolientes y pálidos reflejos de ángel desprendido de la tierra.

Marmórea efigie de un ideal de poeta evaporado entre lágrimas y suspiros, asomaba su helada cabeza entre flores que marchitas también morían, entre esas flores, con las que en otro tiempo al tono de dulces armonías, había compartido como hermanas su existencia.

*
* *

¡Ah! tanto esplendor de la hermosura está hoy encerrado en el silencio de la eterna ausencia, en la oscuridad oprimente de la cripta: su recuerdo punzante, símbolo de la grandeza del dolor

oprimirá con crudeza el corazón de la infortunada madre, desolada en la tierra como una Niobe argentina, de esa virtuosa madre digna de tal hija; que sentirá caer sobre su corazón herido, gota á gota, la angustia del tormento, como la ponzoña del suplicio de la serpiente de los Eddas quemando en la tortura, martirio el más terrible que puede tener una mujer y su gemido de entraña torturada se perderá entre el ruido de la mundana algazara porque de los muertos ni la sombra de su imágen queda.

Junio 19 de 1906.

CAPÍTULO VII

EL MATE DEL CORONEL VAZQUEZ

(EPISODIO DE LOS TIEMPOS DE LA CAMPAÑA
DEL PARAGUAY)

*A mi camarada de la campaña
del Paraguay el diputado nacional
Don Cecilio López.*

Allá en la época de la primera campaña de Entre Ríos (1870), después de una penosísima marcha forzada ejecutada en las proximidades de Concordia, en una noche de crudo invierno, acariciados por su llama consoladora, en sus inquietos cambiantes de luz, rodeaban algunos jefes del ejército nacional un hermoso fogón. Instado uno de ellos para que evocara algún recuerdo de su vida militar, tomó la palabra y se expresó así:

*
**

Era el 25 de diciembre de 1868. El ejército aliado circundaba el campo atrincherado del mariscal López en Itaibaté.

En aquel día se presentó de visita en mi ramada el coronel don Florencio Romero. ¡Oh, cómo lo recuerdo!

Su arrogante figura fulgurando esplendides, no tenía rival en ese momento. Airoso continente, como para un cuadro de Espronceda. Rasgos regulares, blanco, rubio, nariz aguileña no muy pronunciada, ojos grandes azulados, expresivos, excintilando rayos, cual vibraciones de su alma ardorosa; de elegante y alta talla, dibujando proporcionados y hermosos contornos esculturales, con su erguida cabeza, alta, como enseña de combate, que va desafiando el peligro. Llevaba un sombrero de Panamá con alas anchas. Vestía un traje galoneado con la profusión de brillo de los dolmans franceses de ese tiempo; su espléndida montura semiárabe completaba la excéntrica indumentaria atrayente. En los tiempos de Ricardo Corazón de León hubiera tenido el mismo símbolo, aunque su coraje estupendo, alguna vez se aproximaba á lo irreflexivo, causa fatal que al fin implacable impuso su muerte.

Al verle sentí un gran contento; más al instante apercibí con sorpresa en su simpático semblante de siempre, contrariedades del oficio, irradiando reflejos de desagrado en su

mirada irritada. Se bajó del caballo, me apretó fuertemente la mano, trasmitiéndome la alteración de sus nervios; sentílo enardecido entonces, y no dudando ya de su estado de ánimo, no pude menos que decirle:

—¿Qué le pasa, compañero?—Hoy usted no tiene su aspecto ordinario.

—¡Qué me há de pasar!—me contestó bruscamente y prosiguió con alterado acento: ¿Usted no sabe que hoy á nuestra vista y paciencia los brasileños han intentado dar un asalto decisivo á las posiciones de López, sin nuestro concurso?

Hace quince días que están peleando solos; construyendo con tenacidad inaudita, con enorme derramamiento de sangre el arco de triunfo de su gloria. En el movimiento circulante sobre la derecha y la retaguardia de López han ejecutado maniobras de raro mérito, combatiendo con valor y constancia á toda prueba. ¡Tienen razón! ¡Qué vale un poco de sangre cuando con ella se conquista el renombre de una nación, especie de luminoso andamio, con el que se levanta el monumento de la posteridad! Primero nos dejan en Palmas con los orientales y un núcleo de sus propias tropas; después construyen con grandes sacrificios el famoso camino de pal-

meras en el Chaco. Transitando por esta vía, su ejército con toda su artillería, salvan en seguida el río Paraguay frente á San Antonio; un día después, en el puente de Itororó, entablan un sangriento combate; allí la victoria les sonríe á costa de 3000 hombres: algunos días más tarde, cuando reúnen toda su caballería exterminan en Abay á la división de Caballero, perdiendo sólo 800 soldados; es entonces que avanzan con osadía, después de dominar la campaña, sobre la línea fortificada del Piquiciri y la toman sin casi encontrar resistencia, aniquilando á sus defensores. En este mismo día 21 de diciembre asaltan la posición principal de López, Itaibaté, y son por fin bárbaramente rechazados con el enorme y cruento derroche de 4000 hombres fuera de combate.

Sumando todo este decrecimiento del ejército brasileño acaecido en los quince días de estas rápidas operaciones forman un total de 8000 hombres entre muertos y heridos, en su mayor parte veteranos aguerridos en cuatro años de campaña; y esto ha sucedido mientras estábamos en Palmas de espectadores, viéndolos triunfar y morir; y todavía no contentos con este proceder, aún hoy han intentado sin nuestro concurso tantear otro

acometimiento al campo enemigo, y por las mismas causas se han visto obligados á retirarse; porque está de Dios que la última victoria que vendrá ha de ser nuestra: ¡completamente nuestra!

¡Como usted ve, tal situación no puede continuar! ¡Es insoportable! No es posible que en el libro de la posteridad, de esta última campaña, sea únicamente anotado el renombre de los imperiales. Vengo á buscarlo para que vayamos á ver al general Rivas con el propósito de que se aproxime al general Gelly, y trate de convencerlo de que en adelante es á los ejércitos argentino y oriental á los que incumbe en la próxima batalla decidir de la suerte de la campaña, tomando en la vanguardia el lugar de sacrificio que le pertenece.

Guardó silencio el sobreexcitado interlocutor, y aunque sentía con entusiasmo su alarma patriótica, le dije:

—Compañero, usted tiene mucha razón en el conjunto de su peroración, y es digno de elogio su sentimiento nacional; pero refiriéndome á la composición de lugar que hemos tenido en el plan de campaña, debo decirle que nuestra permanencia en Palmas respondía á un punto principal de un plan de

guerra, que entrañaba primero una disposición estratégica, base fundamental del mismo, para ejecutar en un momento decisivo una combinación táctica que á causa del mayor número de tropas, es decir, del superior esfuerzo sobre puntos débiles, con las menores pérdidas nos diera el triunfo, que no se obtuvo por la impaciente imprevisión del general Caxías, obcecado fuertemente por su arrogante orgullo nacional, que le aconsejó acometer por el frente, los puntos más fuertes del baluarte de López, sin metitar por un instante en la excesiva disminución de su ejército y sin haber antes solicitado el concurso de los 9000 hombres de Palmas.

Esto no tiene disculpa alguna; su lógica consecuencia fué el descalabro del 21; enorme fracaso debido á su ofuscación patriótica, que más briosamente resalta en este extraordinario suceso, por estar vivo este sentimiento guerrero y activo empuje en un viejo que casi alcanza los setenta años y que desde largo tiempo no fuera actor en ninguna campaña.

La importancia estratégica y táctica de la situación del ejército de Palmas, presentábase perfectamente definida en la demostración constante que amagaba la posición de López con

el propósito de evitar que su ejército aumentara el de Caballero y marchara contra Caxías, que velozmente venía triunfando sobre su retaguardia, amenazándolo con encerrarlo en un círculo sin tangente; pero es muy exacto lo que usted afirma en su natural y cívica exaltación, que cuando la gloria y el honor están de por medio no hay que economizar la sangre para conquistar el renombre. ¡Desgraciado del pueblo que no sienta esa pasión tan noble y tan patriótica!

En seguida montamos á caballo y nos dirigimos á la ramada del general Rivas.

*
* *

El ardoroso adalid nos recibió afable, con su cara franca y alegre y su brazo puesto en cabrestrillo á causa de la herida recibida en Curupaytí (1).

Entramos en materia al momento, sin preámbulos. Recuerdo que á las primeras palabras de nuestra exposición, pegó un puñetazo sobre una mesa y exclamó con un acento seco, rápido, precipitado como una ametralladora de frases:

—¡Ustedes tienen sobrada razón! Quince

(1) Por mucho tiempo lo usó.

días combatiendo aislados los brasileños sin vislumbrar amparo, confiados valientemente á sus propios esfuerzos. Han visto impasible sucumbir la mitad de su ejército de operaciones en este intervalo de tiempo: y aunque lo que queda de ese núcleo de sólidas tropas está abrumado por el cansancio y terriblemente diezmado, todavía, como si no le fuera bastante galardón adquirido á costa de tan grandes sacrificios, en esta alborada han intentado dar otro asalto decisivo sin nuestra cooperación, queriéndonos engañar con un singular aplomo, al decirnos que lo que habían intentado era un simple reconocimiento, cuando ni esta operación se había acordado, pues únicamente se estipuló un bombardeo; y agregó con ironía: Distráidos, sin duda, por el ruido del cañón, se fueron á fondo, consiguiendo sin embargo, enseñorearse del cañón Wittworth de 32 y de otras tres piezas, que desde el asalto del 21 quedaron abandonadas en la proximidad de la primera línea atrincherada del adversario. De manera que en esta creencia, nos limitamos argentinos y orientales á unos cuantos cañonazos, en tanto que nuestros aliados avanzaban cateando oportunidades sobre un ángulo saliente de la posición antagónica. ¡Esto ya es demasiado,

agregó impaciente el irritado veterano! Inmediatamente voy á complacer á ustedes, porque eso mismo siento aquí, y señaló el corazón. Voy á ver á Gelly.

—Le diré que como piensan ustedes. es el sentimiento unánime de todo el ejército. ¡Sí, tienen razón! Cuando ustedes dicen que la sangre es bien poca cosa, cuando á trueque de un torrente se conquista el honor de las armas. Al concluir se iluminó su faz con destellos olímpicos, emocionado, su acento presuroso tartamudeó, como si la impaciencia patriótica, la conmoción de su espíritu, le anudara por momentos la palabra en la garganta.

—Sí, mi general le dije sabíamos que tales razonados argumentos habían de tener en usted un eco simpático. Dígnese ir á ver á nuestro viejo general, que ha de pensar como nosotros.

—Me voy al momento, exclamó, levantándose y despidiéndose con afecto (1).

*
* *

(1) Comprendiendo la situación de nuestro ejército el general Gelly, que antes de escuchar al general Rivas había pensado lo mismo que nosotros, se apersonó al duque de Caxias, y facilmente le convenció, que debía reorganizar su ejército y dejar al argentino y oriental el primer lugar en el próximo asalto. Así sucedió.

Romero había cambiado su faz adusta del principio por un semblante plácido y alegre; me había comunicado su buen humor de última hora, y me propuse complacerlo en esa circunstancia.

Ahora, me dijo, aprovechemos la tarde. Iremos si á usted le parece á dar la fausta nueva al coronel Vázquez; le explicaremos el resultado magnífico de nuestra embajada, pues no es necesario ser adivino para comprender que el generalísimo no pondrá ninguna objeción al pedido de nuestro general, que ha de equilibrar fuerzas y sacrificios, mas cuando en ese momento á consecuencia de la reorganización del ejército brasileño, se han refundido doce cuerpos de voluntarios que á causa de los combates anteriores, habían quedado en esqueleto.

Por otra parte, el coronel Vázquez, que se encuentra más próximo del ejército imperial, nos explicará lo que en verdad ha pasado esta mañana. Según he oído decir, el 24 de Abril ha entrado de servicio en nuestra línea de avanzada, que desde el 21 sostiene el fuego á una distancia de trescientos metros de la posición enemiga; mosquetería que por ambas partes es mantenida sin descanso. Es decir, un combate que continúa de día y de

noche, desde el último asalto contra Itaibaté.

—Vamos, le dije, y descendimos al valle que separaba al ejército de sus puestos avanzados.

Mientras andamos al paso perezoso de nuestros matungos, voy á presentarles á este bizarro oficial oriental, que aun hoy posee el alma sincera y el corazón bien puesto que entonces tenía.

*
* *

Eduardo Vázquez es un temperamento de soldado, una buena espada de inmarcesible temple del ejército oriental. En lo más álgido del peligro, siente la inspiración misteriosa que lo hace destacar de entre sus émulos, y su bravura, sin luces de Bengala, sin aparato, siempre fué incontestable; del mismo modo que la energía y la bondad de su carácter, como su discernimiento perspicaz, que ilumina con descollante claridad los asuntos del peligro por más terribles que sean. El caballero, completa al hombre, la distinción y la modestia lo elevan sobre los demás. Sus facciones correctas revelan las armonías de su espíritu ecuánime y su mirada serena, firme, que irradia de dos grandes ojos negros, da á su semblante la expresión de la seguridad de un

afecto verdadero. Por más aterrante que fuera el peligro, siempre se dibujaba en sus labios una sonrisa, casi imperceptible, agradable **impasibilidad** que fortalece el séquito del contorno, dando ánimo y calma á sus subordinados. Vigorosos ejemplos son estos, de tal penetración en el espíritu, que aun contra la voluntad arrastran, como el penacho del glorioso Enrique IV en la batalla de Ivry.

A los diez y siete años, en 1863, su brillante vocación lo empujó á los azares de la guerra: huye del colegio de Concordia y se presenta como soldado al general don Enrique Castro. El niño ya es hombre por su soberana voluntad, y dá comienzo á su carrera de paladín con esa fe inquebrantable en su preclaro destino. Asiste como entusiasta soldado á todas las acciones memorables de esa guerra social. En Paysandú es herido, desgraciadamente por balas orientales, y en seguida pasa al batallón 24 de Abril; allí como capitán se destacó por su digna comportación. En Yatay se distinguió demostrando ya sus cualidades guerreras. En seguida asistió al sitio de la Uruguayana. Su bizarría en aquel combate por la vida más bien que por la victoria; frase perfectamente aplicada

en ese caso y que revela la elocuencia del peligro inspirada á César en Munda, en aquel combate decía que denominan 2 de Mayo, fué acreedor á todo elogio. En esa encarnizada lidia, los orientales abrumados por fuerzas superiores, demostraron con tenacidad sublime, con la desesperación del valor que eleva la epopeya á la leyenda, todo lo que es capaz un pueblo viril, esa hermosa raza hermana, gemela de la nuestra.

En la batalla Itáibaté, también representó nuestro protagonista gallardo papel, como en otros encuentros de segundo orden, y así con salientes relieves en múltiples acontecimientos militares de la guerra civil de su patria ha levantado sin soberbia, sin afectación por sus propios méritos, su brillante pedestal, sobre el cual, en la actualidad, estimado y honrado por propios y extraños, está de ministro de guerra (1).

* * *

Al descender el estrecho valle sentimos algunos disparos producidos en los batallones

(1) Su foja de servicios no es para tan corto artículo, se necesitaría un libro para escribir la historia de tan ínclito guerrero.

de infantería, que hacían el servicio de avanzada en nuestra primera línea. Cruzamos la arenosa hondonada y empezamos á subir la altura cubierta de bosque y salpicada aquí y allá por pequeñas abras, casi circulares, que semejaban cercos artificiales construídos en el ahogado òreñal como válvulas consoladoras de escape en ese clima de ascua ardiente que ponía á prueba á nuestros soldados. La naturaleza se presentaba allí con todo el lujo de su riente verdor, recamada de brillantes colores por un sol implacable. Un silencio taciturno había sucedido á las detonaciones. Un silencio solemne, mutismo de selva tenebrosa, de selva solitaria dominaba la campiña; parecía aletargada cuando cesaba el fuego. Los pájaros se habían refugiado en lo más enmarañado de la umbría espesura, los animales salvajes acurrucados en sus guaridas parecían adormecidos por el sopor del miedo. El siniestro ruidodel cañón los atemoriza hasta la cobardía.

Seguimos subiendo el pintoresco otero. Primero vimos cuatro sudorosos soldados del 24 de Abril que descendían conduciendo en una camilla un herido. Más hácia la cumbre, otro grupo con la blusa desabrochada y las cartucheras hácia adelante: ennegrecida la faz, tomaban mate, teniendo sus fusiles al

lado, al mismo tiempo que algunos de ellos preparaban, atormentados los ojos por el humo de la hoguera, el rancho del cuerpo. El cuadro se completaba surgiendo entre la nube gris una mujer joven, cobriza por los ardientes besos del sol, de hermoso tipo gitano; lucía unos ojos negros, fascinantes, que transmigraban su alma, coronando su robusta cabeza, espesa y negra melena que le caía sobre sus desnudos hombros en desgredadas guedejas de león. Medio á lo cordobana dejaba ver, con una impudente dejadez por la entreabierta y percutida camisa bordada, dos robustos y mórbidos senos, que en cualquier taller de eximio artista fuera espléndido modelo. Podría muy bien decirse que esta bayadera inculta de la espesura, en ese momento resaltaba como el fiel trasunto de la Venus bárbara de las armas, ó de otro modo, cual magnífica ninfa agreste, soñolienta, rastreada por un sátiro, que á la distancia, acurrucado en la profunda maleza, asoma su lúbrico hocico. Taciturna, grave, impasible, sin que una graciosa sonrisa pliegue sus sexuales labios, sin preocuparse del ruido de la muerte que á intervalos la circunda golpeando el monte, envuelta en el humo denso de la roja hornalla del fogón, abundante de combustible

como fogata de bosque, esta mujer sin nervios, decía, cebaba el mate revolviendo alguna vez con la bombilla la yerba rebelde, cebaba el mate con autoridad de hembra sin miedo, sin moverse de su asiento.... Mas toda esta rústica poesía tan sugestiva desapareció de súbito de mi vista tan agradablemente impresionada por lo soberbio de la escena, cuando la vi sonarse las narices con el raído y sucio vestido.

Ansiosas, ávidas se veían las caras de los de su contorno que esperaban egoístas el turno.

Le pregunté á uno de los soldados dónde estaba el coronel Vázquez. El milico se cuadró lo mejor que pudo con sus piernas ligeramente combadas; me hizo la venia sobre su quepí acribillado por el tiempo, y extendiendo el brazo con la tiesura táctica de un movimiento mecánico en dirección á la cima de la colina, me dijo:

—Allicito, mi «comendante» — y agregó, después de una corta pausa. — Ha de ser bueno que aquí dejen las monturas.

Así lo hicimos, entregando los jamelgos á los ordenanzas, y subimos, alcanzando por fin, la altiplanicie, una longitudinal meseta descubierta, en cuya superficie plana, estaba

desplegado el 24 de Abril, extendido de bruces. Vázquez se encontraba como á treinta metros á retaguardia de su cuerpo, acompañado por un ayudante, ambos sentados en bancos de campaña próximos á un fogón, y dos asistentes.

Al vernos se levantó con el oficial y vino alegre á nuestro encuentro; nos abrazamos entónces, al compás del tiroteo que empezó su rítmico estruendo en ese instante, como si una descomunal batería de cohetes de la india festejara nuestro arribo.

Algunos proyectiles silbaron altos sobre nuestras cabezas, como serpientes hidrófobas por hincar el diente. Ellos, que no conocían sinó el odio y el crimen, no podían comprender el cariño de hermanos de armas.

Entonces me imaginé que esta visita habría de ser digna de los tiempos, del héroe manchego. No me sorprendió, porque el dogma caballeresco nuestro en aquel medio ambiente fué siempre sonreír con afectado empaque al peligro. aunque éste nos pusiera la más fea cara de hereje. Sufriamos de la sugestión mecánica del valor.

Vázquez nos invitó á sentarnos sobre los únicos bancos que ocupaban él y el oficial. Rehusamos y entonces todos nos acomodamos

sobre el verde musgo, cual si nos encontramos reclinados voluptuosamente en primorosos lechos de marfil que adornaron un cenadero romano.

Después de los cumplimientos de estilo, lo primero fué narrarle nuestra entrevista con el general Rivas y los sentimientos que lo dominaban. ¡Para qué decirlo! Vázquez pensaba como nosotros, y al concluir la exposición exclamó con vehemencia:

—En la próxima batalla, con todo el estímulo é impaciencia que hemos almacenado hasta ahora, briosamente ostentaremos nuestro empuje, y demostraremos á nuestros valerosos aliados que en constancia y valor siempre hemos andado á la par. Indudablemente, nos cubriremos de gloria, como el brillante final de esta guerra tan prolongada y sangrienta.

Romero nos miró fijamente y exclamó: ¡O morir! palabra que pronunció con un acento firme, impregnado de tristeza, y después de un instante agregó:

—En la guerra ó se viene á triunfar ó á morir. ¡Esa es mi bélica profesión de fe! Esto no lo tomo como presentimiento fúnebre dijo, disimulando una emoción que imperceptible relampagueó en su semblante altivo, sinó como gloria futura.

Y sin embargo, ese mismo escozor moral que le anunciaba su mortal horóscopo, empezaba á preocuparlo.

Varió la conversación y tomando luego la palabra el dueño de casa, nos explicó con claridad el suceso de la mañana y la contrariedad que había sentido al ver avanzar solos á los brasileños.

De repente cesó el fuego un momento, y se sintió entonces en la línea enemiga el rumor lejano de gritos de soldadesca alegre, intercalados con vivas al supremo y obscenidades para los cambá ó los gringos de Mitre, todo esto acompañado por una charanga desentonada por los claros de la muerte, que tocaba algo como el aire de la palomita. A no dudarlo, se bailaba, se zapateaba fuerte sobre los muertos. Bien pudo decirse en aquel momento que era la última danza macabra de Itaibaté.

—La gente parece alegre—exclamé.

Vázquez replicó: Por lo menos así lo demuestran. Es la delirante fiebre de los vencidos; López sabe bien que el secreto de su resistencia está en la moral de sus tropas, de esa moral paraguaya sostenida por el terror de la disciplina, inquebrantable, heroica en el peligro y en la penuria, que primando

sobre todo sostiene la constancia y el valor; y alegremente cambiando de conversación dijo:

—Vamos á tomar mate.

—O lo que haya—dijo con gravedad Romero.

*
* *

En ese momento, sudando á mares en aquella temperatura de hornalla, donde la brisa de la tarde, con dulzura infinita besaba por cortos instantes nuestra tostada faz, amortiguando el ardor de un sol canicular, en lo más animado de la conversación, chacotona y pueril, salpicada de bromas picantes, que había reemplazado á la palabra grave de Vázquez y del silbido de las balas, pues había recrudecido de súbito la crepitación de la mosquetería que á intermitencias fatales anunciaba el relevo del batallón paraguayo, que cubría la posición que enfrentaba la línea que ocupaba el 24 de Abril, ó que se despertaba el enemigo de su siesta guaraní con el propósito de mandar al otro mundo uno que otro soldado del ejército aliado; en ese momento, decía, el ciclópeo ordeñanza que nos servía mate, un mocetón con ojos de lagarto al sol, cachazudo, imberbe, punzante su bozo estéril en transformarse en rala barba;

impasible como un sordo en medio de una batalla, con los carrillos enormemente inflamados de propia grasa, cual trompa tocando diana sin corneta, y salpicados de ceniza por las sopladitas del fuego; representante genuino, cuando esto hacía, de un Eolo criollo. Este asistente, técnico, inimitable en su especialidad, se inclinó á una señal del coronel Vázquez y tomando fuertemente con sus manazas, que semejaban carnudos guantes de esgrima, una botella barril de coñac, marca Atila, marca bárbara, especie de túnica de Neso, con parsimonia estudiada (economías de asistente), trató de verter una ridícula ración en un jarro enlozado, repleto de «Chateau estero» (agua recalentada por el sol). En ese alborozado instante, en que todas nuestras sedientas miradas coronaban el jarro... «Cric»... una bala traidora, que no se sintió silbar, tomando por medio á la botella, la rompió; con una delicadeza extrema le hizo un perfecto agujero por ambos lados, de donde surgió con fuerza, como gordos cordones de topacio, dos chorros de coñac, que en ese primer segundo fué lastimosamente á perderse entre el verde tapiz en que estábamos recostados. El ordenanza sin soltar la parte intacta del simpático frasco, exclamó con sorna:

—¡La pucha! ¡Qué barbaridad!—Esto si que es mala suerte. Más valiera que le hubiera tocado al Burro, otro asistente que por ahí se encontraba y que ansioso y sonriente miraba la escena, y entre los cuales existían ojerizas del oficio. En seguida levantando inmediatamente la botella á la altura de sus gruesos labios, recibió con maestría profesional uno de los chorros, como si fuera un lanzaroni ejecutando con los macarrones juegos malabares.

Un instante todos nos miramos en medio de un silencio autómeta que el asistente muy bien lo había aprovechado. Tal vez en ese fugaz vuelo del pensamiento, sentimos lo próximos que estuviéramos en aquel instante de la eterna separación, de lo que entonces amábamos más en el mundo.

Vázquez, perspicaz en demasía, comprendió ese silencio, que velando su pesadumbre íntima, por un relápmago, había paralizado la alegre charla; exclamó con verdadera sinceridad y contento:

—¡Qué lástima, tanto «rascabuche» perdido!
—á lo que replicó Romero con su aire altivo é indisciplinado:

—¡Esto no es Pavía! no todo se ha perdido. Vea, coronel, exclamó, sacando un pañuelo.

Está limpio, podemos colar el líquido que queda tecleando, pues lo del buche de su ordenanza, eso sí que es cosa perdida, y así nos salvaremos de morir como ratones; y agregó sonriente: Ahora muy bien podremos decir que el coronel Vázquez ha pagado los vidrios rotos.

Mientras tanto se cruzaron nuestras miradas investigadoras refulgiendo ironías, como queriendo escudriñar las fibras del valor personal de cada uno, los efectos poderosos que en ánimos delicados ejerce esa pasión enorme del amor propio bien sostenido por fuertes corazones, que en ese caso maniató el espíritu de conservación como rudo bozal á bagual bárbaro.

¡La voluntad! esta noble facultad que es lógica consecuencia de la de sentir, hace que todo derive de esa imperiosa fuerza misteriosa; con ella vencemos nuestra debilidad y sobrellevamos los mayores trabajos.

Se comprende que un hombre de buen temple se exponga con el sentimiento heroico del cumplimiento del deber, con la pasión de la gloria que va á adquirirse, á los más terribles peligros en un combate necesario, indispensable, que cumple una parte de un plan ofensivo ó defensivo; pero en este caso,

era jactancia de insensata valentía juvenil que sin razón y sin provecho, podía de un momento á otro privar al ejército aliado de un grupo de jefes, cuyo porvenir ya se diseñaba brillante.

Y á propósito, no puedo menos que consignar aquí, las ideas de un eximio moralista militar que ha dicho, más ó menos:

«El amor propio es el más grande enemigo de la disciplina y de la subordinación; constituye el escollo en que chocan por lo general los soldados que no son bastante inteligentes para bien comprender y apreciar mejor, todas las obligaciones que imponen los deberes militares.

«El amor propio exagerado excita el ánimo á la desobediencia, provoca la resistencia á los castigos, y entabla generalmente mal fundados reclamos. Sin embargo, á pesar de todo esto, el soldado más que otra persona, debe poseer este sentimiento, porque le es necesario en aquellos que más esclavos son de sus deberes y obligaciones. Además la indiferencia absoluta conduce por sí sola al relajamiento de esos mismos deberes, que al fin, hará perder al soldado todas sus buenas cualidades.»

«El único amor propio que el soldado debe

ostentar con orgullo, es esa afección honesta que todo hombre ha de llevar consigo; en proporción á su valor, que toca á su estimación propia, que nos hace sensibles á los apercibimientos y á los castigos y que nos estimula sin cesar á observar cada vez mejor conducta, con el propósito de tratar de merecer el afecto de los demás.»

«Este amor propio siempre encuentra razones para hacer y jamás para resistir.

«Pero, si bien el amor propio es útil á la disciplina en ciertos y determinados casos, y al soldado para sostenerlo con bizarría en sus trabajos y crueles penurias, como también para estimularlo al bien; por otra parte, en distinto caso, muchas veces es perjudicial al militar que no posee el suficiente intelecto para impedir que se confunda esa pasión con el orgullo, la presunción y la vanidad.»

En el caso nuestro, infragantes sorprendíamos á la presunción y al orgullo, haciendo de las suyas; sentimientos engendrados por un punto de honor arrancado á la necesidad de ser proclamados como valientes, en cualquier momento y de cualquier modo, y ser estimados como tal por los camaradas.

El temor de la deshonra entre nuestros émulos hace que alguna vez seamos suscep-

tibles de tomar como punto de honor lo que no es.

Este falso punto de honor, nos lleva irreflexivos hasta olvidar nuestra verdadera situación con respecto á las responsabilidades que nos abruma, en el papel que tendremos que desempeñar más tarde, hasta olvidar decía, que en la próxima batalla nuestra presencia al frente de los cuerpos que estaban á nuestras órdenes sería imperiosamente necesaria por el largo tiempo de mando que ejercíamos sobre esas tropas, é indudablemente, nadie hubiera criticado que acertáramos una visita que prolongábamos por amor propio; sobre todo en militares que hacía cuatro años que eran actores incesantes en multitud de combates y operaciones.

A propósito de todo esto, investigando una circunstancia atenuante para hacer entrar en razón el acto que critico, me decía á mí mismo que todo en la guerra tiene su explicación; porque muchas veces «barbaridades son triunfos» y que en este caso á pesar de ser un derroche inútil de médula de león nada entraña más la autoridad del mando como la ostentación teatral del valor en el peligro, en cualquier circunstancia, porque la bravura, aunque alguna vez sea loca, es una

virtud que domina y que se admira; he dicho teatral, porque siempre cuando en el peligro tenemos auditorio, tratamos de lanzar la frase heroica, que sabemos que en letra de molde va á ser repetida. Si no fuera así, pobre del que asume un papel pasivo; por más valeroso que sea, la calumnia militar lo hará pedazos: esa calumnia militar abaldonada que siempre fué envuelta en la baba hidrófoba de la vil envidia, implacable y mordaz.

Aquí podemos decir que dos virtudes militares antagónicas por organismo, son la base de las eximias calidades de un soldado, podemos decir, que la calma puesta al frente del ardor, demostró en la presente circunstancia su imperio absoluto; esa serenidad predominó incólume; esa serenidad que con perspicacia ó artificiosamente, la tenemos guardada en depósito para derrocharla en los escenarios adecuados, educando con ese objeto al temperamento en una escuela tan rigurosa que impide la menor insubordinación al amor propio, obediente esclavo de la voluntad.

Mientras tanto, como una ráfaga de muerte arreció el fuego, aumentando la espesa nube que cubría la superficie del campo de la lucha, y esto sucedía en el momento en que el mate circulaba con mayor agrado y la

conversación se animaba por instantes en un giro serio, entonces no pude menos que admirar al coronel Vázquez, que en ese momento nos explicaba con preciosos detalles la importancia militar de las posiciones paraguayas y la deficiencia de sus fortificaciones.

El acento medurado, digno del corazón sereno de nuestro amigo, su concepto claro y simpático hacía contraste con el silbido de las balas que pasaban por intervalos como una manga de «mamangás», tocando los nervios con un timbre desagradable, pero sin afectar visiblemente músculo alguno de la cara, ni la regia moral veterana.

Entretanto, de colina en colina, como telégrafo indígena, el eco transmite el retumbo de la mosquetería.

De repente cesa: sin embargo, el «bun, bun», alejándose aun por instantes, sobrevive, cual si fuera la sombra del fatídico sonido: sobrevive, produciendo un ruido cavernoso de amortiguado trueno que va rodando en lontananza. Cuanto más tiempo pasa y se aleja á intervalos, gradualmente se va apagando, hasta que se extingue del todo.

Ya declina la luz. Un sol amoratado, rojo garance, el agónico de la tarde que suspira, lentamente descende al abismo del ocaso,

cubierto con la triste mortaja del vespertino crepúsculo. Transmontando los lejanos montes de las posiciones de López, pronto irá á sepultarse en la tiniebla.

Baja, muy baja, una nube tocando el suelo, achatada, nube de humo de pólvora negra, se cierne aun en la prolongada línea del combate. La quietud de las hojas de los árboles, donde la brisa de los muertos ya no gime susurros; quietud que anuncia que ha cesado el vientecillo consolador de la canícula, que ha huído como atemorizado del anterior fragor, explica la densidad del vapor que á la distancia parece solidificado, inmóvil, quieto como un velo plomizo, espeso, que cubre una cripta.

Allá en la lejanía azulada de la tarde donde tranquila cae la sombra, en esa penumbra que oprime el pecho tan propicia á la angustia que nos acerca al hogar, se sintió entonces el toque melancólico del Angelus.

Las inválidas fanfarrias, en piadosa oración elevan al Creador tartamudeos de armonías, cual fueran rezos de difuntos. Se siente ese toque nostálgico de la patria que toca el corazón, como una suave chispa eléctrica, que recuerda en visión constante el rancho, el arroyo, el árbol, que siente quejumbroso el bronceo

sonido de la campana del villorrio, remembrando místicas solemnidades del alma, en la hora del desamparo del sol; y con fuertes palpitaciones de punzante sufrimiento ve á la madre que llora: á la prenda adorada que se ahoga en la zozobra de la reminiscencia: al hijo que gime de hambre.

Armonía mortecina, que después que se ha perdido en el ambiente, aun deja ansias enormes en el corazón, arrojado en lontananza en la mudez de su tormento íntimo.

Tronó el último cañonazo y algunos fusilazos de despedida. El silencio entonces sucedió al ruido de las armas. Un ambiente obscuro empezó á acariciar la altura; todo fué tomando un tinte de negras siluetas.

—Ahora ya nos podemos retirar—exclamó Romero, con altivo acento; como diciendo: ya no nos podrán criticar esta amable separación. Nos levantamos al mismo tiempo; entonces, dirigiéndose al coronel Vázquez le dijo:

—Usted no olvidará esta visita en que el mate ha sido acompañado con música celestial; que la particularidad más saliente de este entretenimiento ha sido ese trago de agua fuerte, aguada en demasía con jugo de bala de fusil paraguayo; y en seguida agregó con tono risueño:—Me parece que todo esto es bas-

tante original para el argumento de un cuento.

Entonces el coronel Vázquez, dirigiéndose á mí exclamó:

—Pues bien, es á Pioupiou (1) á quien mas tarde le reclamaré el cuento. ¿Cómo lo titulará?

A esta interrogación, sin devanarme los sesos, exclamé: «El mate del coronel Vázquez».

—Perfectamente—exclamaron los dos amigos.

En este momento se escuchó una voz de flauta que interrumpió el diálogo. El socarrón del asistente, que aun tenía el mate en la mano, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Mi «comendante» no se olvide del buraco de la botella, ni de la prenda que le ha servido; mire que la prueba del chorro no la hace cualquier bruto.

El pobre deseaba salir en letras de molde y á fe que tenía razón; porque ese joven soldado era el tipo verdadero del intrépido guerrero americano. ¡Cómo siento haber olvidado su nombre!

Nos despedimos con un abrazo del coronel

(1) Seudónimo de un corresponsal del diario *La Patria*, que en este tiempo redactaba el coronel Don Lucio V. Mansilla.

Vázquez y bajamos la eminencia solitaria para tomar nuestros caballos: montamos, y durante el camino nos sentíamos impresionados por la hidalguía y por el valor sereno de nuestro amigo y en los recovecos de mi pensamiento encontré esta sentencia muy aplicable á nuestra visita.

¡Qué cosas tan estupendas y tan estúpidas es capaz de inspirarnos el amor propio!

*
* *

Dos Días después de la escena que concluyo de narrar, el coronel Don Florencio Romero, ese hermoso Aquiles del ejército argentino, impulsada por su inarmónico valor, convulsionado por patriótico heroísmo, sucumbía en Itaibaté, en ese asalto que con delirante empeño tanto él había deseado que fuera dado por nuestro ejército y por el de la República Oriental, sonriéndole el galardón que premiaría su proeza. Moría de pie con la majestad romana; en ese palenque célebre, moría con la patria en los balbucientes labios, cumpliendo la inexorable sentencia de su sino, que salvándole de innumerables peligros á los que habían acariciado en la vehemencia de su ínclito corazón, le reservaba este campo

de acción para cubrirlo muerto, con el manto augusto de su gloria viva.

Guardó silencio el interlocutor. Entonces se sintió el prolongado y agudo toque de «Apagar los fuegos» y los aullidos lastimeros de los perros del campamento. En seguida todo quedó envuelto en el mutismo de la sombra.

El espectro doliente del coronel Romero cruzó fosforescente por entre nuestros espíritus consternados . . .

¡Aun hoy surge poderosa su imagen del pensamiento! Acortando la distancia de los años, cual si se disminuyera la lejanía á un astro, le vemos con su uniforme deslumbrante de oro, como una aparición que persiste en un foco de dorada luz, gallardo, al frente de sus tropas, cabalgando el soberbio corcel en la montaña, entre vapores de pólvora y sangrientos despojos . . .

¡Mi vida! Aunque alcanzara á una edad muy avanzada, sería corta para enfocar en un cinematógrafo grandioso los hechos de los héroes ignorados de las guerras argentinas.

CAPÍTULO VIII

UN CASO TÍPICO DE SIMULACIÓN DEL VALOR

—
(ROMANCE HISTÓRICO DE LOS TIEMPOS DE LA
BATALLA DE PAVÓN)
—

*Al Doctor Don Francisco
Beazley.*

Hacia ya dos meses que había tenido lugar la memorable batalla de Pavón, digo memorable, porque determinó el punto de partida de la nueva reorganización política del país: pues nunca nadie ha tenido la pretensión, de negar al general Urquiza el mérito de haber sido él quien primero constituyó la nación después de la lóbrega noche de la tiranía. El ejército de Buenos Aires, victorioso, pero fraternal y humano, acampó en los contornos del Rosario, con excepción de una de sus divisiones, que bajo el mando directo del general Paunero, fué desprendida al interior de la república, con el propósito de

consolidar la nueva situación política, conquistada en el reciente bélico acontecimiento.

Mientras las fuerzas bonaerenses se mantuvieron acantonadas en aquella localidad, su moderación y compostura no tuvo límites, siendo excesivo el rigor de los superiores para castigar cualquier desmán de la soldadesca.

La ciudad del Rosario en ese tiempo se había transformado en un Paraíso, comparándolo con el infierno de la campaña de Pavón. Sí, digo bien, y creo con propiedad que el término es verdaderamente bien aplicado en este caso, al traer á la memoria inquieta y dolorida por la remembranza, aquel tenebroso y dilatado campo quemado de varias leguas que tuvimos que transitar en las proximidades de Rojas, absorbiendo polvorientas cenizas que nos ahogaban, transformando el ambiente en una espesa niebla asfixiante. Sin agua en esta terrible travesía, devorados por la sed, sudando angustias, abrumados de cansancio y abatidos, marchábamos así forzando la jornada, con la cara y las manos negras como carboneros. Era aquello andar con la mente del Dante sobre un verdadero colchón de movibles escorias, que humeaban apagadas, elevándose á pequeña altura en

gruesas y grises nubes, formando en el espacio que ocupaba el tránsito del ejército, una inmensa y achatada nebulosa.... Decía que el Rosario había renacido para nosotros como un florido Edén de primavera, pues se agregaba á la alegría de la vida civilizada, el retoño de los árboles con sus hermosos cambiantes de luz y de colores; las fiestas se repetían con barahunda deliciosa, y el atractivo de la sociedad culta completaba el cuadro, que al fin nos abría sus doradas puertas, y la inculta que siempre con los jóvenes oficiales se manifestó desprendida y comunicativa; no es extraño; porque lo que con desprecio los advenedizos, bautizan de pueblo bajo, constituye la masa de los héroes ignorados de la nación. En una mano ese hermoso cíclope sujeta el arado que resbala á causa del sudor de la faena diaria, factor sublime del progreso y de la riqueza de una comarca, y en la otra la espada con que ha dado renombre á la historia de la república, haciéndola respetar por su invencibilidad. Este pueblo, esclavo siempre del continuo esfuerzo del trabajo, ha sido en todo tiempo generoso y abnegado por instinto. Su patriotismo no tiene límites cuando se trata de sacrificarse por la patria. Es á esta clase de

seres humildes y humillados, que debemos nuestro poder; jamás á los egoístas que llegaron á explotar la nación, hasta en las guerras extranjeras, como sucedió en la del Paraguay, en la que mientras ganaban oro, otros derramaban sangre, en esta memorable contienda, en la que estuvo nuestro país por un momento al borde de su ruina.

En ese tiempo ya el Rosario constituía una ciudad populosa de verdadero aspecto comercial, debido en parte á que había sido el punto de reconcentración de los frutos é industrias del interior, y á los derechos diferenciales que contrahalanciaban los de la aduana de Buenos Aires, procediendo tanto de esta emergencia, como de viejas y erróneas preocupaciones, el desconcierto que dividía á estas dos provincias, que más tarde serían el más hermoso ejemplo de los rápidos adelantos que han asombrado al mundo.

Una vez lejos los alborotos de la guerra, empezaba todo á normalizarse en esta linda ciudad, y repentinamente surgía de nuevo el movimiento comercial, renaciendo como el Fénix consabido, gracias sobre todo, á los diez mil porteños acampados en sus inmediaciones, que mientras estuvieron allí fueron pagados regularmente.

Como se ve en aquellas circunstancias, era enorme pozo surgente de prosperidad ese tesoro.

Animada en todo momento se presentaba la población. En sus calles no se veían sino uniformes galoneados de jóvenes militares de gentil donaire, y erguido andar, primando el tic-tac metálico de los sables, y el vocerío alegre de los grupos milicianos requiebrando á las cholas, comprando en las tiendas, ó bebiendo en los almacenes y en las pulperías, donde en armónico y criollo embelezo gemía la guitarra acompañando el canto de desolado ritmo, palpitando penas lejanas. Cualquiera diría que se sentían los vírgenes suspiros de la llanura infinita. Vibración nacional que no muere; porque son ondas de instinto de patria doliente que puebla el ambiente.

El continuo roce de las diversas clases sociales hacía que cada vez creciera más la estimación por las tropas de Buenos Aires. Al calor de su sinceridad y generoso desprendimiento, vivían muchas familias pobres, y bendecían con verdadera gratitud á esos feroces porteños, cuyos retratos habían sido tiznados con el carbón fanático del odio partidista.

En fin, todo en ese tiempo allí era alegría;

porque cuando el comercio se encuentra contento, es porque está repleto el bolsillo, y por consecuencia existe medro en todas partes. Es lógico ese bienestar.

Teatros, saraos, carreras criollas, música en la plaza 25 de Mayo, donde todas las tardes en vistoso y bullicioso remolino se admiraba los hermosos grupos de las jóvenes del pueblo; encantadoras bayaderas de ojos árabes, de suaves formas flexibles, correctas, de talles gentiles con desplantes encantadores, enloquecedores alguna vez; también en un paisaje de brillante miraje brindaba la diáfana linfa del ráudo Paraná baños tónicos, espléndidos. Por la noche, interrumpiendo el sueño del pueblo trabajador, se sentían desafinadas serenatas, con pretensiones de tiernas, especie de proclamas á gritos de secretos de amor, y por consiguiente, pelada de pava; y alguna muy rara vez, inconscientes conatos de tarquinadas con música, siempre todo con música, al momento reprimidas severamente.

Este conjunto de ruidosa jarana se traducía por la animación del regocijo, llevado hasta el último extremo de la vida militar de un joven alférez. Se vivía en febricitante afán, soñando aventuras de amor, en loco devaneo, y en donde los ensueños tenían más consis-

tencia era en los arrestos de la guardia de prevención por faltas á la diana ú otras causas, que se infligían generalmente á los tenientes y á los alféreces. En fin, con dominio sugerente surgía la poesía de la juvenil edad. Aun todo me sonrío, como evocación misteriosa de esos tiempos de mi adolescencia tan lozana y tan aturdida, pero sin una lágrima.

Sería demás exponer que el teniente don Florencio Madero, buen amigo, generoso y caballero por excelencia, se había constituido en nuestra primera línea de sitio, especie de cara de Medusa, irresistible, al reverso, ó mejor expuesto en el formidable ariete demolidor con el que batíamos la muralla más sólida; ó en otro concepto, más moderno y escuelero, fué siempre un obús de alegría al que nadie podía resistir un disparo, destruyendo con simpáticas manifestaciones los enconados resabios de otros tiempos por su buen natural, traducido en un carácter abierto y desprendido.

Nunca he conocido un joven en quien estuviera más bien inspirada la oportunidad y el talento del chiste; aluvión de gracia inextinguible era aquella torrentosa inventiva derrochadora de chispeantes cuentos, única de su especie; derramada con ingenio agudo,

perspicaz y ocurrente en todo momento, teniendo, además, por constante aliada su cara anormal y sincera en la que jamás movía un músculo, y si lo hacía era para darle una seriedad paradójal, que producía hilaridad antes de empezar la alegre anécdota.

Vivíamos contentos y orgullosos como hidalgos pobres, ostentando con petulancia temprana y elegancia, según nuestra estentoria pretensión, los mal cortados uniformes. En nuestro aturdimiento nos creíamos irresistibles. En el amor es tan vanidosa esa edad, que raya en espléndida tontería; se sufre del fanatismo del triunfador.

En cuanto á los goces materiales de aquella existencia, no era cuestión de quejarse; se comía bastante bien en el hotel de Peirano; y ya que traigo á la memoria esta circunstancia, recordaré una anécdota.

Entre los oficiales que después de la batalla de Pavón fueron presentados al general Mitre, se encontraba el mayor Braulio, no recuerdo el apellido, un hermoso puntano, atlético, de formidables músculos, de casi dos metros de alto, con una cara morena enérgica, melena y barba hirsuta; semejaba una atávica elaboración del hombre de las cavernas en constante lucha con el

megaterio ó el mastodonte. Su fama le acompañaba con respeto, como hombre intrépido y decidido á todo, á la par que bueno. Su mirada, fija y penetrante, destellaba la lealtad del hombre de armas; aunque daba luz tenebrosa á aquel tupido bosque de pelos duros y selváticos que, cual maleza virgen, sombreaban su semblante. Había momentos que imponía ese magistral perfil aleonado, y sin embargo, aquel hermoso tipo de habitante del desierto, atraía por la sinceridad que se sospechaba en su lenguaje primitivo, envuelto siempre en rudo concepto, y por la franqueza instintiva que inspiraba. Aún sin conocerlo, había algo que empujaba hácia él, que alejaba la desconfianza. Uno de esos bravos que se encaran con la muerte con desprecio soberano.

Ignoro porque razón ordenó el general Mitre, que por cuenta del estado, fuera cliente del hotel Peirano. Sin duda, el campesino sería hombre influyente en su provincia. Parece que su reputación como elemento electoral importante era consagrada en la política de sus pagos.

No solamente este oficial era allí comensal, sino otros porteños «alborota pueblos», capaces de hacer tirar piedras á un santo, trans-

formando aquel escenario de risa en un círculo de alquilar balcones, donde se aquilataban barbaridades de todo género.

El puntano comía en la misma mesa que el inolvidable teniente Máximo Alcorta, y eran de ver sus ínfulas impertinentes de militar de escuela ranquel, sacudiendo con furia sus labios cada despropósito de lengua que daba miedo.

Sin embargo, cuando pontificaba sobre los principios técnicos de la guerra de montonera, destellando el instinto de observación que lo enaltecía, había que convenir en que el hombre era un sabio, y entonces, al palpar nuestra inexperiencia lo escuchábamos con respeto y hasta con cariño.

Sus primeras armas fueron siempre un timbre de gloria para él. Paz y Lavalle, con quienes había servido, constituían sus ídolos militares. Solía decir, aludiendo á su importancia jerárquica en ese tiempo:

—Entonces, mi amigo, yo ya era «manate».

—¿Qué grado tenía usted, D. Braulio? Le interrogaba el socarrón de Alcorta.

—Era cabo, contestaba el interlocutor con una candidez de niño.

Para pintar la perspicacia militar de este insigne guerrillero referiré su modo de clasi-

ficar á esos ilustres generales argentinos. En una ocasión le pregunté cuál de esos dos caudillos, en su concepto, era de mayor importancia militar. Sin detenerse un momento á pensar, me contestó:

—Vea, amigo teniente, el general Paz era más «tático», ganaba batallas con figuras de contradanza; pero el general Lavalle daba hasta tres ponchos.

Como se ve, en una frase inculta definía con propiedad el carácter técnico de los dos militares que han tenido la más brillante resonancia en la guerra contra al despotismo antes de Caseros.

Su juicio sobre Lamadrid era más cáustico: decía que era una lanza loca de patriotismo que andaba en la pelea como bola sin manija.

De Rozas decía que era el domador más ginete que había conocido, que le había metido las espuelas al pueblo de Mayo hasta la rodaja, y á los pocos días lo hacía cabrestiar de puro manso.

De Niceto Vega decía, que era el hombre más guapo y más bueno que había tratado, que donde ponía el ojo ponía la lanza, que murió de tristeza, enfermo de no pelear.

De Olavarría decía, que era una brava lanza alegante; y así más ó menos era

su juicio sobre algunos guerreros que había conocido.

Ameno y oportuno en su conversación, fortalecido por una poderosa retentiva, narraba á su modo, con bastante precisión y crítica gaucha, las campañas en las que había sido actor, y explicaba la causa con abundamiento de razones, según su selvático criterio, porque una parte del partido liberal provinciano había acompañado al general Urquiza en la guerra contra Buenos Aires, considerando como punto de partida la revolución del 11 de Septiembre, hecha, según él decía, por los emigrados y otros elementos extraños á la fracción unitaria, y entrando en otras consideraciones, también agregaba que desde la época de Rozas, por rencor á sus invasiones vandálicas hubo siempre prevención provinciana contra Buenos Aires.

De enormes fauces y de un pie patagón atávico de gigante, era éste preferido del general Mitre, y razón tendría nuestro general en fijarse en tan perfecto tipo de la especie.

Comía como un Vitelio pampa, especie de panza al trote, hasta el punto que su ejemplo podría presentarse como un caso patológico de los que cita Debai. (1)

(1) Historia natural del hombre y de la mujer.

Un día en que estaba harto como un animal, se había desabrochado la blusa, chaleco y pantalón y no recuerdo si alguna otra cosa más: se quejaba lastimosamente de lo mucho que había engullido, y dirigiéndose á Máximo Alcorta le dijo con aire sofocado:

—Vea; amigo Alcorta... Yo ya no puedo más.

Alcorta, á punto de reventar de risa, le replicó al momento:

—Si es así, ¿por qué, Don Braulio, se harta como un hipopótamo?

—¡Más «potomano» será su «agüela»! Contestó Don Braulio ¡Y cómo quiere que no coma! ¡No ve que este mozo bárbaro me presenta la lista!

Este hombre singular, creía que tenía la obligación, como quien dice, consigna absoluta, de comerse íntegra la lista que le presentaba el mozo.

¡En esta ocasión casi revienta! Infelices los que hubieran estado á su lado.

Otra vez en el momento que pasaba una procesión le pregunté:

—Don Braulio ¿qué le agrada más en este conjunto de cosas heterogéneas?

Sin detenerse un momento, relampagueando los ojos con lúbricos destellos, me con-

testó dilatando en sus gruesos labios una sonrisa de sátiro:

—Las niñas; no las ve tan compuestas, parecen oratorio... dan ganas... y guardó silencio: pulcro en demasía se destacaba en el lenguaje.

Una vez discurriendo Alcorta entre sus veleidades filosóficas, leyó el dictámen de Girardin sobre la guerra, que como se verá es la elocuencia del sofisma puesto en apoyo de una opinión socialista.

«La guerra es la muerte! La guerra es el robo! Es el asesinato, es el robo enseñado y ordenado por las propias leyes del gobierno; es la muerte, es el robo, aclamado, blasonado, dignificado, coronado; es la muerte, es el robo, menos el castigo y la vergüenza, más la impunidad y la gloria: es la muerte y el robo substraído al cadalso por el arco de triunfo; es la inconsecuencia legal porque es la sociedad que impera lo que ella prohíbe y prohíbe lo que ella ordena; recompensando lo que ella castiga y castigando lo que ella recompensa; glorificando lo que ella marchita y marchitando lo que ella glorifica; el hecho siendo el mismo, el nombre solo lo diferencia».

Don Braulio había escuchado con mucha

atención esta tirada de Alcorta y al concluir exclamó, como temiendo decir una cosa que no fuera apropiada al acto:

—Vea, amigo Alcorta, aunque no soy muy leído en estas cosas, pero creo que la guerra ha hecho mucho mal á los argentinos; porque ha «levantao» caudillos que han «atrasao» el país, aunque es verdad que la guerra la hemos hecho contra los tiranos; pero vencedores éstos, la patria quedó «pior». Pero de cualquier modo la guerra viene siempre á demostrar que el hombre es malo. Vea, más amistad existe entre las víboras que entre los hombres. Vea, el tigre, el león, el aguará y el yacaré, todos viven como amigos; pero el hombre si se descuida le arranca á otro hombre el corazón de un tajo. Tiene mucho de falso y de perverso, y más que nada de servil. Yo creo que la tiranía es un castigo que Nuestro Señor Jesucristo manda á los pueblos sinvergüenzas que besan los grillos que los aprietan. Es por eso que siempre he preferido la vida libre del desierto á la esclavitud de las ciudades.

Después de esta frase dicha en un tono hiriente, este terrible pesimista guardó silencio y arrugó el entrecejo, cual si un recuerdo inquino perturbara su mente.

—Cuanta verdad existe en lo que acaba tan rudamente de exponer Don Braulio, exclamó Alcorta. Sin embargo, pueblos altivos y celosos de sus libertades, pero de carácter guerrero é impulsivo, suelen alguna vez ser fascinados por los relumbrones de una falsa gloria, y explotados sus instintos propios, puestos en brillante engranaje por un conquistador hábil de la talla de Napoleón 1º, y entonces deslumbrados con el despotismo de la conquista de éxtrangeras comarcas, renegar con una osadía inaudita de su propio dogma, y soportar inconsciente la tiranía solapadamente cubierta por la gloriosa bandera de la patria, que incesante flamea vencedora en el campo de batalla.

Por otra parte, si se investiga por lo general el origen de la tiranía, lo encontraremos en el bajo pueblo ignorante, aplastado siempre por el hambre y por la insolencia usuraria del patrón; y como es halagado y hasta aparentemente compadecido por el que aspira al poder, lo rodea y le da popularidad; porque sospecha en éste su vengador y que mejorará su bienestar. Por esta causa es que los tiranos nunca estuvieron solos, tuvieron como factor poderoso en su apoyo el núcleo del proletario ignorante sin el

cual su sostenimiento hubiera sido efímero. Además de este potente elemento existe otro que pertenece á una categoría social más elevada, me refiero á las familias de adu- lones que desde Vitelio á la fecha asaltan á los que están en la cúspide del poder.

Alcorta guardó silencio; y al atar la remi- niscencia al juicio filosófico del amigo que ya no existe, siento cuanta verdad se destaca de este cuadro tan realista en el día, donde han hecho gala siempre un núcleo de adora- dores de la grandeza, y á propósito me trae á la memoria, aquella visita del duque de Angulema á la Escuela Politécnica, en mo- mentos en que el ilustre Thenard daba su clase de química, teniendo por oyente al Delfin. Advertido de la augusta presencia, exclamó—«Monseñor: el oxígeno y el hidró- geno «van á tener el honor» de combinarse delante de vuestra alteza real para producir el agua».

Creo que platónicamente no se puede ir más lejos en la servil galantería; y ya que andamos por este surco tan despreciable, no concluiré sin recordar que el Dr. Juárez fué una de las víctimas sacrificadas por los ficti- cios adoradores del poder, por esta dorada servidumbre. Su distinguida familia se veía

incesantemente abrumada por el obsequio interesado, por la pérfida lisonja hasta el cansancio, enga n ndola p rfidamente sobre la verdadera situación política del país; y después en la hora de la prueba, en esa hora de los verdaderos amigos... el silencio la soledad. All , en la Plaza de la Libertad, sólo se veía un pequeño núcleo de soldados valerosos y abnegados que iban á cumplir su consigna militar sin tratar de averiguar si la revolución tenía   no razón de ser. Allí estaban esos guerreros taciturnos que no habían recibido ningún servicio, talvez herido alguno de ellos por un resentimiento, como el que esto escribe, iban all  olvidando los errores del presidente para no abandonarlo en la hora triste de la desgracia, que es la hora que eligen los villanos para la cómoda despedida, para el c nico eclipse total.

Sensible es que estallara aquel huracán de pueblo para que recién se diera cuenta el Dr. Juárez, que entre aquella turba impía de ingratos de cara impasible y de jud icos instintos, había pocos caballeros, de esos hombres de carácter que aún hoy con conciencia y estimación le estrechan la mano.

Volveremos   Don Braulio.

Cuando conversaba con Alcorta no se podía

dejar de notar la ostensible diferencia que existía entre el vocablo caluroso, huracanado de éste y el retardo pausado de la palabra de Don Braulio. Podría muy bien decirse que se chocaban la mudez del desierto y el ruido atronador de la ciudad.

Como ya anteriormente he expuesto, el Rosario en esa época surgía en un jaleo rebozando juventud. Edificada entre preciosos bosquecillos y jardines, besando su planta joven el rival del Misisipi, que silencioso cual prisionero furtivo escapado de los trópicos, se desliza en corriente fugaz hácia el inmenso estuario del Rio de la Plata.

El estrado distinguido y culto rosarino hacía agradable el ambiente social. Espléndidas mujeres evocaban en carne regia la buena raza española, resaltando en parte el tipo árabe andaluz; sobre todo las que con gran renombre é imperio absoluto ostentaban la victoria de la belleza, eran tres distinguidas damas, de las cuales en ese tiempo, bien se pudo decir que la mujer es un ser intermedio entre Dios y el hombre.

Aun siento latir mi fibra, aunque platónica en el decir, de muchacho idealizado por lo sublime, al recordar aquellas tres inspiraciones de Chaplain, modelos de escultura helé-

nica; genial revelación de buen tono aristocrático; de esa hermosa raza ibérica transmigrada á las comarcas del Plata; y daba la casualidad que esta exposición exagerada de belleza, elevara su trono augusto, ni más ni menos, como las tres Gracias en el Olimpo, en la misma prosaica cuadra de la calle General Urquiza.

De las de ese grupo, la primera que sobresalía en altiva hermosura, por un punto, nada más que por un punto, fué siempre la joven señora de Alurralde de Matienzo, á la que muy bien pudo aplicarse lo que dice Montalvo de los cuadros de Rafael. «Su imagen tiene sangre, corazón: tras las formas palpables fulgura la inteligencia, resuena la sensibilidad exquisita de un alma que en hilos invisibles está pendiente de la mano del Todopoderoso.» Pudo decirse entonces que brillaba como la expresión más genuina de la venustidad de la patria. En ella estaba encarnada con fina elegancia el donaire y el porte altivo, natural, de sus antepasados que antes de ser conquistadores de Chile, del Perú, y del Rio de la Plata, fueron famosos guerreros en la península, impulsados por el vetusto orgullo de su cepa de héroes.

Hoy, este jirón del magnífico estandarte

del esplendor caído, sublime emblema de la distinción, todavía sacude al viento la fama de su gloria; en su vejez no sospechada, se siente el ocaso de fulgurante sol que deja ardiendo la atmósfera. Cuando se tiene el agrado de tratar á esta distinguida dama, su cultura ejerce imperio y se vislumbran en su actitud garbos de estirpe; y sobre todo, se admira en ella la intrépida conformidad cristiana con que ha sobrellevado sus negros infortunios. Es la digna madre del Dr. Nicolás Matienzo de Alurralde, distinguido caballero á quien sienta bien su apellido colonial de bronce.

En seguida, rememorando esos tiempos felices, es á mucha honra presentaros á la señora de Ortíz, beldad sin contralor, de ojos garzos, intensos, arrebatadores; se sentía en esa mujer hermosa el jugo de carne, era un resplandor de la estrella del alba. ¿Acaso los griegos para idear los contornos de su Venus de Milo no tuvieron un modelo semejante?

En esta época estaba casada con el caballero Ortíz: no recuerdo su nombre, y desde entonces he perdido la pálida eclíptica de tan virtuosa señora.

La tercera, Mercedes Vieira. La hermosa Mercedes, como la consagramos entonces, de

este conjunto armónico de arte divino, era la más joven, la más angelical y tierna. Estilo correcto y delicado en el contorno de sus formas, con una boca deliciosa que era nido de gracia tejido por el amor, con ojos de dios, preciosidad de catorce años. Cuando se asomaba á la puerta de la calle, transformábala en la puerta de un Edén muzlín. Ideal entre suspiros, no se la podía mirar sin creer que uno invocaba á un ángel desprendido del cielo; hermana de mi buen amigo Jaime Vieira y casada después con Teófilo García. Recuerdo que sus dulces encantos hacían suspirar á un amartelado mayor de apellido ruso.

Hoy, viuda desolada, vive en el desierto de su alma, donde vagan errantes las sombras lívidas de sus muertos hijos. Pide á Dios, en su infinita pena, resignación. ¡Qué monstruosa anomalía! ¡Tanta belleza é inocente alegría! para cambiar brutalmente aquello que hoy parece visión de lozanía, revelada en una noche de alborozo, por el cuadro doliente entre suspiros y lágrimas de atormentada Niobe argentina!

En ese tiempo jamás, ni remotamente, sospecharon estas dos concepciones de deslumbrante estética, que más tarde la amargura punzante secaría en el corazón la fuente de su llanto...

No deseo continuar sin dedicar una frase de gratitud á la señorita de Ramayo, cuya figurita «mignone», de sugestión simpática, derramando en su alrededor la frescura de sus encantos, daba animación á los saraos de su elegante morada, donde ella con exquisita cortesía é inagotable amabilidad hacía los honores de la casa.

Más ahora paro en cuenta que la digresión ha sido un poco larga, ni más ni menos que como legua de indio, y que lo que debió ser relatado en principio para estar en coordinación con el título de este artículo, recién va á empezar, es decir, que el proemio, al hilvanar de la pluma, ha resultado más largo que el texto.

*
* *

El verdadero club de hombres y agradable reunión se agrupaba en el café Peirano. Allí, en la noche, hacían tertulia la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército de Buenos Aires, y los vecinos del pueblo. Es natural: donde hablan muchos porteños, es tumulto de palabra; en esto somos algo parecidos á los brasileños, que devolviéndonos la pelota, decía en el parlamento de esta nación el diputado

Machado: «Os argentinos son muito valentes, mais tambem muito fanfarrón.»

En una de las más hermosas noches de primavera, el café rebosaba de alborotados clientes, sentados casi todos alrededor de la gran mesa del comedor, colocada á lo largo en el centro del salón principal, que después de comer se entregaba á los tertulianos.

En esta ocasión un buen número de oficiales se encontraban allí, entre ellos algunos jefes; porque en aquellos tiempos, salvo limitadas excepciones, la disciplina se erguía tan sólida, que el contacto de las diferentes jerarquías no producía desgaste alguno en el sarandeo continuo de la vida militar. El respeto y la subordinación constituían un austero dogma, en razón que ese lazo de unión estaba consolidado por la estima y la convicción recíproca de una necesidad imperiosa eventual, y es por eso que cada uno cumplía siempre con su deber, y estimando á sus superiores, se confortaban los de arriba con los de abajo y viceversa. Sin eso no existe ejército.

Entre los asistentes á esa reunión se encontraba el capitán Mauricio, oficial esbelto, de alta talla, de arrogante aspecto y altanero empaque, de buena reputación, imperioso en

el decir y aunque de genio algo atrabillario, fué siempre respetado entre sus camaradas.

Serían aproximadamente las ocho de la noche (estilo antiguo), cuando penetraba al salón el teniente Arolas, acompañado de su amigo Augusto Ferreira, teniente como él del batallón Castro.

Arolas llevaba en sí un fluído simpático de dominante atracción. Adolescente imberbe, aunque de aspecto flacucho, estaba envuelto en nervios de acero, presentando en su carácter ligeros reflejos de «pollo líquido». Tipo contemplativo por temperamento, doliente de literatura romántica, soñando vivía en poético desconcierto, confiando al papel las melancólicas endechas del silencio de su alma; zozobra que se agitaba sin cesar en su joven corazón. Versos eran esos que en su opinión no eran tan malos, eso más adelante se verá. Alguna vez remontábase á las regiones siderales: errante volaba del sol á la luna y de la luna al sol, y por lo tanto se sentía subyugado por ideales empiresos, reflejados en su tierno afecto hácia la mujer. Embriagado en la luz deslumbrante de los astros creía ver allí entre charangas celestiales su Dulcinea con alas. Indudablemente, alguna vez se sospechaba en su conjunto moral distantes ecos de una pasión contraria-

da. Ese primer amor que obstinado jamás se borra de la mente, como la petrificación de una lejana tortura que se siente en lontananza, entre suspiros y quejas.

Muy distraído, parecía dominado en todo momento por un pensamiento fijo. Se preocupaba poco de la forma; podía muy bien decirse que su original personalidad constituía un lírico «pur sang»; pero gastrónomo admirable, alma y vientre reunidos en armónico embeleso, como para resolver el problema de Publicola. Como más adelante se verá, en ocasiones tenía candideces de niño, olvidando que el sable le prestaba cierta característica ostensible de gravedad militar, que debía en toda ocasión guardar en la mímica de Marte, aunque no tanta como la del Burro. Además resaltaba como un seductor «causer» en un círculo de damas. Recitaba con énfasis magistral, disimulando su estilo gongorino con su atrayente donaire. Acompañando á Florencio cantaban en el piano estilos criollos, este último de barítono y él de tenor; aquello me recordaba un dúo de bombo y clarinete. En lo de Ramayo hacía roncha y nunca se dió una tertulia sin él. Como bailarín de zamacueca era algo inimitable, según su propia opinión, aunque Hederra decía lo contrario, pues como

mendocino no cedía ese derecho á nadie.

No concluiré este retrato sin exponer una anécdota que lo caracteriza.

Sucedió que fué aquejado por una indisposición pasajera, y herido en lo más profundo de su sentimentalismo, compuso los siguientes versos:

Adiós alma mía
Mi virgen de amores
Que en lecho de flores
Me hiciste adormir.
Adiós que otro mundo
Más bello y sereno
Me llama á su seno
Y es fuerza partir.

Horrible la fiebre
Me va consumiendo,
Mis sienes ardiendo
Las siento latir.
Tan sólo mi labio
Tu nombre pronuncia,
Oh, todo me anuncia
Que voy á morir.

Si acaso en la aurora
Que raye mañana

Funérea campana
Doblara por mí
¡Por Dios, en mi tumba
Dejad unas flores,
Mi fe y tus amores
Reposan allí!

Esta composición, envuelta en pétalos de perfumadas rosas, la remitió á una novia de paso, á la que allí presumía, con referencia á la que solía decir.

Que cuando su pensamiento lo hería en lo hondo de su pecho amante, creía sentir tan rudos latidos, como si furioso potro corcobase en su corazón. La cosa subió de punto. Estos versos escritos con letra temblona, su sentido tétrico, doloroso, como amargo suspiro de agonizante, hizo que, alarmada crudamente la niña, recibiese una fuerte impresión, tanta, que prorrumpió en llanto. Pasado este primer momento, resolvió la tierna amante, acompañada de su madre, ir á ver al enfermo que tan tristemente se despedía, y con gran sorpresa de alegría lo encontraron devorando un monumental lechón en compañía del mayor D. Braulio y del teniente D. Máximo Alcorta. El lector ya se puede figurar lo que pasaría.

Como decía, penetraba en el salón el te-

niente Arolas, despreocupado como siempre, sin fijarse en nada.

Al pasar por el espacio que existía entre la gran mesa y el muro del salón que daba al patio, no se fijó en que el capitán Mauricio estaba sentado un poco hácia atrás, en el costado de la mesa, é inadvertidamente lo tocó ligeramente, sin tener la mínima intención de ofenderlo con este roce casual.

Entonces sucedió algo inesperado y estupendo. Vi levantarse al capitán Mauricio, contraída la faz, vibrante de emoción iracunda y fulgurando despecho los ojos, inyectados en sangre; sin contenerse ante un público tan selecto, apostrofó así al teniente Arolas:

—¡Es usted un bestia, so recluta!

Petrificado de asombro quedó un momento el joven oficial; después de un segundo, en cuya actitud se anunciaba la duda y la vergüenza del pundonor herido, pues vacilaba en creer que á él fuera dirigida tan brutal ofensa; sorprendido como un hombre que sale de un sueño, exclamó con alterado acento

—¡Qué dice usted, señor capitán! ¿Es acaso á mi persona á quien usted se dirige? Supongo que será una equivocación.

Como se ve, buscaba todavía una reacción favorable en favor de su desesperada situa-

ción, que se pudiese interpretar como una satisfacción á tan grosera afrenta. Por toda contestación replicó el capitán con aire enfático y guarango:

—¡Dígole que usted es un bestia, que me ha llevado por delante, acto que sólo comete un irrespetuoso como usted, so animal!

No esperó más el teniente Arolas y enrojeciéndosele el rostro de sangre convulsionada, enfurecido, se lanzó sobre él y le asestó una ruidosa bofetada. Aquellos cinco dedos enardecidos y palpitando un pulso extraño, quedaron estampados en el pálido rostro del insolente capitán.

Todos se levantaron de sus asientos, asombrados de la audacia del teniente, atónitos; guardaron silencio, ansiosos por descifrar el desenlace de tan imprevisto lance. Curiosos todos, esperaban ver como vengaría el capitán la afrenta que él había provocado: auguraban perdida la partida para el teniente, en vista de las formas físicas del gigante adversario, y lamentaban al mismo tiempo el destino del jóven militar, que la suerte le conducía sin trámites á una mala aventura; pero ninguno de los circunstantes intervino, porque en esta época sólo se brindaban padrinos para presenciar el duelo, no para apartar.

Entonces el capitán Mauricio, pálido como el espectro de la venganza, como un anatema de muerte que implacable se abate sobre la cabeza del ofensor de hecho, inmutable, levantándose y arreglando el quepí, que á causa del golpe había quedado medio requintado, con una calma estóica, sin demudarse, con voz fulmínea, algo como vocablos entretejidos con rayos de Júpiter, dirigiéndose al teniente Arolas, lo increpó así:

—¡Desgraciado! ¡Ya verá usted cómo vengo tan desenfrenada afrenta! ¡Sígame, si es hombre!

—Está bien—contestó el teniente Arolas, medio arrumbado por la impasible calma del imperturbable contendor.

Salieron juntos, acompañados por el teniente Ferreira: el capitán caminaba adelante, con paso firme; lo seguían los dos tenientes en silencio. Aquella alta estatura imponía. Los hombres más valerosos no son bravos siempre del mismo modo; lo son según las circunstancias en que se encuentran.

Era de ver aquella hermosa figura del militar ofendido, deslumbrante de arrogancia. Erguido y solemne, era una amenaza iracunda que como la espada de Damocles pendía sobre la cabeza del inexperto teniente.

Al llegar á la puerta del hotel, el teniente Arolas, viendo que el capitán no llevaba espada, se detuvo y le dijo:

—Veo que usted no lleva espada: á su elección está la mía, ó la del teniente Ferreira, que es este oficial que me acompaña.

El capitán hizo una ligera inclinación de cabeza al recién presentado, y agregó, fastidiado:

--Sepa usted, señor teniente, que yo no me bato sinó cón mis armas. Pasaremos por el hospital Santa Cruz, y allí buscaré la que ha de vengar tan atroz insulto, y el padrino que ha de certificar el acto.

Todo esto lo dijo con exagerado énfasis, y una aparente serenidad de espíritu, que hacía sospechar que aquel hombre en el terreno sería un terrible adversario.

El teniente guardó silencio muy significativo. En ese instante empezaba á preocuparse de su composición de lugar; porque le había salido un contendiente que no era para augurar, ni remotamente la victoria.

· Caminando en tácita actitud llegaron al hospital Santa Cruz, y el capitán, desprendiéndose rápidamente, penetró en el interior. Los acompañantes quedaron en la puerta fra-

guando conjeturas íntimas sobre la serena altivez del adversario.

Un momento después salía el capitán llevando al cinto una formidable espada: especie de mandoble como para defender el puente de Garillano; lo acompañaba el capitán Rosales del 2º de infantería de línea. Inmediatamente después de las presentaciones de estilo, siguió el grupo por la calle de Córdoba hacia el río. El teniente Ferreira acompañaba al capitán Mauricio y el capitán Rosales al teniente Arolas.

Durante todo el camino se escuchaba la palabra acentuada del capitán Mauricio, narrando los victoriosos lances de espada, nombrando los adversarios vencidos, con tal aplomo y afectada satisfacción en la frase, que empezaba el teniente Arolas, que iba en silencio, á inquietarse, pues no era para menos, ante aquel gigante, su espadón infinito, y por añadidura la calma estóica donde se perfilaba un diestro de sala de armas: decía que empezaba á inquietarse, pues su desmoralización podía adquirir proporciones perjudiciales á su buen nombre.

Ante tan ingrata perspectiva sentía el teniente que se había metido en un berenjenal sin salida; trance demasiado serio para ver

comprometida su buena reputación de due-
lista, ó mejor expuesto, de reñidor; pero aun-
que él era valeroso y lo había probado en
algunas ocasiones, sentía la necesidad de pe-
dir auxilio á su amor propio exagerado, y á
tratar de batirse con estentórea resonancia.
Por fin, decidido á todo, pidió á un arranque
de su alma el suicidio de sus vagos temores,
y encarándose con resolución consigo mismo,
se dijo entonces: «A lo hecho, pecho; y ade-
lante».

Serena la noche, plácida, besada por la
brisa de la diáfana corriente, convidaba á la
aventura. Muda soledad sofocada por el ar-
cano: sin rumores importunos, se brindaba
para el lance. La luna brillaba con todo su
lánguido esplendor, hermosa, grande, redonda,
como para alumbrar con luz á propósito tajos
y estocadas. Aquello iba á ser una mara-
villa: ni un alma, todo callado y pálido por
el barniz sideral: sólo se vislumbraba á lo
lejos las luces intermitentes de los buques en
el puerto, como fosforescencia de las ninfas
del río.

Una vez que llegaron á la barranca, des-
cendieron á la planicie que le sirve de base,
y allí á la silenciosa, casi apagada voz del
capitán Rosales se detuvieron en un lugar

elegido por este oficial para el entrevero.

El teniente Arolas, queriendo ocultar el síntoma de desmoralización que lo embargó al principio, rápidamente, con actitud resuelta se sacó la blusa, y en seguida se desprendió los tiros, desenvainó su espada, al mismo tiempo que se encomendaba á la Virgen por si acaso.

Su adversario, mientras tanto permanecía de pie, erguido, envuelto en un silencio augusto. Al ver esta apostura académica de bravo inmortal, Arolas se aproximó á Ferreira y con cierta timidez de niño, le hizo ver la conveniencia que habría en disponer que el capitán se quitase el dolman, á causa de que los alamares podrían embotar una estocada: éste siguiendo la juiciosa indicación se lo indicó Rosales, lo que observado por el capitán Mauricio al momento se quedó en mangas de camisa, desenvainando al mismo tiempo la formidable catana.

Como de mayor edad y de grado le estaba encomendado al capitán Rosales dirigir el duelo. Entonces ordenó á los dos contrincantes que se pusieran en guardia. Así lo hicieron al instante, y esperaron la señal de «Empezad». La voz fué dada, pero los due-listas se miraron como escudriñando intencio-

nes, como esperando un momento oportuno; pero no se movieron de su puesto.

En este momento, la luna, con todo su pálido fulgor reflejaba un tinte espectral sobre la faz del capitán Mauricio, dándole un aspecto extraño, sin poderse distinguir bien distintamente la impresión que lo dominaba. La supersticiosa fantasía bien hubiera podido forjar en este caso un lance de duendes.

El teniente firmemente resuelto á una lucha desesperada, esperaba un simple amago de su adversario para lanzarse sobre él, con el ánimo de producir choque de armas para anular el golpe de su temible «gladium», y salir de una vez de esa situación de recelo por un supremo esfuerzo; pero con gran sorpresa de todos los concurrentes, el capitán Mauricio, retrocedió dos pasos y con un acento que no era el terrible de la conversación del camino, exclamó:

— ¡Vea teniente! Yo no me bato con usted; porque lo voy á matar. Repugna á mi conciencia un asesinato. Yo soy un esgrimista. En este arte usted es un poroto.

Entonces el teniente sintió renacer su confianza y con marcada ironía, le replicó:

— Usted, lo que es, más que esgrimista, es un consumado «cagonista».

Sin embargo, el teniente conservaba todavía algún recelo por la anterior mímica teatral del capitán; no atinaba á convencerse que había sido corrido con un partido de truco.

Rosales intervino entonces y los obligó nuevamente á ponerse en guardia; pero ya el teniente que había comprendido á su adversario, se le fué encima y le sacudió como tanteo un palo; tal vez la presteza con que lo empujaba la reacción ofensiva, hizo que la espada fuera mal dirigida.

Entonces el capitán retrocedió y se puso fuera del alcance de la torpe espada del teniente y bajando el arma, exclamó con voz temblona:

¡Señor teniente! Yo no me bato con usted. Existe de por medio una razón poderosa. Soy corto de vista. Si usted desea el duelo venga mañana á las diez, en este mismo sitio, y sabrá usted quién soy yo.

El teniente se guardó bien de insistir ante este triunfo inesperado. La bofetada quedaba escrita con letras de fuego en la picota de la fama.

Así concluyó este romance que presenta el más típico ejemplo hasta dónde puede dominar é influir en un ánimo valeroso, la artística simulación del valor, declamado con

garbo de altanería por un hombre hercúleo y bien armado.

Cuando el teniente Arolas narraba en la intimidad el suceso, decía que jamás en ningún lance había ido tan preocupado como en este caso: creía con certeza que era un sacrificio seguro que iba á rendir en homenaje á su honor.

CAPITULO VIII

EL MAYOR AGUILERA (1)

—:—

(ROMANCE DEL TIEMPO DE ROSAS)

—

Una de las diversas causas del rigor y del irónico desprecio del despotismo es la decepción que asalta alguna vez al hombre predestinado al imperio sobre los demás.

En el continuo contacto del que impera con el egoismo y la falsedad de los que lo rodean; se hace entonces desconfiado é indiferente, alguna vez, hasta la impasibilidad. Herido por amargos desengaños y agriado su corazón por la ruin bajeza humana, el desprecio entonces reemplaza la consideración, que debe á sus semejantes: ese arrogante menosprecio que siente por seres tan abyectos que se encierran herméticamente en la hipo-

(1) El argumento de este artículo, ha sido tomado de un relato del Señor D. Ventura Martínez, que fué amigo de Aguilera, el cual lo obtuvo de este mismo Señor.

crecía más refinada; y pasan por toda clase de ultrajes, hasta servir de corceles de tiro al carro triunfal donde se conduce entre alaridos de plebe y charangas bárbaras el retrato del dictador por las principales calles de Buenos Aires, de esa Buenos Aires, de cuyo seno errumpieron los heroismos de la independencia argentina, se conduce al templo para ser colocado en el altar mayor, ni más ni menos que parodiando una escena de los siniestros tiempos de la decadencia del imperio romano. ó de la época de los faraones.

¿Qué juicio formaría Rosas de semejante acto?

Muchas veces me he hecho esta reflexión cuando leía todos los juicios que se han escrito en pró y en contra sobre el General D. Juan Manuel de Rosas que indudablemente le cargaron un poco la mano sus enemigos, y no fué exento de atroces calumnias.

Y cuando presentamos en parangón la época de ese soberbio dictador, con la actual, se cree que es una visión de cinematógrafo, que de una noche oscura pasa derrepente á un día claro iluminado por la luz de un sol de Enero. Esa radiante luz vivificante y generadora, esa luz de las instituciones y de la libertad.

Rosas en la historia surge grande á su modo, hasta en la tiranía brutal é irrespon-

sable con que dominó al país; la hipocresía nunca ocultó sus procederes, había algo de noble en esa alma cruel y fuerte, y compasiva á la vez; fué factor de un sistema detestable que él creía en conciencia ser el único que podía salvar á su patria de la anarquía, y de los desórdenes que venían estallando con cruel desdoro de la nación, desde el año veinte. Escudado con las facultades extraordinarias que sólo el miedo y la desconfianza en la seguridad del país, pudo concederlas, llegó á figurarse que era invulnerable, que aquellos actos arbitrarios generados por una voluntad absoluta, y toda la sangre derramada durante la época de su gobierno, tenía la sanción de esa ley inexorable y única, y que legalmente nadie le pediría cuenta; importándole un bledo la responsabilidad que asumiría ante la historia por tan prolongado régimen tiránico. Pero habrá que convenir que el fué un patriota á su modo, como él en conciencia lo sentía, y que hizo respetar el honor de la nación por el extranjero.

Cuando uno estudia sus actos, que todos son expuestos á la luz del día por él mismo, con su verdadero y singular colorido, se admira de aquella mezcla continuada de generosidad magnánima y terribles crueldades, re-

flejadas con el hielo irónico de la muerte en sus úkases, de los que él solo se manifiesta autor, cuando sabía bien que tácitamente tuvo también colaboradores, cómplices de alta alcurnia, y aún instigadores y verdugos complacientes de esos hechos que en ciertas ocasiones, asumieron el horror de la hecatombe; y sin embargo, nunca en la adversidad salió de sus labios una acusación (1) y que pudo hacerla porque fueron muchos los ingratos, una acusación, que pudiera herir á los hombres que lo rodearon, que lo aconsejaron ó aprobaron sus actos durante su despotismo de veinte años, jamás señalado por una protesta de sus correligionarios; y al mismo tiempo que sin ambages demuestra su rigor inflexible, se presenta grande y generoso en determinados casos, demostrando por ciertas manifestaciones de su corazón que no estaban cerradas las puertas de la piedad en su alma, ni la lealdad del caballero y que sabía respetar y aun admirar la fortaleza de la desdicha, cuando encarnaba un carácter enérgico,

(1) La única queja que conozco de Rosas y que fué con sobrada razón, es la que expone en una carta dirigida al Sr. Rojas en la que se lamenta de un individuo á quien debía su fortuna y lo trata de ingrato.

como lo demostraremos más adelante con el caso del Mayor Aguilera.

Sobre este tópico podíamos recordar cuando su mortal enemigo el general Lavalle, llega á su casa fatigado y reposa en su propio lecho, y Rosas que lo tiene en su poder no interrumpe su sueño, lo despierta con un abrazo. Esa acción tan noble es digna de un buen corazón.

Se ha dicho que Rosas tuvo la influencia retrógrada de su tiempo, que era una época de ignorancia y de retroceso, pero los que tal piensan se olvidan que su época alcanzó la de Rivadavia, San Martín, Guido, Dorrego, Valentín Gómez, Vicente López y Planes, Manuel García, Julián Segundo Agüero, Luca, Florencio y Rufino Varela Echeverría, De^l Carril, Vélez Sarsfield, Lafinur y toda esa pléyade de ilustres argentinos que no señalo; y otros que más tarde en la emigración brillaron como lejanos astros que daban luz á la tenebrosa patria.

En cuanto á los militares, formaban el conjunto los más esclarecidos generales de la independencia y del Brasil, de modo que la sociabilidad argentina ostentaba su representación en las más eminentes ilustraciones del país, siendo entonces el reflejo de la civiliza-

ción del país, encaminado en la ruta del progreso en que sobresalían las naciones del viejo continente.

Luego no hay que decir que Rosas fué el efecto de la barbárie de su tiempo, cuando esa época marcó el apogeo de las letras argentinas y la cúspide de la gloria militar deslumbrante en las campañas anteriores.

En los actos cénsturables de Rosas habrá siempre, cuando el dictamen sea basado en la justicia, que distribuir equitativamente las responsabilidades; en otro caso se presentaría como una historia escrita por las víctimas de la dictadura, ó por sus adversarios políticos, los que no dejarían por cierto de cargarle con el ominoso peso de sus hechos, lo racional es que por partes iguales cada uno tenga lo que le incumbe, y entonces veremos que recaerá este severo juicio sobre aquellos que por odio de partido ó por sumisión incondicional, no se opusieron á sus primeros avances. Los errores suyos, puede decirse, que orgánicamente le pertenecen eran debidos á su primitiva educación y á su carácter inquebrantable; fué un hombre colonial educado en el dominio absoluto de la estancia, con todos los accesorios del señor feudal; revelándose cruel ó justiciero, á la menor

contrariedad. Especie de atavismo primitivo que resurge algunas veces en seres dotados de esa fuerza desconocida.

Entre las dos tendencias antagónicas que en ese tiempo pugnaban entre sí, la ciudad con su orgullo urbano é insolente altanería, y la campaña astuta y disimulada mordiendo en silencio la cadena, prefirió el medio en que se había educado, sin contrariedades ni oposiciones, imperando como señor de encomienda, siendo respetado y temido como jefe; clarovidente; entonces auguró en su ánimo el triunfo de las multitudes inconscientes por su número, por su cohesión, por su pujanza y por su obediencia y disciplina, sobre la anarquía ambiciosa y altanera de las ciudades, que malograron siempre el predominio por las rencillas de aldea en que consumían el fuego sagrado de los grandes principios, para que él después pusiera en orden severo á todo ese desbarajuste político, haciendo reinar la paz en Varsovia, organizando un poder absoluto y un ejército que aunque rudo é ignorante estaba regido por una disciplina de fierro que unido á su espíritu de raza, durante veinte años fué invencible.

El dominio absoluto sobre sus subordinados se encuentra en él desarrollado desde niño;

las tendencias amplias de su noble estirpe, su ambición legítima y disimulada en el principio de su carrera lo acicalan á ser superior á los demás, como lo fué en el orden de su despotismo; no solamente es la emulación de elevarse que lo impulsa, pretendiendo ser el primer argentino que restaura las leyes de su país, sino el deseo de castigar con la humillación y el desprecio, el desdén y la ironía con que alguna vez había sido flagelado por las personas de la ciudad; de manera que cuando él principia á actuar ya se encuentra prevenido para el desquite, y esto en su espíritu estaba mayormente inculcado; porque no olvidaba que era el viznieto del conde de Poblaciones y por lo tanto su sangre azul era garantía de su altivez; esa sangre azul que hirvió, talvez, en las venas de algún cruzado de Godofredo de Bouillon y que por atavismo cruel vino hasta el dictador argentino.

Es muy posible que si el coronel Dorrego hubiera vivido, y Rosas se encontrara en el poder y en condiciones de tomar la revancha, no le hubiera perdonado aquellos ultrajes irónicos que le arrojó en pleno rostro en el Fuerte.

Más tarde demostró por actos de severidad ó por las carcajadas del histrión que su sáti-

ra y su burla despreciativa, alcanzó con razón á los que en el tiempo en que empezaba á lesempeñar su rol preponderante fueron irónicas y perversas de lengua con su persona, y que hoy en el momento solemne del miedo se doblegan pusilánimes á todos los caprichos del tirano, para en seguida en la adversidad, cuando lo ven caído y desvalido arrojarle toda la responsabilidad de actos que jamás produzco en ellos una protesta, esos cínicos ingratos que le debían algunos de ellos su fortuna, adquirida á costa de su generosidad.

La notoria personalidad del General Don Juan Manuel de Rosas necesitaba que su figura histórica después de un período de tiempo tan prolongado, bajase á la escena de la historia para ser discutida su actuación en los veinte años de su gobierno absoluto, necesitaba, que un último historiador contemporáneo, que en honda meditación del pasado, y estudiando los escritores que le han precedido y han producido juicios sobre el dictador argentino, se destacase como un escritor de nota, que empleara en su taller intelectual largos años de estudio y de meditación, y que aquel que tomase la responsabilidad de tan árdua empresa no fuera amigo ni ene-

migo en la exposición del dictámen, é hiciera el análisis razonado de personaje tan complejo y de su prolongada actuación dictatorial.

Este ilustre historiador es el sociólogo distinguido y técnico, alguna vez, en aumentada proporción Dr. D. José M. Ramos Mexías, toma la pluma sereno, sin que le tiemble la mano: porque va á transmitir al papel los ecos de su conciencia honrada, recordando lo que dice Tácito: *que la historia debe escribirse sin amor y sin odio* (1) indudablemente con el propósito de sincerarse el ilustre romano de su parcialidad en favor de la familia Flavia: pero que ha quedado como máxima imperecedera para colocarse en el frontispicio de cualquier libro de historia.

El Dr. D. José M. Ramos Mexía con la calma y la ilustración de sus prolongados años de estudio, y desechando la calumnia y los rencores partidistas, ha enriquecido las letras argentinas con el libro más completo que en mi opinión, se ha escrito sobre Rosas y su tiempo, como es el título de tan brillante elucubración: está modelada con imparcialidad marcada, hasta el punto que uno llega allí á

(1) Sine ira et studio.

admirar en algún momento á aquel mandatario absoluto, de aspecto señorial y de hermosa estampa, sugestivo en todas sus manifestaciones que todo lo atrae en su contorno como un vértigo del espasmo del temor, cuya excitación cerebral marca un objetivo fijo, y absorbe el conjunto que lo rodea en temible convergencia hácia su persona, y constituye una época, arreglada simétricamente á sus proceder y sistema, sin admitir protestas ni contrariedades de ningún género que por otra parte, entre sus allegados nadie se atreve á hacerlas. Entonces todo desaparece para encerrar en el círculo de la dictadura á la luz del día, sangrienta, pero honrada, la vida somnolienta de una sociabilidad extraña á los grandes progresos que desenvuelve la libertad; y que fatalmente dura veinte años.

El estudio del ilustre escritor es casi completo, digo casi completo, porque á sabiendas el Dr. Ramos Mexías ha callado cosas que pudo dar mayor realce á la época que él describe; sin embargo, dice lo suficiente, para dar á conocer los factores que germinaban activos en ese tiempo; allí se ven retratos pintados de mano maestra, parecen sacados del natural, de relieve se presentan con sus

verdaderos caracteres (1) que son el exacto reflejo de un tiempo, mucho más agitado que el de La Bruyere. (2)

Es ámplio el estudio que el Dr. Ramos Mexía ha hecho sobre su héroe favorito, su base fundamental y la prueba de los hechos, está en los documentos de la época, y la tradición que alcanza hasta aquellos que con verdad la trāsmitieron, y en el desarrollo del conjunto de la vida social y política, destacándose en todo momento la figura ora altiva é impasible ó campechana ó irónica de Rosas, destilando generosidad, cureldad ó piedad en ciertas ocasiones, aquella tenacidad calculada hecha hombre, encarnada en tan bella estructura.

Por el documento que ha vivido al través de los años puede muy bien resucitar esos tiempos sombríos, tan amargos en los que se

(1) Por ejemplo la esposa del dictador, la distinguida señora de Ezcurra cuya entereza admira y su talento político para sostener la política de su marido, cuando éste está patrióticamente expedicionando al desierto.

(2) El distinguido psicólogo Dr. Ingenieros hablando de este moralista dice—Psicólogo empírico que conoció el alma humana antes de inventarse la psicología fisiologica, y experimental.

da la muerte sin ley y se vive sin amparo.

Si se desea conocer el lenguaje parlamentario de la época, dictado por el temor, es cierto, donde se fulmina á las inmundas crias de los salvajes unitarios y se eleva la adulación á Rosas hasta el ridículo, el dicterio y la alabanza al mismo tiempo como una mezcla de serpientes entrelazadas, resonando su eco temerario en el santuario de las leyes, todo lo encontraréis en el libro de sesiones de esa época.

Si se desea oír el anatema sacrílego, los ultrajes nauseabundos en el púlpito contra los enemigos del dictador, en ese púlpito donde los Bossuet y los Masillón argentinos lo hicieron estremecer con su elocuencia ciceroniana, que conmovía á los corazones como palpitaciones del cielo, allí lo encontraréis como alaridos mundanos de crueles pasiones; allí encontraréis en ese libro magistral, toda esa vida amarga de humillaciones que sufrió este pueblo de Buenos Aires.

Cuando el espíritu en profunda meditación se hunde en esa historia sombría que da renombre á su autor que con tanta penetración y talento describe un hombre excepcional y una época sin igual en la historia argentina, que forma un conjunto armónico, uno se

siente atraído por lo original del argumento y devora sus páginas, con una mirada insaciable hasta el fin. En él podrían las generaciones que vienen admirar la magestad de la tiranía cuyo vituperio no sólo pertenece á Rosas, como ya lo he expuesto anteriormente, porque son las masas ignorantes exhuberantes de fibras de acción, deslumbradas por el poder y aguijoneadas por la venganza y el odio á las clases elevadas que lo sostienen á todo trance, y lo levantan sobre el paves como á su más prestigioso caudillo y cuando llega el momento del sacrificio mueren gritando «*Viva Rosas*», lo apuntalan y le dan todo el fuego brutal de su alma, se entregan á él en cuerpo y alma, le dan todo como á su bienhechor mas caro; y en su autoridad depositan toda su confianza: así lo erigen en señor absoluto. Napoleón fué el resultado del carácter francés, impresionable y valeroso. La Francia fué el fiel cómplice de su glorioso despotismo.

En Rosas yo veo un hombre superior, y no un espíritu vulgar como algunos lo califican, que aunque sin ilustración, tiene el instinto del rastreador moral, que le proporciona la aguda perspicacia que lo distingue. Cuando trata á los hombres por esa causa, se destaca con superioridad marcada, y se

admira en él la asimilación á su modo de los deberes que le impone su posición: se eleva por su propio esfuerzo, por su propio mérito sobre los demás, vale más que todos ellos; porque él sólo sin ayuda de ningún talento forma la base de su poder. Es un espíritu fuerte, genial, que se traza un plan y lo ejecuta con una tenacidad calculada sin mirar atrás, y que allana todas los obstáculos pasando por pilas de cadáveres, sin inmutarse, impasible, frío ante las tempestades mortíferas que se agitan en su contorno, todo lo sacrifica á su amor al poder que él cree que es la patria, se figura que es un predestinado á salvarla. En este sentido es un iluminado original; pero digno de estudio.

Y sólo es preciso ser el efecto de este carácter singular tan digno de asombro, para asumir la responsabilidad de veinte años de gobierno despótico, cristilizando la tiranía en un país civilizado, al que cierra todos los progresos: sin meditar un instante en la gloria de haberlo constituido dándole sus hermosas libertades.

Comprendo que pudo haber gobernado con mano fuerte un año, dos años; pero veinte años, sólo se explica por la sugestión tenaz é ineludible del vértigo que lo conmueve, insa-

siable del mando, al que sacrifica su gloria que la pudo haber tenido imperecedera haciendo lo que hizo el General Urquiza después de Caseros; su fortuna que era considerable y honrada, su bienestar que hubiera sido inmenso ante la satisfacción de ver grande y próspera á su patria en medio de los adelantos y progresos que surgen de la libertad. Ante obra tan magna la posteridad le hubiera levantado su estatua; sí, una estatua de oro.

Así creemos que Rozas fué un tirano de buena fe, incapaz de resistir la tendencia neurótica, orgánica, que le señalaba el objetivo fatal que lo hundía en el abismo de la execrable memoria que lo asalta; y que lo hacía esclavo de una obseción. Arraigada en él la creencia de que su sistema de gobierno constituía el más adecuado para este país anarquizado constantemente; ciego, siguió sin variar de camino el propósito que tenía en perspectiva; el impulso psicológico lo hizo sacrificar todo al delirio de la fuerza bruta, más habrá siempre que convenir que él representaba una clase social conservadora que también es la responsable.

Aquí podemos decir como aquel cínico revolucionario del noventa y tres: «Son grandes porque los mirais de rodillas».

Sin tener la intención de hacer un retrato del general Rosas, á pesar mío me he detenido un instante haciendo un modesto juicio al correr de la pluma de este hombre extraordinario, hasta el punto que he olvidado el título de este artículo.

*
* *

Estamos allá por el año 1842. El procurador Aguilera, así se le denominaba entonces, constituía un transeunte conocido en las casi desiertas calles de Buenos Aires de aquella triste época; por su filiación unitaria, inspiraba prevención, desconfianza, y recelo; sin embargo, era un tipo de aspecto marcial, atrayente que dominaba con la sugestión de sus hermosas dotes morales. Su cuerpo fornido y bien proporcionado, envuelto en fuertes músculos que parecía un revestimiento de fibras de alambre de acero, demostraba que se había endurecido en los trabajos de la vida. Sobre esa envergadura de león se erguía una hermosa cabeza de lindas y simpáticas facciones, iluminadas por dos ojos grandes, negros, de cuyas órbitas refulgían destellos altivos, serenos, sugestivos: su nariz aguileña le señalaba distinción, sus labios sexuales constituían la semblanza de un ente bloqueado y

en constante lucha por el amor. coronados por escaso bigote. correctos y bellamente proporcionados á la vez, atraían cuando jugueteaba allí una sonrisa enamorada acompañada del escintilar ardiente de sus ojos, ó en otro caso, en el momento en que se dilataba burlesca, pero siempre inofensiva; podría muy bien decirse, que en su proporcionado conjunto el procurador Aguilera constituía un hermoso modelo de hombre argentino, apesar de las canas que en montonero desorden brillaban en su espesa cabellera, y los amargos surcos de su frente dilatada y noble, atestiguando que los trabajos y los prolongados sufrimientos lo habían envejecido, en apariencia, bien temprano: á los cuarenta y cinco años. Inteligente é ilustrado, curaba su melancolía interna leyendo toda clase de libros, hasta adquirir en su conversación un estilo florido, y por motivo de su profesión accidental ciertas nociones de derecho; barniz de ilustración que lo hacía aun más simpático.

Militar en otro tiempo, en su carrera se vió elevado hasta el grado de mayor. Arrogante oficial de caballería, era un brillante centauro cuando clavaba su cuerpo sobre el brioso corcel. Desde Ituzaingó había rodado por los campos de batalla con bizarría, siem-

pre al lado del general Lavalle cuya memoria veneraba como un fanático obsesionado por un recuerdo sagrado.

Vuelto á Buenos Aires se le había dejado tranquilo, apesar de su latente exaltación, que alguna vez indómita saltaba al exterior sin miramiento alguno, lo habían dejado tranquilo, decía, á causa de las viejas vinculaciones de amistad que lo ligaban á ciertos personajes de la situación; pero su ánimo preso siempre de una continua exitabilidad, lo hacía abusar de esta generosidad federal, hasta el punto de ser irónico en la crítica que fomentaba de los actos del dictador. Decidor en demasía, no tenía pelos en la lengua cuando se indignaba por la crueldad de sus adversarios. Sin embargo, que prevenido estaba de observar otra conducta más prudente; porque su charlatanería incendiaria podría acarrearle más de una zozobra. No obstante estos buenos consejos, no escarmentaba, pertinaz recalitrante de cuando en cuando asomaba en su espíritu la obsesión que lo dominaba. Alcanzaba su osadía hasta tener el retrato del General Lavalle en su cuarto de dormir adornado con flores y cintas celestes, y colocada por banda en el pecho del héroe de Junín la divisa con los colores nacionales que en

Martin García, antes de iniciar la campaña libertadora, repartió entre sus allegados.

Todas las noches antes de acostarse permanecía meditabundo frente á la imágen querida, absorto en la sagrada memoria que indestructible, latente, dolorida, vivía en su alma.

Sus convicciones políticas estaban profundamente arraigadas, como un remache en esa conciencia tan enérgica y tan pura. Consideraba al General Lavalle como el mártir más abnegado de la causa de la libertad argentina, sacrificado en aras de la patria, como la única protesta del pueblo de Buenos Aires, contra la tiranía; después de aquella sangrienta y desgraciada de la insurrección del Sud.

Aquel espíritu, alegre en apariencia, sufría en la patria la nostalgia de la patria. Pasajeramente se serenaba y escondía en lo más profundo de su pecho la negra hiel de su corazón. Vivía aherrojado por la congoja oculta y cruel que lo despedazaba con sus garras de Harpía, y más de una vez pensó en el suicidio. Sin embargo, apesar de esta situación embarazosa él tenía un gran consuelo, de esos consuelos que son raros en la vida. Entre sus enemigos políticos contaba con un verdadero amigo; no todo lo que rodeaba

á Rosas era odio y desencanto, ese noble amigo, aunque en política los separaba serias divergencias, era el Coronel D. Juan M. Larrazabal, hombre culto y distinguido, de alta alcurnia y que apesar de su aspecto severo, había hecho mucho bien á las familias de los emigrados que se veían condenadas á la indigencia; sobre todo lo que lo enaltecía, es que jamás se manchó con ningún acto indecoroso. Constituía un excelente carácter; solícito en su trato, le repugnaba todo acto bárbaro. Es verdad que él era federal, más su credo político representaba un principio que fué el que proclamó Dorrego en el congreso del año veintiseis.

Leal en sus procederés, consecuente al cariño y á la amistad, siempre fué el mejor amigo que tenía Aguilera y su salvaguardia muchas veces.

Los vínculos que los ligaban eran indisolubles, fortalecidos por la desgracia que había consolidado esa amistad de veinte años: lo amaba verdaderamente y alguna vez lo ayudaba en sus necesidades. No era por cierto uno de aquellos seres abyectos á quien se refiere Mary, cuando dice: que un amigo no es sinó un hombre que os engaña más políticamente que otro.

Larrazabal conociendo la irreflexión y la intemperancia de Aguilera, siempre le pedía que fuera medido en sus conversaciones, y nunca imprudente en los juicios que hiciera sobre el restaurador y siendo muy amigo del jefe de policía evitaba que lo incomodaran.

Pero las impremeditaciones del loco Aguilera, como se le denominaba entre sus relaciones íntimas, no tenían valla: apesar de que él sabía bien que estaba indicado de salvaje unitario, y que alguna vez le habían lanzado el epíteto como un insulto, seguía atropellando todo miramiento y no perdía la ocasión de lanzar críticas mordaces sobre los actos del dictador; alcanzando su borrachera de palabra hasta el caso, que un día en una reunión en el café de catalanes, si mal no recuerdo, justificó la conducta del general Lavalle é inauguró su estatua por ser el libertador desgraciado de un pueblo bárbaramente tiranizado. Los que lo rodeaban, que no lo querían mal, hicieran todo lo posible por hacerlo callar, más el enardecido continuó en el mismo tono; un instante después estaba solo, todos habían desaparecido de su contorno. Sólo él, con su natural arrogancia desafiaba inerte al despotismo más grande y menos hipócrita de la América.

Al otro día de esa escena, á eso de las seis de la tarde del mes de Junio, en una obscura noche helada como la muerte, un embozado se detenía en la puerta de la casa de Aguilera, que moraba en los suburbios de la ciudad, y suavemente golpeaba la puerta de calle.

Aguilera, preocupado siempre con su triste situación, al oír un segundo golpe, recordó la escena del café en la noche anterior, y terriblemente aumentada, abarcó las consecuencias de su imprudente conducta: vió la muerte de cerca; pero no se arredró, al contrario, pidió alientos á su ánimo para encararla con corage, se conformó con las resultantes de la situación que él, improvisador, había desafiado con tanta insolencia, y supuso con certeza, que había llegado el momento de vender cara su vida, que por otra parte, en algunos momentos le era detestable, y con el corazón sereno, armado con un viejo trabuco y el puñal de sus campañas, con la precaución de un hombre prevenido se aproximó por un costado á la puerta y gritó sin miedo, con arrogancia:

—¿Quién es?

Una voz disimulada, silenciosa, que trataba de disfrazar el tono, contestó:

—¡Yó!

—Con mil diablos, ¿quién es Vd? replicó el dueño de casa.

—¿No me conoces, Aguilera? Abre pronto... vengo á salvarte.

—Pero ¿quién es Vd.?

Entonces el desconocido con marcado desagrado y visible impaciencia, exclama:

—¡Animal!... sóy yó, Larrazabal.

Aguilera abre entonces la puerta y aun dudando, exclama al ver la negra silueta del embozado:

—¡Qué te había de conocer!

Larrazabal lo toma de un brazo y lo conduce á su cuarto increpándole sus desaciertos. —Al fin, tus imprudencias, le dice, han dado el resultado que te había previsto; sólo un bruto como tú es capaz de poner en zozobra á sus amigos. Vengo á decirte que el jefe de policía, que te estima, me acaba de comunicar que esta noche ha recibido la orden de prenderte y hacerte conducir al cuartel de Cuitiño. Ya sabes, desgraciado lo que eso significa. Vengo á salvarte; todo está arreglado para que te embarques á media noche; toma estas diez onzas de oro y que Dios te ayude; y cuando te encuentres entre los unitarios emigrados en Montevideo, puedes

decirles que aún en Buenos Aires existen buenos corazones.

—Fíjate niño grande, prosiguió, que en este secreto está comprometida mi reputación y mi vida; me acusarían de traidor, que ando amparando á los mas crueles enemigos del restaurador.

—Conmovido Aguilera lo miró fijamente; en su mirada indescriptible fulguró un relámpago de ternura, sus ojos altivos languidieron derrepente y se llenaron de lágrimas, y arrojándose entre los brazos de Larrazabal, tartamudeó enternecido:

—¡Oh! ¡Qué alma tan noble y generosa es la tuya! Por mí te expones talvez á la muerte. Si todos los federales fueran como tú, yo no los hubiera combatido; por salvar á un desvalido de la fortuna, á un infeliz amigo que nada te puede dar, no trepidas en hacer el más grande sacrificio que hacer pueda un hombre.

Larrazabal sintiendo una emoción extraña, pero impaciente, le dice:

—No pierdas tiempo, anda prepárate para el viaje. En tiempos más felices ya llegará la ocasión en que conversaremos de esta aventura. Esto que hago por tí, tu corazón gene-

roso lo hará mañana por otro desgraciado. Anda, no pierdas tiempo.

Apesar de las frases cariñosas y convincentes de Larrazabal, Aguilera no se movía, encerrado en silencio doloroso había quedado meditabundo, parecía que un pensamiento dominante lo retenía clavado frente al retrato de Lavalle.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿qué haces desgraciado? le dijo su amigo con afigido acento.

Aguilera arrancándose de la meditación que lo embargaba, visiblemente contrariado, sacudió la cabeza y enhiesta la frente, exclamó con firmeza:

—¡Nó! yo no me voy. Estoy cansado de ser el judío errante de la desgracia. Es degradante para un soldado de Lavalle andar siempre huyendo, con la cobardía en la cara cual vil estampa de presidario: no es para mi temperamento esa bochornosa actitud. No me voy; todo lo contrario, ahora mismo me voy á presentar á Rosas... y que haga de mí lo que quiera y sabrá el dictador que Aguilera es Aguilera;—y al concluir la frase le temblaron los labios y su mirada escintiló con una luz extraña que imponía.

Larrazabal lo miró con un reflejo de duda y exclamó con triste acento:

—Estás loco; indudablemente tu cabeza no anda bien. ¡Desgraciado! ¿Qué vas á hacer?— Vas derecho á la muerte...

—O á la gloria... Mi vida espinada con la miseria y el sobresalto, hay veces que me repugna; y al concluir la última frase el ayudante de Lavalle gritó á su fiel sirviente Anastacio que le ensillara el caballo.

Larrazabal mientras tanto, había quedado herido por esta cruel contrariedad, no atinaba como convencerlo de lo fatal que sería la resolución que encaraba, más persuadido de la inquebrantable resolución de su amigo, se arrojó en sus brazos, lo apretó con su corazón y le dijo:

—Empecinado, loco.—Ya que no has querido que tenga la gloria de salvarte, con todo el dolor de mi corazón te abandono á tu suerte y salió rápido de la mísera estancia.

—¡Gracias, noble amigo! le dijo Aguilera: si tuviera yo cien vidas, serían poco para agradecerte de rodillas lo que haces por mí; pero hay algo misterioso que me llama á su seno y yo no quiero luchar contra el destino.

Al concluir la última frase, cerró la puerta de calle, vistió un grueso poncho de paño al mismo tiempo que se hizo traer el caballo, montó sin más armas que su gran corazón y

se dirigió por aquellas calles solitarias llenas de pantanos, en una noche tempestuosa y tan negra que ni se veían las manos, á la morada de Rosas situada en la calle Moreno, que distaba como quince cuadras de su casa.

*
* *

Un cielo negro como el carbón oprimía la ciudad, envolviéndola de tal modo que parecía unida al firmamento como una masa informe.

Si algún transeunte deslizaba su silueta por ese dédalo sin rumbo, semejaba una sombra buscando amparo á duras penas; la luz de los faroles, agonizante y pálida desde el principio, iluminaba únicamente el pequeño contorno de las bocacalles del centro de la ciudad, donde generalmente un viejo y glorioso cañón de fierro servía de poste esquinero, que por más renombre ilustre que ostentara, solamente se utilizaba como palenque para que algún panadero ó lechero atara su matungo. A largos intervalos se sentía alguna vez el paso de las rondas que patrullaban en la noche que al fin se perdía en la sombra.

Un débil resplandor se escapaba de alguna de las ventanas que daban á la calle en la casa de Rosas en la calle de Moreno.

El centinela de la portada del centro se paseaba en la vereda con el arma afianzada, y hacía bajar á la calle á todo aquel que intentara pasar por aquel punto.

Rosas se encontraba en su gabinete de trabajo, de pie y recostado en una mesa; los reflejos de la pálida luz de las velas de dos grandes candelabros de plata iluminaban de lleno su hermosa faz, y dejaba ver todo lo correcto de aquella cabeza escultural; meditabundo, sumergido en lo más profundo de su conciencia, clavaba su mirada altiva en el suelo: en algunos instantes vagaba indecisa como detrás de un pensamiento que le preocupaba, otra vez arrugaba el entrecejo como si apesar suyo se escapara de su corazón una chispa de odio.

De aquel silencio podía muy bien decirse que era el símbolo de la solemnidad del terror.

Quien se atrevía á interrumpirlo en ese instante en que con frío impulso la idea de la venganza, talvez latente, lo agitaba como la convulsión volcánica que se anuncia en el secreto de las entrañas de la tierra.

Solo Manuelita, ese corazón de oro, en algún momento tenía el imperio de la ternura sobre aquel carácter indomable. Se aproximó

la hija querida y le ofreció un mate, con aquella delicadeza tan digna de su persona.

En el instante que lo concluía y se lo entregaba á su hija sin murmurar una palabra, su edecán, el mayor Reyes con aire des-templado pide permiso para entrar, más sin esperar la orden penetra, rápido.

—¿Qué pasa? Exclamó Rosas, con cierto aire de sorpresa.

—¿Qué ha de pasar, Excelentísimo señor! Que el salvaje unitario Aguilera, solicita una audiencia de V. E., y como yo conozco el pájaro, vengo á decir á V. E. si desea que lo mande preso.

—¿Aguilera? exclamó Rosas, aquel que fué ayudante de Lavalle: ese salvajón duro de pelar.

—Si señor: el mismo, contestó el edecán.

Rosas guardó un momento de silencio, parecía que pugnaban en su cerebro pensamientos encontrados, que vibraban en polos completamente opuestos; en seguida, dirigiéndose á su edecán exclamó con imperio:

—Después de un prolijo registro hágalo entrar y mucho cuidado con él. ¡Quién sabe que intenciones trae!

Tomadas todas las precauciones del caso, penetró Aguilera acompañado de Reyes

que no lo perdía de vista. Una vez frente el dictador, se cuadró militarmente, con la cabeza altiva y el corazón sereno; aquel hombre semejaba en ese instante la estampa del soldado sin miedo.

Al verle Rosas, vibró en su faz un ligero movimiento de sorpresa y de fastidio, le clavó la mirada penetrante, iracunda, aterradora, y con tono altanero le dijo:

—¿Qué quiere usted?

—Excmo. señor: no he deseado retardar más mi situación embarazosa. Se que existe la orden de prenderme y mandarme al cuartel del coronel Cuitiño, y para no dar trabajo vengo á presentarme á V. E. para que haga de mi lo que quiera. Puede estar seguro, Excmo, Señor, que no tengo miedo á la muerte, ni á ningún peligro en este mundo; será talvez el único reposo para aquel que vaga errante en el mundo de la desventura.—Al concluir la última palabra clavó fijamente su mirada en Rosas.

—¿Y quién le ha dicho á usted que existe la orden de prenderlo?

—Excmo. Señor! Aquel que viene á ponerse entre vuestras manos, no será jamás el vil delator de un alma caritativa. Ruego al ilustre restaurador que tenga por mi una idea

más elevada, y estoy seguro que V. E. haría lo mismo en mi caso.

Rosas, al escuchar estas palabras se inmutó: la alteración de su semblante fué visible, parece que se avergonzaba de la pregunta y exclamó como para salir del paso:

—¿Es usted el Mayor Aguilera que fué ayudante de Lavallo?

—Si, S. E.

—¿Es cierto que en todas partes tiene usted el descaro unitario de hacer los mayores elogios de Lavallo y las más crueles críticas de mi gobierno?

—Es verdad, S. E. y si esto hago es porque la memoria del general Lavallo viene en mi mente como un recuerdo sagrado.

—De manera que Lavallo es su ídolo, todo lo que usted más ama en el mundo,

—Si, S. E., yo venero su recuerdo, siento por él una afección póstuma indestructible, y aquel que tenga un corazón honrado sabrá valorar el horror que inspira un ingrato.

—¿Es cierto que usted tiene en su cuarto de dormir el retrato de Lavallo adornado con cintas celestes y la divisa unitaria que él al dar principio á la insurrección contra mi gobierno, repartió en Martín García á sus allegados, y que esta divisa la ha colocado usted

en forma de banda sobre el pecho de la estampa?

—Si, S. E. en aquel recinto secreto tengo su sagrada memoria como una pena escondida, porque mi corazón me dice que la tenga; al fin y al cabo es la sombra de un muerto ilustre y querido, que ya no puede hacer mal. Excmo. Señor yo no tengo la culpa, una fuerza misteriosa me obliga á ello.

—¿Es cierto que en el café de catalanes usted ayer ha estado haciendo en alta voz el elogio de Lavalle y diciendo que su causa era la causa de la patria?

—Es cierto, S. E., he sido imprudente, le he de decir la verdad: yo no soy ni un falso ni un hipócrita, y confieso que he abusado de la consideración que se me tiene, apesar de haber empuñado las armas contra V. E.

Durante este coloquio la faz de Rosas iluminábase con un tinte simpático: el ceño adusto había desaparecido y se revestía gradualmente de satisfacción. Se notaba á las claras que la enérgica y sincera actitud de Aguilera ejercía poco á poco un dominio extraño sobre él; tintes magnánimos se vislumbraban en la luz de sus ojos penetrantes y sugestivos.

El cuadro era imponente encuadrado en

un silencio solemne digno de un escenario de Victor Hugo; aquellos cuatro personajes esterioresaban diversos sentimientos en diferentes actitudes.

Todos estaban suspensos en una ansiedad indescriptible; todas las miradas se reconcentraban en aquel terrible dictador que por una sola actitud podía enviar á la muerte al atrevido unitario.

Reyes, estupefácto no atinaba á comprender la santa paciencia del restaurador en escuchar la labia insolente de ese altivo deslenguado; y sin embargo, sentía también por él un fluído sugestivo que lo amparaba.

Manuelita, enternecida, con los ojos bañados en lágrimas adivinaba á su padre; su pecho pronto á estallar sentía por ese débil sér abandonado á su destino, un sentimiento de conmiseración. Aguilera cuadrado, inmóvil, parecía clavado en el pavimento, como si sus pies estuvieran atornillados; ni un músculo de su cara se había contraído, el estóico soldado del General Lavalle fulguraba grandioso. Rosas no había cambiado de postura: sus ojos azules, vivos, penetrantes, especie de vorágine de pensamientos, un instante no se desclavaban del rostro impávido de Aguilera.

De pronto interrumpió el silencio y diri-

giéndose al soldado de Lavalle con tono imperioso le dijo:

—Y Vd. señor Aguilera haría el sacrificio de servirme y serme fiel como lo ha sido con el General Lavalle, y acentuó la palabra general, que era la primera vez que en este coloquio la pronunciaba al referirse al héroe de

—Si S. E. La felicidad de mi patria está en sus manos: si se porta bien tendrá en mí un amigo incorruptible, y le probaré que el mayor Aguilera sabe cumplir lo que promete.

Entonces Rosas sonriendo exclamó:

—No se apresure ¡Mayor! Todavía no, después veremos—le tomó la palabra y extendiéndole bruscamente la mano le dijo con tono expansivo:

—¡Venga esa mano! Se la apretó fuertemente y en seguida con ámplo acento como si le sacaran del corazón algo que le mortificara exclamó:—Así me gustan los hombres. Si todos sus partidarios fueran como es usted, habría hecho todo lo posible por no tener semejantes enemigos, no hubiera omitido sacrificio por hacerlos mis amigos; entonces no tendría tan empecinados adversarios, ni tener que valerme de medios tan severos para gobernar. Espere un momento.

Al concluir la última frase se dirigió al interior de las piezas, y después de un intervalo de tiempo regresó teniendo en la mano dos notas y encaminándose hacia Aguilera se las entregó diciéndole:

—Mañana á la hora de oficina entregue en sus respectivos destinos estos oficios. Ahora puede usted tranquilo retirarse que ya no lo han de incomodar.

—Gracias S. E. exclamó Aguilera y haciendo el ademán de la vénia y un saludo cortés á Manuelita á quien miró con ojos que chispeaban cariño, salió altivo como había entrado, acompañado de Reyes con el mismo paso y porte militar.

Cuando Aguilera hubo desaparecido Rosas dirigiéndose á su hija exclamó:

—¡Qué hombres son estos unitarios! Son fanáticos en sus creencias á la que todo sacrifican. ¡Quién sabe si no tienen razón!

Manuelita encarándose con su padre, con filial ternura replicó:

—Tatita, si usted siempre fuera así, que grande sería y que feliz haría á su hija.

—Niña: cada hombre sigue su destino y el mio está sembrado de espinas. Pero yo como ellos también amo á mi patria, y por ella sacrifico mi bienestar. ¿Dime, saco algún pro-

vecho de este gobierno de acechanzas?... El odio profundo y cruel de mis enemigos y.... talvez la muerte más tarde.

Esta fué la última frase del dictador y volvió á sumergirse en el arcano de su pensamiento. La sombra de lo eterno rozó aquella alma insondable.

Aguilera salió preocupado de la casa de Rosas; la fama del dictador era terrible: la de un tirano sanguinario, sin fé y sin piedad, refractario á todo acto de clemencia. Eso constituía su reputación, hasta cierto punto calumniosa y hubo un momento en que atormentado por amargas dudas lo asaltó la intención de abrir las notas en cuyos caracteres sospechaba pudiera encontrar un peligro para su vida; pero reaccionó y resignado se fué á su casa.

Al entrar después de repetidos golpes á la puerta, salió su sirviente Anastasio más muerto que vivo y de buenas á primeras le dijo que un comisario acompañado de varios vigilantes vinieron á prenderlo y no encontrándolo habían penetrado y registrado toda la casa y secuestrado el retrato del general Lavalle y los papeles de su escritorio.

La excitación cerebral de Aguilera no tuvo límites cuando vió desterrado de su cuar-

to de dormir aquella estampa tan querida; más algún tiempo después se serenó al considerar que su conducta anterior había provocado ese desacato, como él decía, contra la memoria del mártir argentino, y pudo en ese caso valorar en todo lo sublime de la acción, la caballeresca conducta de su leal amigo el Coronel Larrazabal.

Entonces guardé las notas debajo la almohada y se acostó meditando en los raros acontecimientos del día. Un momento estuvo pensando en Rosas, dudando que este hombre tan magnánimo con él, fuera el bandido de la leyenda; al fin serenándose y refugiado en su calma habitual se durmió entre esperanzas.

Al otro día abandonó el lecho muy tarde; se vistió rápidamente, pero con cierto esmero, churrasqueó su pobre almuerzo y salió de su casa con el propósito de cumplir la orden del dictador.

Una de las notas llevaba la dirección para el Inspector de Armas. Allí se encaminó Aguilera al trotecito de su caballo. Al llegar á la oficina, con cierta entereza de hombre resignado á todo, se anunció portador de una nota del restaurador.

El Inspector de Armas no sale de su asom-

bro cuando distingue que el conductor de la nota es el ex-mayor Aguilera, tan conocido por sus ideas antifederales y calificado de salvaje unitario deslenguado; vacila un momento asaltado por la duda, llega hasta creer que en la designación del nombre del dictador pudiera existir una equivocación. Lo hace entrar, su asombro crece; sin embargo lo siente y lo palpa: es el mismo Aguilera con su cara impávida, rozagante y altivo va vestido con su mejor traje, hasta con una flor en el ojal del saco que ha recogido en algún cerco.

—Qué es eso Aguilera usted por aquí, á que debemos tan grata visita, le dice el inspector con acento bondadoso, como si se tratara de un antiguo amigo.

—Señor, contestó el ayudante del general Lavallo—tengo orden del ilustre restaurador de entregar á V. S. esa nota.—El inspector toma la nota, rápidamente la abre; sus ojos ávidos se clavan en los caracteres que son de la mano de Rosas; su ansiedad aumenta, conforme va leyendo, se van cambiando en asombro los reflejos de su fisonomía. Esa sorpresa es agradable; visiblemente brilla en su faz el contento que produce una buena acción y dirigiéndose á Aguilera que ha que-

dato petrificado entre la vida y la muerte, esperando se descubra la incógnita de su embarazosa situación, le dice con sereno y calmoso acento, como para que el ayudante de Lavalle pueda saborear lentamente la satisfacción de la buena noticia:

Senor Mayor Aguilera: S. E. el Excmo. Señor Gobernador, ordena en esta nota, se le de alta en su mismo empleo en el día de la fecha, y que también se les paguen sus sueldos devengados. Ya ve usted hasta donde llega la clemencia del Exmo. Señor Gobernador.

—¿Eso dice la nota?... Tartamudeó Aguilera atónito, al mismo tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas !Ah! Nunca podría olvidar tanta generosidad en pago de mis ultrages.

Ese carácter enérgico al fin había sido vencido: no pudo resistir por más tiempo, su cobardía era disculpable.

—Vea, exclamó el Inspector, veo que usted ahí tiene otra nota, veamos la dirección. Es para la tesorería, vaya á cumplir esta otra comisión que deseo le sea tan agradable como la primera.

Aguilera salió rápido, nervioso, confuso, parecía que en un instante hubiera cambiado

el organismo de aquel hombre. Hasta que grado puede llegar la sugestión de un acto magnánimo efectuado por un enemigo.

Llega á la tesorería, entrega la nota, es una orden de pago por tres mil pesos como anticipo á cuenta de sueldos devengados.

El tesorero lo mira con atención al mismo tiempo que escrupulosamente examina la firma de Rosas.

Aguilera adivina la duda y el sobresalto del tesorero, sus ojos se inflamaron, arrojan rayos de altanería y con tono alto de irracionalidad bien marcada, le dice:

—¡Señor! Vengo de la Inspección de Armas á cuya oficina he llevado una orden del señor Gobernador para que se me dé de alta en el día de la fecha y se me abonen mis sueldos devengados. Si Vd. duda, ruégole mande indagar si es ó nó cierto lo que acabo de exponer. En sus últimas frases vibraron contenida la indignación de un hombre honrado.

El tesorero por precaución muy atendible, quiso cerciorarse de la verdad y mandó indagar con una persona de confianza al señor Inspector de Armas, y como la contestación fuese satisfactoria, ordenó que se le pagasen los tres mil en cumplimiento de la orden de Rosas.

Aguilera salió con su plata, hubo algún momento que sintió escozor en su conciencia y tuvo intención de devolverla, pero reflexionó que eran los sueldos devengados del tiempo que había servido á la patria. Entonces se propuso dirigirse á la casa de Rosas para manifestarle su agradecimiento.

Rosas lo recibió al momento, sus facciones manifestaban contento, su frente no estaba nublada por profundos pensamientos como en la noche anterior.

—Excmo. Señor, le dijo Aguilera, cuando estuvo en su presencia. No sé como agradecer su noble generosidad y yo cumpliré mi palabra.

—Confío en ello y puede Vd. estar tranquilo que nadie lo incomodará.

—¿Y podré, Excmo. Señor, ejercer mi profesión de procurador?

—No solamente la podrá Vd. ejercer, sino que lo voy á recomendar á algunos jueces. Bueno, ahora vaya tranquilo y sea prudente en sus conversaciones.

Al pronunciar Rosas la última frase, le alargó la mano al ayudante de Lavalle, éste se la estrechó y haciendo la vénia institivamente, pues se había olvidado, que no tenía sombrero, se retiró. Al salir al patio distinguió á

Manuelita que estaba hablando con una sirvienta, se aproximó á ella y pidióle permiso para hablarle; ella hizo un movimiento de cabeza afirmativo y por su graciosa faz pasó una ráfaga de simpatía.

—Señorita: no he querido abandonar este recinto sin manifestarle mi cariño y reconocimiento hácia Vd.

—¿Qué es lo que he hecho por Vd. señor Aguilera para que me esté tan reconocido?

—Señorita, las lágrimas de sus ojos, en la escena de ayer noche, me hicieron conocer que en su corazón no se albergan sino grandes sentimientos.

Manuelita miró con ternura á su interlocutor; sus ojos húmedos anudaron su lengua y después de un instante, estendiéndole la mano le dijo: Adios Aguilera sea prudente y no se olvide que ha conquistado una amiga que lo recordará siempre.

Este conmovido le besó la mano y salió.

Sin olvidar la memoria del General Lavalle, cuando hablaba de Rosas lo hacía con respeto, pues creía que alguna vez había de de constituir el país.

Dicen que murió en Caseros peleando contra los brasileras y gritando: ¡Viva el Gral. Lavalle.

CAPÍTULO IX

LA GUARDIA NACIONAL

(INÉDITO)

—:—

A mi antiguo jefe y distinguido
amigo el Señor General J. M.
Bustillos.

¡VIVA LA PATRIA!

—

A este sagrado grito, la milicia ciudadana, ha seguido su arrogante marcha vencedora, por más de trescientos años, luciendo siempre airosa el porte bizarro del soldado de las grandes batallas, dejando en esas etapas de siglos, una magna odisea donde se confunde siempre el ronco rumor de la contienda con las vicisitudes de una vida de héroe.

El tiempo, ese ariete del infinito, que incesante, con lento golpe, trabaja la destrucción de las cosas humanas, todo lo ha hecho desaparecer con esa calma paciente de la indiferencia, hombres, monumentos, tradiciones, ya han desalojado el puesto que ocuparon en la vida con más ó menos brillo, y el

espíritu irreflexivo, su ingrato cómplice, ha completado la obra, borrado hasta los cimientos de los testimonios de granito de una época legendaria; por que debe reputarse el mérito de la hazaña según las dificultades que supere y el fin que se proponga.

Mas: qué importa! que no existan en pie aquellos recuerdos históricos, esos fuertes donde heroicamente nuestros padres resistieron al extranjero, primer baluarte de la civilización del Río de la Plata, esos arcos triunfales por donde pasaron marchitas las famosas banderas britanas prisioneras, esos antiguos cabildos donde la libertad por primera vez lanzó un rugido! Qué importa que haya desaparecido todo eso! si ha quedado el alma de tan grandes hechos, la milicia ciudadana, ese pueblo viril, fuente inagotable en toda época del ejército de línea.

Pasemos revista á esa falange de viejos soldados de otros tiempos: toquemos llamada á los héroes de la conquista, tan olvidados por nuestros historiadores, como si esos, criollos de otros siglos no fueran nuestros antepasados, una viva página de incompleto poema inmortal que cada día que pasa, al que lo investigue, despierta más grande admiración.

Aproximémonos á ellos un instante y contemplemos á esos fornidos soldados de recios miembros y de alta talla, formados en una línea luciente que arroja chispazos de sol, prontos á la batalla, cubiertos con el casco y la coraza que titilan luz, empuñando el enmohecido arcabuz de rueda, la filosa partesana ó la ancha y tajante espada toledana, ó revestidos como estatuas de acero con las medias armaduras abolladas por los golpes de las masas indígenas ó las piedras de las boleadoras pampas, cabalgando enérgicos caballos nacidos en tierra argentina que revelan el impulso airoso que da esa sangre andaluza que corre por sus venas.

¡Vedlos! en diminuto cuadro solitario, destacándose en medio de la inmensa llanura de la pampa que semeja el infinito solemne de la extensión, rodeados de enemigos implacables y feroces que los atacan con el coraje y el número, y el furor de la venganza.

¡Vedlos allí! como una chispa eléctrica centellante que por do quier esparce la muerte y el espanto, respondiendo al ronco alarido de la horda, con el grito sagrado ¡Por la Patria y por la Fé! disputando la victoria palmo á palmo, con el valor estóico de los que no temen la muerte, y venciendo al fin

los esfuerzos de los intrépidos querandíes que se estrellan contra la firmeza y la disciplina de la civilización, y sucumben como bárbaros.

Por no partir desde muy distante, ha de dar comienzo el poema épico con la fundación de Buenos Aires, donde ya el espíritu nacional empieza á aparecer.

Después de este gran suceso que entre nosotros no tiene cùmpleaños, la primera campaña de la milicia ciudadana (1) tiene lugar en 1582. El corsario Eduardo Fontana intenta, por sorpresa, apoderarse de la isla de Martín García, considerando la importancia estratégica de esta llave de las grandes arterias del Plata; mas los primeros pobladores de la ciudad de Juan Garay, que en su mayor parte son criollos, desbaratan sus proyectos y no tiene el audaz lobo de mar otro recurso que echarse al agua.

En 1587, Tomás Candisch, el célebre corsario de ambos mundos, intenta el asalto de Buenos Aires pero sus pobladores corren á la playa á desafiar sus iras, que se calman ante tal actitud, é intimidado se retira.

(1) En Lozano y en la guía de Araujo se encuentra la relación de las invasiones extrageras hasta el general Zeballos.

Aquí se encontraban aquellos criollos de los cuales decía á Felipe II el Tesorero Don Hernando de Montalvo, en carta de Buenos Aires del 12 de Octubre del año 1585. « *La gran necesidad que estas provincias tienen al presente es de gente española, porque ya hay muy pocos de los viejos conquistadores: la gente de mancebos así criollos como mestizos son muy muchos y cada día van en mayor aumento, hay de cinco partes las cuatro y media de ellos, habrá de hoy en cuatro años casi mil mancebos nacidos en esta tierra: son amigos de cosas nuevas y van cada día más desvergonzados* ».

He ahí nuestro espíritu nacional: celoso de su derecho, altanero, revoltoso y valiente. Esas cosas nuevas que invoca Montalvo, era el espíritu santo de la libertad que ya se revelaba en el pueblo americano de la época de la conquista. Hace más de trescientos años que ya éramos argentinos; desde entonces hemos conservado intacto nuestro carácter de raza, y es sensible que los historiadores de la patria no hayan dedicado más tiempo á la investigación de estos hechos, y se preocupen tan poco del origen de la Nación. Los brillantes hechos de esa época vituperan ese olvido.

Es justo que en apoyo de este aserto se

citen, aunque sea someramenté, algunos acontecimientos.

En 1628 se avistan las naves holandesas en son de guerra y los milicianos de Buenos Aires se aprestan á la lucha, un momento después los competidores inquebrantables de los tercios españoles en la formidable guerra de Flandes. asaltan la Plaza. Encarnizada es la contienda, como segura la victoria de los bizarros soldados de la inmortal Buenos Aires.

En 1658, en otro asalto á esta misma Plaza, el caballero de la Fontaine tambien es rechazado y muerto por los improvisados guerreros de la conquista.

Los lusitanos que asechan como lobos hambrientos la Colonia, se establecen allí en 1680, mas inmediatamente son rudamente desalojados por las tropas de Buenos Aires.

Pointis, el aventurero francés de tan grande fama filibustera, ataca esta plaza en 1698 y es hecho pedazos.

Igual cosa hacen los dinamarqueses en 1699 y son igualmente derrotados.

Allá por el año 1705, por segunda vez se establecen los portugueses en la Colonia, más son arrojados de allí por tropas salidas de Buenos Aires. Más tarde, en 1714 ocupan el

lugar donde está hoy Montevideo, pero una fuerza que se desprende de aquella plaza desbarata su plan artero.

De 1711 á 1720, el Capitan Esteban Moreau se apodera de las islas de los Castillos, pero las milicias de Buenos Aires previenen su temeraria empresa. Al conquistar el perdido trofeo, entre los despojos de la victoria queda el cadáver del audaz aventurero.

En 1762 aparecè el ilustre general Zeballos é inicia su primer movimiento sòbre Rio Grande, que consiste en una prolongada victia. Este mismo general en 1777, emprende su segunda y famosa campaña sobre el mismo territorio (cuyas operaciones debió tener en vista el general Alvear para el éxito completo de la suya) llevando las fuerzas que trajo de España y las milicias de Buenos Aires. invade con discernimiento estratégico la provincia portuguesa y se apodera, después de algunas señaladas victorias, de la base de operaciones del ejército enemigo, que es la ciudad de Rio Grande. La paz viene á interrumpir esa marcha triunfal que acredita dos cosas: las excelentes condiciones del soldado argentino y los talentos de un buen general.

Las invasiones inglesas demostraron el po-

der de la milicia ciudadana, de cuyas filas salieron nuestros más venerados próceres; su fama ha de vivir al través de los siglos. El honor de la jornada alcanza también á las sobérbias columnas británicas; porque los vencidos eran dignos de los vencedores, y si sucumbieron es porque nuestros bravos milicianos defendiendo su hogar con intrépido ardor, se arrojaron á la pelea al rugido de ¡Viva la Patria!

El grito de Independencia es el primer alerta de la libertad Sud-americana, esa guerra civil entre padres é hijos nos sorprende sin ejército; pero lo improvisa la milicia ciudadana y de sus filas salen los famosos granaderos de San Martín y aquellos sobérbios batallones cuyas remarcables acciones viven en la tradición como la llama inmortal del ara antigua. Después de esa iliada patriótica de tan largos años, casi todos sucumben al calor de la batalla y solo queda su renombre escrito en letras de granito en San Lorenzo, Salta, Tucumán, Montevideo, Los Andes, Chacabuco, Maypo, Rio Bamba, Ayacucho y otros grandes hechos de armas de los argentinos, brillantes, ya en la victoria ó en el descalabro.

¿Ituzaingó? Brillante jornada debida al arrojo del esfuerzo nacional.

En 1852 la juventud de Buenos Aires se bate bizarramente durante un año y sus esfuerzos al fin son coronados por la victoria.

Cepeda es el triunfo de la constancia, del valor y de la resistencia. Después de una reñida batalla en que se lucha todo un día, la victoria queda por los que se han sostenido en el campo de batalla, y nuestras tropas de infantería y artillería abandonan ese glorioso terreno donde exparcidos y humeantes se ven los despojos del adversario, y ejecutan la famosa retirada nocturna de 75 kilómetros.

En Pavón atraviesan de frente mirando á la muerte un llano de 2000 metros cruzado por el fuego aterrador de 20 piezas de artillería y la mosquetería de una formidable línea de infantería.

Pehuajó fué el estreno sério de los bisoños soldados campesinos de Buenos Aires. Aunque no saben aun llevar el paso en las paradas, corren vertiginosamente al enemigo al grito de ¡Viva la Patria! y caen hechos pedazos por la metralla paraguaya.

Numerosos son los batallones de Guardia Nacional que combaten en la batalla del 24 de Mayo: en la primera y en la segunda

línea se agrupan los antiguos cuerpos. Unidos á la tropa de línea rechazan el adversario que ataca el frente, y contiene y desbarata la formidable caballería paraguaya que intenta envolver la derecha del ejército Argentino.

En el Boquerón, se encajonan en ese túnel fatal, y formando escalones con sus cadáveres trepan intrépidos á las trincheras enemigas donde hacen flamear las banderas de los argentinos.

En Curupaytí, avanzan con el ímpetu de las viejas legiones veteranas, ó á pié firme, en silencio, sin pestañear, soportan aquel terrible fuego de cañon.

En la Península, en Itaivaté y en Peribebuy, van, ven, y vencen y en otros muchos combates memorables la Guardia Nacional de la República sostiene con bizzarria su antigua reputación.

Estos son los viejos tercios de las pasadas glorias; los jóvenes los habéis ya visto en 74, 80 y 90 siempre los mismos; son la honra de todos los partidos. ¿Acaso en las guerras civiles nuestros adversarios no son nuestros hermanos? Al bravo jamás se le puede dejar de tender la mano.

Los pesimistas, juzgando por ciertos incidentes de la vida social, reputan degenerada nuestra raza; al contrario, se vivifica por la sangre nueva que recibe cada día, y de la Guardia Nacional podremos decir que es el Aquiles de nuestra epopeya. En la paz, es cierto, vive absorbida por los placeres de las grandes metrópolis, tal vez enervada momentáneamente por la molicie; pero á la vista de la espada que le presenta el astuto mercader itacense, se levanta su noble espíritu y su sangre de soldado afluye á borbotones á su corazón.

¿Quiero que se me diga si se puede desplegar mayores aptitudes militares que las que demostraron aquellos doce mil mocetones el día 9 de Julio? Doce horas de instrucción, interrumpidas por semanas, bastaron para que se presentasen á la vista de un pueblo que siempre está dispuesto á la crítica, como si fueran viejos soldados de aguerridas huestes legendarias: erguidos, altivos, llevando el arma con mano firme, el paso desenvuelto y la alineación perfecta.

¿Decidme, hombres de otras épocas ancianos venerables, que habéis subido al calvario del proscrito entre las vicisitudes de una vida miserable, peleando sin descanso por las

libertades de una patria tambaleante, alguna vez, entre los horrores de la tiranía y los desórdenes de la guerra civil, decidme, si al verlos desfilan no habéis sentido en vuestro corazón algo que os estremece: ese grito conmovedor de nuestros padres, ese grito sagrado de ¡Viva la Patria!?

CAPITULO X

EL HOMBRE DE MAR

Mi admiración por los héroes del mar es un culto. Constancia en el sufrimiento, é intrepidez abnegada, son virtudes que alcanzan en ellos la meta de lo humano.

El peligro asaltando á toda hora, hace muy raro un marino pusilánime.

La eterna desolación de los brillantes hielos polares que cual siniestro espejo mágico refleja todos los dolores nostálgicos que oprimen el alma; la inmensidad del océano que semeja lo infinito de la extensión; soledad de abismos donde se levantan olas que parecen montañas errumpiendo rabia, chocando espumosas contra el costado de la robusta nave que se agita estremecida al embate de sus desencadenados caprichos: la tempestad desencajando el huracán con mugidos espantosos; el cañon batiendo formidable la brecha del navío; la granada explotando como un haz de rayos de dinamita sobre la ensangrentada cubierta, donde no se ven más que hombres

valerosos desafiando las bocanadas de metralla que forman una corriente de hierro sin interrupción, desde la boca de la pieza de tiro rápido hasta el triturado blanco, ó resignados esperando que la encrespada ola de furores neptunianos los trague.

¡Ah, solo en el mar podremos admirar ese cuadro!

*
* *
*

¡Cuanta calma estóica no necesita ese capitán que sobre el puente de la acribillada nave, majestuoso como el Marte de las olas, con el antejo en los ojos, en esos ojos de león que acecha su presa vibrantes del coraje de su alma, sigue los movimientos del enemigo y prepara la maniobra que le ha de dar la victoria ó por tumba el insondable báratro! Cuanta insensibilidad de nervios no necesita ese hombre abrumado de responsabilidad que dirige el combate en medio de esa escena de horrores sin nombre que se desarrolla en una pequeña superficie de tablas casi calcinadas, donde en repugnante hacinamiento se ven tronchados brazos, cráneos partidos, despedazados cuerpos, cuyos miembros aún se mueven en un charco de sangre tibia, que hace alguna vez resbalar á los combatientes, aturdidos los unos por el estampido de la gruesa artille-

ría, azotados los otros por las astillas que hacen saltar el choque de los proyectiles, cayendo todos como bravos á la sombra de la bandera que en girones flamea al viento!

* * *

¡Cuanta tranquilidad glacial no necesita ese viejo timonel, en cuyo rostro las arrugas parecen cicatrices de los tajos de la experiencia, que en medio del huracan desencadenado de la metralla se ha confiado á su instinto de lobo de mar el éxito de la jornada.

* * *

Cuanta serenidad de espíritu no necesita el joven oficial de altivo porte; el artillero de ojo de águila; el maquinista que impasible con la negra pipa en la boca, está atento á la voz de mando, como si se tratara de un viaje de recreo á esa voz de mando que puede ser su sentencia de muerte; y todo ese personal que distribuído simétricamente en el radio de los sagrados deberes, tiene que actuar heróico en el peligro, y dirigir el mecanismo complicado de ese buque—ciencia de los progresos bárbaros modernos.

* * *

Es en la escena final de la tragedia donde se destaca con conmovedoras proyecciones

toda la grandeza del hombre de mar. Es entonces que lo veis, en ese terrible momento, firme en su puesto como el centinela que ha recibido la fanática consigna de morir de pié.

El cuadro es imponente no hay pincel que le de ese sombrío vigor grandioso: la luz cárdena del relámpago hiende, como una ráfaga rápida de incendio, de cuando en cuando, el espacio negro de una noche infernal; el retumbo del trueno y del cañon se confunden; á lo lejos semeja el rezo cavernoso de los muertos; el buque desmantelado sin gobernalle, crugiendo con secos estallidos; sacudido por un temblor extraño, vibra cual si fuera á partir: la máquina paralizada: el agua invadiéndolo todo; las bombas movidas nerviosamente trabajan sin cesar: solo se distingue un bloque negro, las luces apagadas, ya no titilan consuelo; la disciplina aún se mantiene incólume en esa tenaz lucha por la vida: horroroso antro á sus piés lo atrae: muge el viento en vibrantes quejidos de agonía; la bandera izada en lo alto del mástil de popa flamea; esa gloriosa bandera no se abatirá nunca; se hundirá en el abismo para gloria de una nación: los lentos golpes en el diafragma destemplado del tambor suenan

como un toque de despedida; todo va á desaparecer sin que quede el más leve rastro del gran día en el lugar de la señalada acción: ni tumba, ni cruces, ni monumento lapidario que ensalce lo sublime; parece un grandioso panorama de batalla que instantáneo, con estrepito bárbaro, va á hundirse en la lóbrega sombra de la eterna noche; el espíritu nacional preside el duro trance: nadie vacila ante el holocausto patrio; un grito solemne, unísono se escucha; vago rumor, ahogado, casi imperceptible que se pierde entre el ruido de las olas y el furor del viento.... ¡Oh! Patria, los que van á morir te saludan! Es el último eco del deber cumplido.... y el mar por fin se abre sombrío en vorágine aterradora y arrastra al abismo en un instante á la soberbia nave.... y de todo eso tan grande, si acaso tuvo espectadores, queda solo el ronco canto tradicional del bardo: la leyenda de los héroes olvidados.

Es en esa férrea escuela en la que se formaron nuestros renombrados marinos; y nunca podríamos hablar de las hazañas argentinas sin recordar á Brown, Rosales, Cerreti, Hubac, Espora, Azopardo, Toll y otros cuyos nombres olvidados se confunden con los héroes anónimos de la inmortal contienda, donde

batallaron con tanto éxito contra el poderío.

Felices las generaciones actuales que tienen antepasados tan ilustres que les han de señalar en todo momento la estela luminosa de las glorias de la marina argentina.

CAPITULO XI

POR UN RAMO DE FLORES

(ROMANCE HISTÓRICO
DE LOS TIEMPOS DE LA BATALLA DE PAVÓN)

Estamos al final de la contienda entre Buenos Aires y la Confederación, controversia que surgió en la revolución del 11 de septiembre, y que más tarde fué inflamada por el provincialismo del norte y el del sur, limitado por el arroyo del Medio.

Del mismo modo que aun hoy se discute si Grouchy pudo oportunamente ó no llegar al campo de batalla de Waterloo, sucede lo mismo con la revolución de Buenos Aires, si tuvo ó no razón de ser. Yo creo que si; porque la impaciencia patriótica del general Urquiza la produjo. El iba rectamente á un objetivo sin preocuparse de los medios. El acuerdo de San Nicolás, aunque nunca pudo considerarse este suceso como un acto constitucional; hoy que han pasado los tiempos, lo encaramos con la lógica de entonces y creemos que fué necesario, y aunque parezca una pa-

radoja debemos encontrar patriotismo en los dos acontecimientos políticos y suponer que el choque se produjo porque faltó el convencimiento por ambas partes, mejor dicho la clarovidencia política de la situación.

Esos tiempos eran, puede decirse, la edad de oro de los románticos de la libertad, época patrioter bonaerense que concluyó en 1861, después de la batalla de Pavón.

Esta batalla fué ganada por las acertadas disposiciones del general Mitre. En este episodio la sólida infantería de Buenos Aires, formada con dos líneas fué irresistible, que más tarde en la guerra del Paraguay demostró dotes especiales de constancia y de valor.

A propósito; ya he nombrado al general Mitre, que después sería el gran ciudadano argentino y primer militar de su tiempo, parece que hoy lo estoy viendo como en aquel entonces: bizarro jinete, sobre su hermoso caballo obscuro, como una columna de granito, con sus facciones pálidas, correctas inteligentes, penetrante la mirada, investigadora, sin afectación, hermosa la barba, y el pelo castaño obscuro, largo, que le caía en lacio donaire, dando á su rostro el aspecto de un Cristo con quepis, bañando esa faz la serenidad de los intrépidos especiales; porque son una mar-

cada excepción los hombres de este temple.

Y ya que me refiero al valor del general Mitre no puedo menos que definirlo con una frase lapidaria de Juan Lavais, decía: «El general Mitre tiene pereza hasta de tener miedo». Es un aforismo típico lleno de observación.

Hace poco se ha publicado un libro impulsado por apasionamientos póstumos y transcribe inoportunamente un juicio ligero sobre la actitud del comandante Mitre como jefe de batería en la batalla de Caseros, olvidándose que el jefe de una batería en el campo de batalla ha de tratar siempre, que sea posible, de ocultar sus piezas en cualquier accidente de terreno, de manera que pueda dañar al enemigo sin sufrir pérdidas; porque la artillería es arma sin defensa propia, pues es la infantería, ó la caballería en último caso, la que la custodia y la defiende.

El ejército de Buenos Aires, vencedor, nos referimos al que había triunfado de la infantería y de la artillería del de la Confederación, como quedara dueño del campo de batalla, algún tiempo después de este suceso con sucaballería reorganizada, entró el 11 de octubre en el Rosario y acampó en sus inmediaciones. Recuerdo que cuando marchábamos en columna

por mitades, alineados como soldados de Federico el Grande, por sus desiertas calles, algo así como por un cementerio de vivos, las puertas se cerraban con hostil insolencia, con estrépido despreciativo, como para demostrarnos á las claras que renacía en sus habitantes la animadversión contra los porteños; que recordaba los tiempos de Lopez, Ramirez y Artigas. Marchábamos mustíos, aunque erguidos, ante esa hostilidad que no esperábamos de un pueblo hermano, y si alguna hermosa esquivada, movida por la curiosidad del sexo, dejaba entreabierta la celosía para presenciar el desfile, nos miraba con ojos atónitos al contemplar los gallardos oficiales de airoso continente, porteños puros, de Buenos Aires, que le habían pintado con tan feos colores y enseñado á odiar, presentándoselos como enemigos de la patria y perturbadores del orden nacional. Todo esto sucedía á pesar de la sinfonía de las charangas descalabradas que tocaban la marcial marcha de Lavalle, con un desafinamiento atroz, y que, por su desbande armónico, se sospechaba que durante el combate fueron acariciadas por una que otra bala de las bizarras baterías del Coronel Nelson, como había sucedido con la banda de música del batallón del comandante Cas-

tro, cuyo tambor mayor, el inolvidable moreno Prado, piruetero de ágil y gracioso desplante, con majestades de rey de candombe, presumía de estatura y lozanía, aunque era el tuerto más tuerto que he conocido en mi vida.

*

El batallón miliciano del teniente coronel don Emilio Castro, creo que impropriamente denominado miliciano, porque este cuerpo era formado en su mayor parte por soldados rebajados que habían actuado en las anteriores campañas; este batallón, decía, fué designado para montar la guarnición en el Rosario. Alguna vez hemos creído que esta elección tuvo lugar como una distinción á sus jefes, cuya actuación social, y en la política porteña, se destacaba influyente, y por su oficialidad, que presentaba muy buen porte.

Aunque el comandante Castro, á quien sus subordinados denominaban «Tacuara», no sé porqué, se mostraba muy severo en el mantenimiento de la disciplina, y se perfilaba rígido en el servicio, siempre fué un perfecto caballero. Duro en su lenguaje por hábito de mando, ostentava, por otra parte, con naturalidad evidente, dotes especiales de carác-

ter y energía para la carrera. Muy recto y relevante en sus cualidades militares, y benevolente al mismo tiempo, constituía un jefe tallado á la antigua, en el molde de aquella adversidad, tan honrosa: patriotas eran esos inolvidables, abnegados que habían combatido hasta el último trance contra la tiranía en la espinosa escuela de los Lavalle y de los Paz.

Hay que ver que esa época de Buenos Aires era especial, forjada por los acontecimientos políticos que había despertado un amor delirante por la libertad y las instituciones, hasta el punto de ser alguna vez injustos con el vencedor de Caseros, cuyo patriotismo inquestionable lo había transformado en manso cordero.

Así, pues, se formó por esta causa un núcleo de jóvenes idealistas que se creían los únicos salvadores de la patria, adorando como ídolos predilectos á los ilustres guerreros que se hicieron notables en las lucha contra el despotismo.

Como concluyo de bosquejar con lacónico rasgos al comandante D. Emilio Castro, justo es que refleje, aunque débilmente alguna grata impresión de su segundo el mayor D. Ri-

cardo Lavalle sobrino carnal del héroe de Río Bamba.

Este distinguido oficial anunciaba un tipo sobresaliente de su raza, alto, de airoso continente, rubio, de hermosa y simpáticas facciones; distinguido en toda forma, cautivaba por su bondad, infundiendo al mismo tiempo respeto por la firmeza de su carácter, por su valor y por la justicia de sus procederés; corazón bien puesto en un conjunto armónico de escultura griega bien definida en sus bellas formas, jovial en su conversación privada, ameno y oportuno, fué siempre agradable su frase culta.

Actualmente en su vejez lo veo con los ojos de mi antigua afección indestructible; reconocido al cariño que él me profesaba, lo admiro del mismo modo que lo admiraba entonces, como hace cuarenta y cinco años, tal es el poder sugerente del calor de un recuerdo que perdura por la dulce impresión que causa.

*

Entre la oficialidad del batallón de Castro existía un joven teniente de aspecto varonil de caballerescas aposturas, que apenas le apuntaba el bozo, á quien denominaremos el teniente X, alto, delgado, rosado vendiendo sa-

lud y contento, aunque no le debía nada á la hermosura. Usaba el quepís requintado y unas botas de charol en cuyas honduras podrían condenarse al ostracismo las piernas de un gigante: inquieto como una ardilla revelaba el perpétuo movimiento de su intelecto brioso en pro de un acto juvenil, siempre todo lo tomaba á la jarana; porque decía que la alegría era la sal de la tristeza; y que era necesario tener una alegría adelantada como la comida del soldado para contrabalancear en el futuro las amarguras de la vida.

Aun en los actos más serios, en los que aparentaba gravedad estoica, que no sentía, se destacaba del mismo modo, Medioeval en sus ideas de caballero andante, aparentaba cierta arrogancia de la armadura. Pendenciero, no por mal carácter, sino por lujo de cuchilladas, vibrava en él un sentimiento de aventura que en época lejana lo hubiera hecho espectable; si mal no recuerdo, creo que su espíritu romanesco estaba ensartado con Amadis de Gaula, Orlando el furioso, Melusina, Los tres mosqueteros y otras disparatadas lecturas que ha fabricado más de un Quijote moderno. ¿Acaso el atavismo no había trabajado en esta elaboración original? No habia bochinche donde no estuviese enrolado

con su invariable compañero, el teniente Maximio Alcorta, otro romántico de primera fila; por lo general actor ostentoso de espada, como él de hermoso tipo, de gran corazón, del que en otro artículo me he de ocupar.

Recuerdo que á causa de una colosal baraunda que había sido el escándalo del Rosario, el mayor Lavallo lo citó á la mayoría del cuerpo y tomando un aspecto severo lo reprendió, no sólo por este desorden, sino por un conato irrespetuoso manteo que debían agrupar en comandita sobre el teniente Folgueras, hermano del que murió valientemente en defensa de Buenos Aires en el sitio de 1853; manteo que hubo de costarle caro; porque este excelente oficial nunca fué mozo de aguantar muchas pulgas.

Entre otras cosas el mayor Lavallo, que apesar de todo, le tenía cariño, le increpó con tono airado.

—Yo ya no sé qué hacer con usted, señor teniente... usted...

No lo dejó concluir el endiablado oficial y le replicó con el acento más respetuoso que se pueda imaginar.

—Mi mayor, en mi acendrado sentimentalismo, lo que yo más deploro y repugna á mis nobles sentimientos de soldado leal y patriota

es que usted siempre tiene razón, si, mi mayor, sobrada razón; pero créame: no soy yo el que tiene la culpa, son las malas compañías que entorpecen como una valla casi insalvable mi camino hacia mi deber.—Y siempre era él el primero que fraguaba y encabezaba estos tumultos de la edad adolescente, en los que con frecuencia andaba de por medio un ramo de flores atado con suspiros entrecortados que jugueteaban entre rejas, tiernas serenatas interrumpidas con ruidos de rotas guitarras, y de cuando en cuando una paliza dada ó recibida por algún deudò herido.

*

Este protagonista genial era íntimo amigo de Luis María Campos, bravo oficial, cuyo comportamiento en el campo de batalla había merecido elogios, por haber presentado como trofeo al general Mitre, una bandera: constituía el reverso de la medalla por su carácter serio, por lo menos dragoneaba solapadamente de tal, más entre los dos existían afinidades simpáticas muy sólidas y un cariño jamás desmentido.

En Luis María ó «chiquitúa» como le denominaban sus amigos íntimos, se vislumbraba ya en su modesta actuación subalterna, lo

que sería más tarde ese intrépido cultor de las glorias nacionales. Teniente como su amigo X desde soldado habían hecho la carrera juntos en la guardia nacional y únicamente se habían separado con sentimiento verdadero en la campaña de Pavón, por haber ingresado el teniente Campos en el batallón de nueva creación 6 de infantería de línea, en el que si mal no recuerdo fué ascendido á capitán, batallón que se organizó en San Nicolás de los Arroyos bajo el mando del coronel Arredondo, y en el cual no quiso entrar el teniente X., porque según él decía:

—Jamás se doblegaría á la gimnasia de la obediencia pasiva, ni á la arbitrariedad bárbara de la tiranía, aunque le halagaba con sugestión misteriosa la abnegación y el sufrimiento del soldado, que lo hacía considerar, como al sér más desgraciado del mundo, más aun que la mujer.

Tenía por costumbre pararse de un modo singular apoyando todo el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, y la derecha medio doblada avanzando hacia adelante, dando entonces á su cuerpo un quiebro gracioso en un desplante que obligaba á la sonrisa.

Alguna vez con cierto desenfado solía decir á su amigo el teniente Campos:

—Te has de convencer Chiquitúa que en nuestro país no existe más diversión que el teatro y la guerra.

Por otra parte este oficial reunía condiciones caballerosas de raza que lo hacían estimar; muy leal en sus procederes; jamás permitía la murmuración sobre un amigo ó una dama; magnificente sin ostentación, nada le paraba en el bolsillo, sobre todo, si se trataba de una hermosa.

*
* *

Entre los ayudantes del general Paunero jefe de estado mayor del ejército de Buenos Aires, se destacaba en primera línea el capitán Hederra: intrépido oficial, que adquirió bizarro nombre en el memorable combate del Pocito, en el que ni el espectro cercano de la muerte le hizo doblegar la cerviz; en esa fatal jornada donde la distinguida juventud de San Juan sucumbiera á «lanza seca», según la frase cruel del iracundo vencedor.

Hederra distinguíase con brillantes dotes por su talento sarcástico; sobre todo cuando al improviso, y en el instante oportuno con su chiste de fuego fustigaba á un cualquiera don

Pretensiones inflado de torpe orgullo: ironía siempre empujada por un pensamiento sin freno. Además sobresalía como notable caricaturista, no tanto por la habilidad del arte, como por el ingenio vivo y punzante, derramado con profusión por una inventiva preciosa. En esta labor no perdonaba á nadie, ni á las más altas jerarquías del ejército. Desde los generales Mitre y Paunero hasta el jefe del cuerpo de ingenieros el sargento mayor don Juan Lavalle (hijo del general) le pagaban tributo con actitudes risibles. Solía ridiculizar al cuerpo de ingenieros diciendo:

—Que la h en su apellido era tan necesaria como el llamado cuerpo de ingenieros al ejército. Burla que hacía tirar piedras al jefe de esta unidad.

Había nacido en la ciudad de Mendoza y provenia de distinguida familia. Su tipo era digno de un característico cuadro de Velazquez: alto, esbelto, de faz morena, de lo ondo de la órbita, saltaban unos grandes ojos negros, enérgicos, insolentes tal vez, su espeso bigote levantado á la española ensayando desdén, orillaban una boca sensual, que encajonaba la sátira, y su perilla á lo Quevedo le prestaba un talante de hidalgo presuntuo-

so, y para completar la composición de la estampa, sólo le faltaba el coselete, la flamante gorguera de encajes, el sombrero de enorme ala, el guante mosquetero, los greguescos de terciopelo negro, la capa española ó el rebosillo italiano, las altas botas de gamusa con espuelas, la tajante de Toledo pendiente de tachonado talabarte y entonces proclamar á gritos, que su hidalguía nacía de la punta de su espada.

Siempre alegre, estaba dispuesto á la broma, frecuentemente, sin intención de mortificar, por lo menos así él lo creía ó lo decía, y muy rara vez majadero; en ese caso fastidiaba enormemente. Como su conjunto era bueno y desprendido, todo esto se le dispensaba; y su sinceridad y valor contribuían á que fuera apreciado y respetado, según el caso; porque la fama de los valientes reñidores en verdad, sigue escoltándolos como su propia sombra, misteriosa alianza, exagerada en el momento que en toda circunstancia se encuentra dispuesta á empuñar las armas platónicas de la frase en defensa de quien en negro color reflejan la silueta.

Su porte altivo y resuelto, de talle gentil, sin ser insolente en el vocablo, alguna vez era teatral en la exposición.

Cuando hablaba parecía que esparcía protección, así como pontificaba mi ilustre amigo, el inolvidable Pellegrini, con autoridad del mando; sin embargo, había en él un filón de vanidad infantil, que escondía solapadamente por no caer en ridículo, pero que á un buen observador no se ocultaba; su espíritu genial era algo que no alejaba: generoso, despreocupado y enamorado, constituía un Don Juan Tenorio de segunda clase, pero de buen corazón, modernizado, que infundía respeto con su renombre.

* * *

Aunque en apariencia parecían cordiales las relaciones entre el capitán Hederra y el teniente X, no lo eran en realidad; pequeñas susceptibilidades los dividían y alguna vez se habían cambiado bromas pesadas y chistes picantes, llevando en esto la ventaja Hederra, por su locuosidad chispeante y talentosa y su calma estupenda, hasta el punto de que en una ocasión en que éste estaba cargoso en demasía, implacable en su ironía, herido en lo vivo el teniente X lo agredió groseramente, apostrofándolo de «Arlequín del Pocito» y de valentón de teatro de títeres, y así entre broma y jarana, en esa ocasión se dijeron

muchas crudas impertinencias, olvidando «que la burla es el relámpago de calumnia», y con referencia al capitán Hederra podría muy bien decirse que rara vez su boca fué prisión de su lengua. La moral filosófica que corresponde á este sabio apotegma no cuadraba en él.

Era de los pocos valientes de buena ley que he conocido de lengua desatada, con talento en el decir.

* * *

La segunda compañía del batallón de Castro, como se le denominaba entonces, mantenía á su cabeza como capitán á don Enrique Haymes, hermoso y hercúleo tipo criollo con acentado tinte de indígena, que erguido sobre el caballo, constituía un soberano jinete, cuyas nervudas piernas no tenían nada que envidiar al más soberbio domador: encargado de una estancia de Miguel Martínez de Hoz, allí se había formado hombre de campo. En sus venas corría la sangre ilustre de Necochea y de la verde Erin; joven era ése de refinada cultura, y muy estimado por sus subordinados.

A sus órdenes militaban en la compañía los tenientes, Montes de Oca, padre del ministro del interior, joven patriota lleno de talento y

de mérito; Florencio Madero, inapreciable por sus dotes sociales y muy resuelto; el teniente X, de quien ya hemos hecho la silueta y el subteniente Bayá, á quien denominaban el manchadito, á causa de un lunar rojo que resaltaba en su cara; buen muchacho y esgrimista regular.

Todos estos jóvenes pertenecían á la mejor sociedad de Buenos Aires y algunos sobresalían en dotes de salón, como por ejemplo Florencio Madero, que donde él se presentaba, puede muy bien decirse que su única personalidad constituía una fiesta, por su talento alegre en el decir, y sus brillantes dotes de músico, de modo que comunmente, solos ó en conjunto, hacían agradable cualquier reunión, y debo agregar que desde este punto de vista por lo general ese era el tipo de los oficiales de los batallones de Buenos Aires.

* * *

En una hermosa noche de primavera le había tocado montar la guardia en el principal (el departamento de policía) á la 2^a. compañía. Este edificio hacía esquina con las calles de Buenos Aires y la de Córdoba y con la iglesia matriz cuyo frontispicio enfrenta-

ba á la plaza 25 de Mayo por la calle Buenos Aires.

El timbre metálico de las 9 de la noche acababa de sonar en el destornillado reloj del cabildo (hoy se dice casa municipal.)

El teniente Madero estaba de turno de servicio. El estrecho alojamiento eventual de los oficiales de guardia asomaba á la calle de Buenos Aires: su mueblaje se componía de un catre medio desvencijado, tres sillas de paja, una mesa de pino donde una pálida lámpara pestífera, de aceite de potro, simulaba iluminar la pieza, todo de un sabor imitable de pobreza franciscana. Aquellos tiempos no eran para derroches. Eso de gastar millones en un edificio era cuento de las mil y una noches.

En el momento que tocaban silencio, haciéndole coro los aullidos quejumbrosos de los perros de la población que parecían dolientes gemidos por los muertos, se sintió un rumor lejano que al aproximarse, distinguióse bien distintamente ser el rutumbo del rodar de un carruaje por sobre las asperezas, ó riscos más bien dicho, del empedrado de ese entonces.

Se detiene delante de la puerta del cuarto de los oficiales de guardia, y descienden el capitán Hederra, el teniente Luis María Cam-

pos, el teniente Keen; y no recuerdo si también venían en el grupo los capitanes D. Alfredo de D'Amico y Dardo Rocha.

Hederra, muy ufano, lucía un hermoso ramo de flores que según él decía autenticaba con perfumes divinos, la brutal contrariedad de no haber podido hacer llegar el fino obsequio á las manos de una señorita de Souton, por la que locamente sufría enormes simpatías que lo descalabraban

Entraron en tropel, contentos, con la alegría juvenil de la edad, en la que de todo se hace fiesta, y se posesionaron de la pieza del oficial de guardia hablando á un mismo tiempo; por su puesto muy satisfechos con los dulces recuerdos de esa noche de holgorio.

Hederra se presentaba espléndido. Rozante, vestido con su mejor uniforme hecho en San Juan, hablaba con su natural desparpajo; arrogante como siempre, le coloreaban los ojos fulmíneos destellos de satisfacción y orgullo que surgían fugaces de su tez morena con un brillo singular, como estallidos de su corazón volcánico. Parecía ébrio de satisfacción. La débil luz de la lámpara le prestaba reflejos pictóricos, de bellas medias tintas: técnica del arte inapreciable, sólo fal-

taba el eximio pincel para un hermoso cuadro de Rembrandt.

Después de un momento, notó que en un ángulo de la pieza estaba medio recostado sobre el catre, en actitud silenciosa, como distraído, el teniente X.: le clavó la mirada envolviéndolo en un haz de rayos de marcado desdén. En seguida, encarándose con él con ironía retozona, lo apostrofó así:

—Teniente flauta... Vea... Yo le daría este ramo de flores al hombre que pretendiera ser tan guapo como yo, y lo probara con las armas en la mano... Dudo que usted estén ese caso.

El teniente X se mordió los labios y palideció de ira, más haciendo un visible esfuerzo se contuvo, y demostrando entonces una serenidad que no tenía en ese momento replicó:

—Vaya con el señor de Alharacas que viene heróico esta noche. Estoy seguro que eso lo dice de ñanga pichanga, por jactancia alcolizada; pero que vacilaría en sostener en el terreno tan ridícula pretensión; sobre todo, yo sé bien—agregó con sarcástico desprecio—que pretensiones y agua bendita cada uno tiene la que quiere, y que layas no corren á nadie.

Hederra se hirguió como si hubiera sentido una dolorosa tensión de nervios, y exclamó con acento inconsiderado, brutal, desafiado:

—Pues bien, es con usted con quien la quiero emprender á ver si me gana el ramo. ¡Qué me lo ha de ganar!

—Con mucho gusto—le contestó el teniente X—y le agradezco la elección; y entonces dirigiéndose al capitán Haymes, se cuadró como un viejo veterano, hizo la venía con respetuoso ademán, y le dijo:

—Mi capitán, el honor del cuerpo está empeñado en este lance que yo no he provocado; si usted me permite,—agregó con énfasis exagerado,—á su salud daré una lección á este bravatero.

—Vaya, no más, teniente, y gánese el ramo que el valor no tiene edad; por otra parte el lance vale la pena.

No dejará de llamar la atención, que el comandante de una guardia principal permita que un subordinado que forma parte de ese destacamento vaya á batirse á pocos pasos de las centinelas. Esta grave responsabilidad la asumía el capitán Haymes como la cosa más natural del mundo, y lo más original en este

asunto es que ninguno de los circunstantes allí presentes observó una palabra.

Aquí también se sentía la influencia psicológica de los Tres Mosqueteros y de Amadis de Gaula.

El teniente X con cierta actitud coqueta apoyó la mano izquierda en el pomo de la espada, y abandonó el recinto con su contendor como quienes van de paseo.

Solos y sin testigos, confiaban en su honor de caballeros. Sus leales corazones eran incapaces de felonía.

Todos los circunstantes guardaron silencio; silencio muy significativo, por cierto, en él se sentía una secreta satisfacción, aunque no exenta de responsabilidad, al admirar la arrogancia del imberbe teniente que, á pesar de lo sério del lance los tranquilizaba, olvidando su juventud, pues confiaban en su ardoroso impulso. Sobre todo en ese tiempo una prueba de valentía era algo muy honroso que levantaba un nombre, y más si este era el de un joven.

La noche aquella, recuerdo, estaba lóbrega como el ala del cuervo; apenas se veían las manos. Un silencio de tumba rodeaba ese caos, donde se hundía el ojo investigador en el mutismo de la sombra, silencio sólo inte-

rrumpido de cuando en cuando por el aler-tear de los centinelas del lejano cuartel.

Allá, en el fondo distante de la calle de Córdoba, en cuya acera izquierda se levantaba obscura el paredón lateral de la iglesia matriz, un farol con una candileja que entre sombra y luz, vislumbrante, agonizaba reflejando tintes sobre un Cristo moribundo cuyas formas se desvanecían por momentos, formando con este detalle un conjunto armónico del escenario de una representación de un duelo en el siglo XVI.

Ya en el terreno, la mitad de la calle, los dos adversarios desnudaron las espadas: pero antes de empezar el lance, Hederra exclamó con su calma habitual:

—Es oportuno que elijamos un buen terreno para evitar tropezones; no lo digo por mí, porque confío en mis sólidas piernas; es por usted mi flamante adversario.

—¡Se equivoca, señor bravucón, si tal cree! Más que en mis piernas, yo confío en mi brazo—le contestó fastidiado, el teniente X, y rápidamente cayó en guardia, lo que al momento imitó Hederra.

Cualquiera hubiera dicho que estaban de chacota, tal era la ironía clásica de estos aturdidos.

Entonces se sintió la voz seca del teniente X., que exclamó con decisión:

—¡Ya!

—¡Ya!—repitió Hederra, y las espadas se golpearon sonoras con el frenesí de almas enardecidas.

¡Era una fragua loca de forjar corajes esa impetuosa lucha que empieza! Parecía eléctrico ese irreflexivo acuchillamiento; las chispas de los aceros saltaban como luciérnagas aquí y allá, salpicaban la obscuridad de la noche como luces erráticas cambiantes que rozan la tierra desvaneciéndose al momento como fuegos fátuos; chocaban con violento ardor, con ruidos quebradizos.

Del negro ambiente que envolvía el perímetro de aquella arena, se destacaban los contendientes como endiabladas sombras que se batían sin distinguirse las formas.

Infernal algazara era esa de chillidos metálicos, de tajos y reveses; y, sin embargo, se sentía el mutismo de las almas de los que á la distancia preveían tal vez un doloroso desenlace.

Hederra empezaba á experimentar una resistencia que ni remotamente supuso en su joven adversario, y á creer en la posibilidad de que podía llegar el caso de perder el ra-

mo. Jactancioso como era, su amor propio sufría horriblemente cuando para guardar la distancia se veía obligado á retroceder, terreno que volvía á ganar avanzando con impetuoso empuje, irrumpiendo entonces de su intrépido corazón la reacción ofensiva del orgullo menoscabado; ataque que al momento le devolvía el teniente X. que se encontraba en el mismo caso y comprendía su juego. Llovían los mandobles en esta bizarra lucha de atolondramiento juvenil. Muchachos y nada más, se batían sin ton ni son por un ramo de flores; aunque es cierto que al otro día el suceso sería comentado por todas las hermosas del Rosario, y la crónica exagerada, como un eco del rimbombante renombre, se presentaría abriantada y espléndida en el recibo de la distinguida señora de Ramayo, donde se reunía lo más selecto y aristocrático del pueblo. ¡Que cabezas esas! Así eran esos tiempos . . .

De cuando en cuando Hederra exclamaba con el énfasis de su orgullo no domado y con tartamudeo de cansancio:

—No me ha de ganar el ramo!

—A que sí!—le contestaba en igual tono y en igual actitud el teniente X, y se seguía así esa batahola de dos.

Ya en esta encarnizada refriega de tajos, palos y maguyones de sangre, maliciosa la fatiga inoportuna empezaba á perfilarse, cuando, de repente, como una sombra presurosa, que eficazmente entra en juego, en el instante oportuno, el teniente Madero, olvidando abnegado la sensibilidad de su pellejo, á trueque de una estocada, decidido se interpone, espada en mano, con resolución extrema, entre los dos combatientes y prorrumpe con imprecante acento:

—¡Hermanos, hasta cuándo han de ser animales!

Ante esta noble actitud se detienen los due-listas, y retrocediendo un paso bajan las puntas de las espadas, no por falta de ganas de conquistar el ramo, sino por no herir á tan desprendido camarada, y guardan silencio.

Florencio, echando sus ternos de uso común, los incita á abrazarse; más el teniente X, dirigiéndose á su adversario le dice:

—Acepto con placer; pero con la condición de que el capitán Hederra ha de declarar si por mi valor soy ó no acreedor al ramo.

Ante este envite, que pone á prueba el corazón generoso de Hederra, este le contesta con acento varonil:

—Señor teniente, es usted acreedor, no á un ramo sino á dos.

¡Entonces se abrazan fuertemente los dos jóvenes! ¡Momento inolvidable! Aquel fué el sello de una amistad eterna.

Las fuentes secretas de sus corazones humedecían sus ojos, estallando así en ese silencio santo esas solemnidades del alma.

*
* *

En este episodio una de las figuras que también se refleja con hermoso colorido, es la del teniente Madero.

El valor de los duelistas en este caso, únicamente estaba aconsejado por el amor propio herido: un arranque pueril. El verdadero valor es el que está fundado en la razón y el honor, en la virtud honesta de un propósito, y no en la insensatez. Un lance en que la locura es el primer factor, es digno de un escenario de manicomio; el de Florencio Madero es atrayente por la abnegación que encierra, pues, sin llevar nada en la parada, se expuso á una estocada ó á una muerte segura.

*
* *

Desde aquella noche fueron los más grandes amigos estos adversarios del momento,

por aquello, en parte, tal vez, «que el lobo no come al lobo».

Después de la guerra Hederra venía á Buenos Aires todos los años y paraba en la casa del teniente X, y después que se concluía el peculio de sus viñas volvía á su provincia á esperar el nuevo año.

Mientras residía en Buenos Aires se llevaba una vida de pura farra, siendo el punto de reunión la sala de esgrima del maestro Cesario, en la calle de M. Lipú, donde nunca faltaban otros compañeros de la reunión, como el hoy teniente general Racado, excelente amigo y guapo esgrimista con un corazón de oro. Carrasco Albano, secretario de la Legación de la República de Chile, tirador impulsivo y enérgico, un distinguido caballero, muy estimado por su buen carácter. Miguel Riglos correcto y desprendido sin amor propio. Delgado, que de diplomático pasó á ser patriarca en Posadas. Rivera, sobrino del general Rosas; y José Pacheco, en ese tiempo la primera espada.

Más tarde, en Mendoza, el capitán Hederra, ese valiente, caballero por excelencia, fué traidoramente asesinado; de frente habría sido empresa bien difícil.

CAPITULO XII

ANDA, CHIVATO,

QUE TE ENSEÑE NAPOLEÓN! (1)

(CUENTO MILITAR CRIOLLO FILOSÓFICO)

Voy á pescar en el revuelto mar de mis reminiscencias, una anécdota verídica que en medio de la chácota tiene sus tintes de sana moral, que pone de realce hasta cierto punto las ventajas de la experiencia, frente á una vana gloria, mejor dicho, á una petulancia de joven inexperto.

La experiencia en los brutos ó los ignorantes, se presenta siempre inconsciente; es el ciego instinto que los guía, irreflexiva; desden por el progreso, se localiza. Es la rutina obstinada con una venda en los ojos ante el porvenir, y no pasa más allá de ciertas circunstancias especiales. Está irremediabilmente clavada en hechos concretos que se desarrollan en el

(1) Este artículo humorístico fué escrito en otro tiempo.

transcurso de la vida sin modificación alguna: mientras que en los seres inteligentes é ilustrados es la observación asídua de la naturaleza y de los acontecimientos, sobre todo de aquellos que nos son adversos, de lo que se deduce exactas consecuencias, investigando de continuo y buscando asimilación en hechos prácticos morales de distinto orden que obedecen á un mismo origen.

Así es bueno distinguir esta última experiencia de la de los hipopótamos. Voy al cuento.

Esta anécdota me fué narrada por el Capitán X tal como sigue :

*
* *

Es el año 1865. Estamos en el campamento de Ayui Chico, próximo á Concordia, lugar estratégico elegido por el general Mitre para la bélica cita de los tres ejércitos aliados que han de prepararse para emprender la guerra del Paraguay. Allí se encontraba mi batallón, del cual el que esto escribe y el teniente Mangrullo éramos oficiales subalternos; su jefe, el teniente coronel don Juan Cobo, era un perfecto caballero. Y el mayor don Eugenio Díaz un soldado á toda

prueba. Tanto el uno como el otro dignos eran de mandar ese cuerpo.

El teniente Mangrullo (1), nuestro héroe, en esa época representaba cuarenta años; pero por lo menos alcanzaba á los cincuenta: de regular estatura y piernas cambadas como aspas de buey viejo, tenía algo de oso, retacón y fundilludo, con un nudoso pie que no encontraba horma á su enorme zapato Tipo criollo de pelo aindiado, bonachón, con una cara plácida, morena, angulosa, que recordaba una obra de fortificación de campaña, con unos ojos grandés de carnero ahogado, pálido como un cirio, formando un promontorio con accidentes, su nariz monumental y aristocrática, debajo de la cual nacía en fúnebre contraste un bigote negro, punzante, que ocultaba como á una ninfa la selva umbria, su enorme bocaza que lucía graciosa llena de morados pliegues como un paraguas. Magistral y enfático en el hablar, no había barbaridad que en lenguaje castellano no se le ocurriera; pero eso sí, buen táctico; en la plaza de armas tenía un tupé admirable cuando manejaba la compañía, y aún en el campo dilatadísimo y frondoso de batalla lo ví cum-

(1) Apodo de guerra.

plir dignamente con su deber, como lo cumpliría un lapacho. Sobre todo era admirable cuando brutalmente pretencioso destrozaba en español el arte militar, manifestaba entonces una superioridad bien marcada y despreciativa en el momento que ingertaba movimientos sobre movimientos y hablaba de los giros parabólicos del arte. En fin, era un verdadero Rábula de aldea, vestido con el uniforme de teniente 1° de guardias nacionales.

Había sido sargento del general Paz en el sitio de Montevideo. Su orgullo por este timbre de honor era inmenso, cuando tocaba este punto se amasaba en una cataplasma insostenible: valiente, crédulo, inocente, como son casi todos los de su calaña martesca; para echar una de á pie nadie le igualaba y muchas veces tuvimos lances ruidosos á causa de sus pretensiones amorosas. El amor lo emborrachaba y le hacía el efecto de una mamada de caña con pólvora.

Su lenguaje era espléndidamente bárbaro. Una vez mandó á su asistente Pedro Potrillo; á que fuera á llamar á la correntina hermana del cabo Gomez, con el trágico propósito de que le diera algunas *fletaciones* á causa de apurarle mucho el *rumatismo*.

Otra vez en una reunión de oficiales se en-

~~contra~~ él y el capitán Perdriel. De repente sin ton ni son surgió una fuerte discusión provocada por el segundo, sobre si el soldado debía usar barba ó bigote, ó la antigua argolla reglamentaria en las orejas. Perdriel, fingiendo un acaloramiento sin igual, le grita medio sofocado de chacota:

—Teniente Mangrullo, ¡usted no pasa de ser un pobre y despreciable adjetivo!, igualmente como son todos los de su calaña.

Profundamente herido por el apóstrofe, que según Mangrullo jamás nadie se había atrevido á tal desafío, lo increpa con furibundo acento.

—Es necesario que usted sepa don Pedregullo, que más *ajetivo* será su *agüela*.

Perdriel á punto de explotar de risa toma una calma enfática y le dice con desprecio:

—Sepa usted don Mingo, que yo no estoy para llevarle el apunte á semejante pretérito imperfecto, mercenario de las lides argentinas.

Entonces Mangrullo ya no se pudo contener y le gritó.

—¡Salí afuera cara de carpa averiada! y verás que debajo del hábito del mercedario hay un brazo que te va á dar una paliza! ¡Salí afuera cucharón de cocina!

Intervinimos los oficiales que con aspecto serio seguimos la jarana y le hicimos comprender al sargento del general Paz que ese acto solemne de la vida de un oficial no se podía llevar á cabo como una riña de pulpería, que era necesario entregar su tarjeta al capitán Perdriel y nombrar sus padrinos para solicitar una explicación que pusiese á salvo su honor tan vilmente ultrajado.

Mangrullo, en ese momento, me observó que no usaba tarjetas; lo saque de apuros tomando un pedazo de cartón regularmente grande perteneciente á una caja de botines, escribí su nombre con letras grandes góticas y se lo entregué; entonces él, echándose para atrás estiró la mano y se la pasó á Perdriel diciéndole:

—¡Tomá, matambre de verija! (1)

Perdriel aparenta una actitud teatral y le dice con énfasis:

—Está bien, Culete.

Mangrullo volvió á enfurecerse y lo emplazó al terreno del honor donde las lonjas del cuero le íban á palpar en el filo de su espada.

Yo le observé á Mangrullo que él ya no

(1) Pusilánime en lenguaje gauchó.

tenía nada que hacer en este asunto, que me nombrase á mi y al capitán Francisco Seeber, de la cuarta, para apadrinarlo en la domada en que tendría que lucirse y dejase su honor en nuestras manos. Y que estuviera seguro que no haríamos de él una empanada.

Por parte de Perdriel los capitanes Dávila y Boneo actuaban como padrinos.

Nos reunimos en plena chacota y resolvimos fabricar una acta en verso simbólico, que fué encomendada al poeta don Tomás Gutiérrez, capitán de cazadores.

Aunque se me ha extraviado aquel extraño documento que más tarde fué puesto en música de peringundin por un oficial del batallón de Morales, poco más ó menos recuerdo algunos de sus alegres términos. Decía, después de las generales de la ley, que siendo cavernosamente ofendido el teniente Mangrullo, sus padrinos se veían obligados, á exigir rabiosamente y con un furor inaudito una amplia reparación sangrienta y deslenable con armas de punta y filo de cruel penetración y alcance mortal; que eso lo impetraban lastimosamente afligidos por los groseros insultos de que era criminal autor el diletante ofensor que entre otros nombres tenía el de Pata Santa.

Los Padrinos de Perdriel replicaban reconociendo las razones automáticas del ofendido, como también reconocían y reconocerían en adelante con abnegación olímpica y extrema, la arrepentida mea culpa de Perdriel, y por lo tanto y otras razones de orden correcto y sustancial, comprendían que debían declarar en honor de la confraternidad americana que lo ocurrente tenía por base intangible un lazo trenzado de lengua criolla irreflexiva, que en latin bizantino se llama *lapsus lingue* pues la inocente, la purgante intención del ofensor fué decir en vez de adjetivo, *Bucéfalo*, y en vez de pretérito imperfecto y mercedario, *Elegantico sin aliño*, que son términos muy diferentes y usados en el estrado de los dioses olímpicos; que por lo tanto se daba al ofendido una emocionante satisfacción sui géneris y se le reconocía como un fragmentario pedazo de un héroe por pálpite, como también que se veía en él al matambre arrollado de una parte de las glorias del general Paz, y además agregaba el acta, que en vista de los fundamentos ineludibles de las leyes del honor, se le obligaba á Perdriel, que por su estado cacoquimio daba lástima, á dar una explicación ámplia, circunspecta, con términos adecuados

á la pujanza militar inmarcesible, y á aceptar humilde y humillado perentoriamente en reparación de su culpa bárbara, brutal y sin disculpa, un almuerzo que le daría el ofendido, al cual también deberán ser convidados todos los padrinos y el capitán Gutiérrez, que hablaría en verso endecasílabo pletórico en el acto, proponiendo la concordia y la paz universal y por fin que la comida debía ser sonreída con vino, conservas, chorizos, huevos frescos y armonizada por una media diana.

Esta pieza estaba escrita, en verso como he ya dicho antes, y cuando fué presentada, Mangrullo la encontró en general conforme, aunque había algunos términos que no comprendía, pero objetó que allí no se daba reparación al último insulto á aquel de Culete; le explicamos que no se podía decir todo, como también agregó: Eso de matambre arrollado en mezclanza con gloria no me parece bien.

Le expuse entonces que matambre arrollado era una figura extrapolítica y simbólica gastronómica de hartazgo, que quería decir que las glorias de Paz estaban condensadas en él, es decir, apretadas como cuando se juega á la gata parida; como por ejemplo la esencia de la berengena en el desgaste de las pasiones humanas.

—Si esto es así, estoy conforme, pero deseo que me explique eso de dar el almuerzo el ofendido.

—De un modo muy simple. Como Perdriel está humilladamente partido en el acta, hasta el punto de encontrarse en un estado de cacoquimia terrible, pues no sólo se le obliga á darte una satisfacción, sino á aceptar como un vil mendigo el almuerzo, es que queremos que tu demuestres tu eximia magnanimidad, ¡por que en este caso te colocas á la altura de César perdonando á Canón!

—¿Decidme che, ese señor Catón es el antiguo fotógrafo de la calle de Cuyo, aquel ñato cara de perro dogo?

—¡No, Mangrullo, amigo, no! era un romano muy bruto que se le había puesto entre caja y ceja ser reformador de costumbres y ser virtuoso entre pícaros.

—Entonces no lo comparés conmigo; porque ya sabés hermano que en cuanto veo una niña pierdo los estribos, me enredo en las cuartas. ¡Qué querés hacerle. ¡Se me revuelve el avispero!

Después vino Perdriel, se abrazaron y en seguida surgió el almuerzo. Le costó al pobre un mes de sueldo y cuando lo veía comer como un animal á Perdriel, me decía

Mangrullo con acento protector, pues estaba á mi lado: ¡Mirá hermano! que humillado está! me da lástima ese pobre diablo! ¡Casi parece que va á llorar! Y era que Pedriel se atoraba con los chorizos y las butifarras y había momentos que parecía que iba á reventar; tan colorado estaba el bárbaro tragón.

Después de la comida se presentaron algunos oficiales á felicitarlo, entonces tuvo que hacer gasto de cerveza y largó otro sueldo.

*
* *

Un día tuve el agrado de ser invitado á almorzar por el comandante Cobo; presuroso acudí y me encontré allí con el coronel Diaz y los capitanes Seeber y Boneo, el teniente Mangrullo y algún otro oficial que no recuerdo.

La mesa fué alegre y bulliciosa, hasta que cayó como llovido del cielo Napoleón y sus campañas.

En cuanto se apagó la última sílaba del esplendoroso nombre tomé la palabra y en un extenso palabreo descifré, rompí en pedazos con énfasis inaudito su estupenda estrategia y me arremangué para caerle sin compasión blandiendo la crítica más acerada, afilada en la

pluma de Charras Edgan Quinet y otros enemigos del César de la Francia; de tal modo hablé de Napoleón que le dejé chiquito como un poroto, hasta el punto que parecía ser el poroto de las glorias de la Francia.

Con chocarrero acento presenté al sanguinario corso como un titán desequilibrado y medio loco. Refiriéndome á la campaña de Egipto dije, que sacrificar un ejército para inscribir su nombre en las pirámides que no eran otra cosa que el reflejo de la vanidad estúpida de unos bárbaros imperantes, era una barbaridad tan grande que más no podía ser; que en la batalla de Friedland el general Senarmont, contra su opinión, le enseñó á sacar provecho de las grandes baterías, cosa que después imitó servilmente en Wagram y en la Moscowa; que la campaña de Rusia constituía una soberbia locura vibrante de ambición, hundida en un abismo de nieve por un botarate deslenguado; que la batalla de Marengo casi la pierde vergonzosamente por pretencioso y altanero, sino se la gana Killerman y Desaix; que la de Austerlitz fulgura chispas de amarga crítica en el verdadero arte, resalta como un estupendo error estratégico, donde ese capitanejo del siglo se mete en el más formidable atolladero que le puedan pre-

sentar sus enemigos, sin base de operaciones, á cuatrocientas leguas de la Francia, cortada su línea de comunicaciones, y sólo se espera que la perra fatalidad aconseje á la Prusia para que le dé un manteo por retaguardia; en fin, dije que aquel suceso pone de relieve un error sin nombre y que si triunfó fué porque sus enemigos eran unos papanatas; en la batalla de Wagram, en lo más crítico y decisivo de la batalla imita al viejo inservible de Melas, se acuesta á dormir: en la de España absurdo más grande no se ha visto, hacer matar cuatrocientos mil franceses para nada y después salir como rata por tiranté; la de Leipzig es á él á quien se debe atribuir la catástrofe de la retirada, por haber antes de tiempo mandado volar el puente, hechándole después la culpa al ejecutante oficial de ingenieros, y abandonando entonces en las garras del enemigo un cuerpo de ejército y al príncipe Poniatwsky, que pereció ahogado por causa suya. Waterloo, ese nombre epílogamente siniestro de su bárbaro poder se ve plagado de errores, y está probado que después de haber hecho perder un día á Grouchy, lo despacha sin hacerle conocer la verdadera situación general del ejército francés, y aquel célebre lugarteniente aunque hubiese tenido la

intención de concurrir al campo de batalla, en atención á la distancia y al pésimo estado de los caminos, no habría podido acudir á la cita, y por fin diré que tubo la más grande escasez de clarovidencia, sinó recordemos que no comprendió á Fulton que le ofreció el vapor, y recién cuando estaba prisionero en Santa Elena y vió pasar el primer buque de este sistema conoció su error; ni tampoco adivinó el futuro del fusil de retrocarga cuando Paoli le propuso el fusil de aguja y así en muchos otros casos, fué un solemne é ilustre zopenco. La leyenda Thiers ha caído en el vacío, su Júpiter infalible es hoy en el brillante espejo de la historia un debil mortal testarudo como un vasco, vanidoso sin igual y muy atolondrado algunas veces; y así seguí como un apocalipsis y de cuando en cuando me volvía hácia Mangrullo que estaba sentado á mi lado y que absorto me escuchaba y con marcada y despreciativa ironía y sardónica actitud ledecía: ¿Qué te parece mi labia?

—¡Que sos muy ladino!, me contestaba con un aire de vencido y medio avergonzado, y yo, después de arrojarle una mirada de imperial desprecio, dándome gran importancia, continué hablando de la guerra sublime, de la estrategia de los grandes capitanes, resol-

viendo difíciles problemas y manejando ejércitos como bolillas de pan. En fin, un verdadero acróbata en la palabra, aquello era la mar y puede suponerse que si así trataba á Napoleón, como trataría á nuestros generales.

Todos me miraban, el público estaba estático, ni un rumor en mi contorno, yo respiraba orgullo, importancia, satisfacción inmensa y bárbaro regocijo, sátrapa de la palabra un *magister dix*.

Indudablemente, cariñosamente me reconocía un sabio, mi vanagloria estaba satisfecha por aquello de *pretensiones y agua bendita cada uno tiene lo que quiere*. El viejo Mangrullo ¡pobrecito! me daba lástima su cara congestionada, estaba abotagada de envidia, y de Chateau Laffite, medio *mamao*, se mordía los bigotes lustrosos de grasa de lechón.

Nos levantamos de la mesa en el mayor silencio y fué entonces que bajé de mi grandeza; comprendí que debía ser magnánimo, aunque fuera artificial, y lancé una mirada compasiva á Mangrullo en cuyo pálido rostro asomaban dos parches colorados, efecto sin duda de la botella de vino que se había echado al buche.

Llegó la hora del ejercicio y salieron las compañías á formar el batallón en columna.

El comandante Cobo en persona mandaba el cuerpo ese día; la tercera estaba á las órdenes del teniente Mangrullo por enfermedad de su capitán.

Se siente el redoble de atención, en seguida la fuerte voz del comandante que manda un despliegue á retaguardía sobre granaderos. Desde el primer momento no comprendo el movimiento; me aturdo, me enredo en las cuartas, y corro por la fila exterior de mi compañía donde estaba Mangrullo y le digo:

—¡Hermano!, qué hago, me he equivocado.

Entonces el soberbio Mangrullo, ese legendario Papanatas de la rutina militar, se yergue como un semidios criollo de bota de potro, echa una pierna hacia adelante donde apoya su cuerpo como en una media guardia de esgrima, y levantando un poco el codo con el brazo izquierdo doblado en ángulo recto y el puño cerrado hace un rápido y repetido ademán muy poco correcto, y mirándome con suprema ironía brillando sus ojos venganza bruta, me dice, formando su actitud en su conjunto un desplante inmoral:

— *Tomá . . . Andá, Chivato, que te enseñe Napoleón.*

La lección fué severa y más tarde aprovechada; así, en vez de leer cosas que no entendía y ser un pedante pretencioso é irrespetuoso con mis superiores á quienes calificaba de ignorantes y lapachos, y papamoscas en el campo de batalla; me ocupé en adelante en estudiar las múltiples obligaciones que incumbían á mi modesto empleo, como la táctica, el servicio de campaña, el tiro y otras materias que tiene obligación de conocer un oficial subalterno, de las cuales no sabía jota; y comprendí que el que lleva una espada al cinto debe tener por espejo la modestia y la cordura; y que se expone á ridículas escenas aquel que quiere aparentar ser lo que no es ni nunca será, porque Dios hace los Alejandro, los Aníbal, los César los Federico, los Napoleón y los Molke con una masa especial.

*
*
*

Me olvidaba decir que me puse á estudiar y pude perfectamente al poco tiempo desarrollar en el terreno las modestas teorías que adquiría en los libros, sin preocuparme de Federico ni de Napoleón, de modo que el rutinero de Mangrullo venía á cada momento á que le prestara mi experiencia ilustrada y yo generosamente se la daba con modestia y sin ostentación, cobrándole alguna vez por honorarios un almuerzo.

CAPITULO XIII

UN RETRATO DE ANTAÑO

El teniente coronel de milicias, don Juan Cobo, constituía lo que se llamaba un perfecto caballero. Sobrino del general Lavalle reflejaba algo de su arrogancia y de su valor. Os lo voy á presentar con un rasgo que lo caracteriza de pies á cabeza.

Era el día 18 de Julio de 1866 es decir, en momentos en que se peleaba en el Boquerón. La 1.^a División Buenos Aires, con otros cuerpos, fué destacada á la derecha, con el propósito de ejecutar un movimiento demostrativo sobre la izquierda paraguaya. Avanzamos y ocupamos en columnas paralelas y con distancia, el terreno llano que aislaba un estero. Los paraguayos trajeron unas coheteras y empezaron á castigarnos. Debo advertir que es el arma más desmoralizadora en la guerra á causa de que se le ve bien distintamente venir y el soldado cree, por un error de óptica, que siempre el proyectil se dirige á él.

Los cuerpos á pie firme y en silencio, soportaron aquel suplicio atroz, especie de fusi-

lamiento lento, como si se degollase con cuchillo mellado.

A cada momento penetraba en las columnas algunos de esos alados proyectiles, matando ó hiriendo un grupo, ya con los garrotazos del largo palo, ya con la explosión de la cilíndrica granada. Al batallón Morales le penetró uno, rompiendo la masa humana con estrépito, respondiendo un viva estruendoso al estrago y en el de Cobo, otro proyectil casi mató al mayor y atropellando á la charanga del cuerpo, hizo allí un remolino de donde resultó muerto el maestro Pedro Cortinas, tres soldados, y otros tres heridos. Así siguió la jarana, esperando, como es natural, cada uno su turno.

El batallón estaba sereno, inconmovible, á cada cohete que reventaba próximo se oía la voz enérgica de los oficiales, que gritaban: ¡Firme!

Yo mandaba la primera compañía y el actual y simpático coronel de Guardias Nacionales don Rodolfo Bunge, era el teniente primero.

En esto viene un cohete, revienta sobre la compañía sin herir á nadie. Con acento enérgico digo ¡Firme! y el teniente Bunge que pispa que un soldado se encoge, repite: ¡Firme, c...!

Yo lo llamo y le advierto que no sea tan

expresivo, que el comandante lo ha oído. Me hubiera extendido en mayores consideraciones sobre la estética del lenguaje y la moralidad de las expresiones, pero me contenté con lo dicho reflexionando rápidamente que habiendo originado todo un cohete, cuanto se me hubiese podido ocurrir hubiese sido á lo mismo. El teniente, adivinando quizás lo que yo pensaba, y respondiendo con vivacidad á mi observación, me contestó:

—¡Mi capitán! el lenguaje militar frente al enemigo, no es el lenguaje del Club del Progreso!

—¡A su puesto, teniente!

—¡Está bien mi capitán!

Mientras tanto los paraguayos aflaban la puntería cada vez más y desviaban menos sus proyectiles.

Estos bárbaros empezaban á tocar la guitarra en nuestros nervios.

En esto veo uno que me parèció enorme, especie de serpiente ígnea, que dando resopletes y con marcha pausada, venía derecho hacia el comandante Cobo. Este estaba á caballo sobre el flanco izquierdo del batallón; dos pasos apenas nos separaban: mi posición me ubicaba tristemente frente á las últimas hileras de la izquierda de la compañía. El cuadro era como para pintarlo.

El cohete avanzaba con arrogancia suma, se le veía venir cortando el aire. Irremediablemente se le iba encima, claro, brillante, dejando un surco de humo como una estela de muerte; se dirigía hacia el bizarro blanco y el blanco no se movía. Viendo el peligro que corría mi jefe, no pude soportar más esa escena que previéndola, la sentía de antemano, y le digo con petulante acento por supuesto todo teatral, porque todo en la guerra es brillante mímica estudiada:

—Comandante, ese cohete tan espléndido viene para usted.

Me respondió sereno:

—Déjelo venir, capitán.

—¡Fíjese, comandante!

—Ya lo veo Para mí no tiene cara fea; este es mi puesto: *J'y suis, j'y reste!*

Y diciendo estas palabras acarició la cabeza acarnerada de su impasible jamelgo oscuro, que á juzgar por su imperturbabilidad también parecía que tenía sangre de Lavalle.

¡Moi ausi!—le dije, y me quedé imperturbable en apariencia, fija la vista, estudiadamente, en mi jefe: mi cuerpo debo confesarlo, era una cáscara fría de un volcán de emociones tremendas. Yo no sé si eso sería miedo; pero debo advertir que si existe un guapo que diga

que no tiene miedo es porque es flojo de la peor especie; atropéllelo no más sin cuidado y le garanto que no le va á aguantar ni la pisada de un chimango; sin embargo, los dos estábamos firmes; los dos esperábamos la muerte por momentos; pero en nuestro puesto como estacas. El demonio de cohete no se desviaba ni un ápice: venía derechito, brutalmente, como una flecha, derechito. Mientras tanto, hacíamos gala de una serenidad inaudita. No era para menos: teníamos por auditorio á la tropa que mandábamos, y á la envidia y á la ironía que ocultamente está siempre en el ambiente de la canalla.

El cohete pasó entre los dos con su luz rojiza: el caballo estornudó groseramente, y el comandante Cobo me dijo:

—¡Pobre, lo ha resfriado!

Siguió su curso infernal, concluyendo la parábola maldita pasando con su palo recto muy próximo al mayor Díaz, quien hubo de ser su víctima por segunda vez y explotó hiriendo á un soldado.

Recuerdo que el malogrado capitán Martín Boneo, al ver nuestra salvada y la del mayor, exclamó:

—¡Válgales la Virgen del Cármen!

Ese era don Juan Cobo, teniente coronel de Guardias Nacionales.

INDICE

	Página
	— —
Mitre y el príncipe Eugenio	3
Causas del heroísmo paraguayo	18
Temas históricos del General Garmendia . .	33
La tragedia del monte de la Calavera	41
A María Augusta Pellet Lastra	73
El mate del coronel Vazquez	77
Un caso típico de simulación del valor	110
El mayor Aguilera	148
La Guardia Nacional	191
El hombre de mar	203
Por un ramo de flores	209
Andá, chivato, que te enseñe Napoleón	237
Un retrato de antaño	254

